Número suelto ($5) Cinco pesos. Su[illegible]ripción mensual $20.

LA ACTUALIDAD

GUATEMALA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

MARROQUIN HNOS. EDITORES

INTERNATIONAL RAILWAYS OF CENTRAL AMERICA

Itinerario en vigor desde el día 1º de octubre de 1916.

GUATEMALA A AYUTLA

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.
„ „ Morán	8.05	„
„ „ Laguna	8.15	„
„ „ Amatitlán	8.38	„
„ „ Palín	9.03	„
„ „ San Fernando	9.35	„
„ „ Escuintla	10.15	„
„ „ Santa María	10.40	„
„ „ Obispo	11.16	„
„ „ Pantaleón	11.31	„
„ „ Santa Lucía	11.40	„
„ „ Buena Vista	12.05	p. m.
Llega a Patulul	12.40	„
Sale de „	1.10	„
„ „ Guatalón	1.35	„
„ „ Nahualate	2.00	„
„ „ Palo Gordo	2.20	„
„ „ Mazatenango	2.55	„
„ „ Cuyotenango	3.15	„
„ „ Muluá	3.33	„
„ „ San Sebastián	3.38	„
„ „ Retalhuleu	3.51	„
„ „ Las Cruces	4.16	„
„ „ San Miguelito	4.41	„
„ „ Santa Joaquina	5.06	„
„ „ Coatepeque	5.36	„
„ „ Pajapita	6.26	„
Llega a Ayutla	7.00	„

AYUTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de Ayutla	6.00	a. m.
„ „ Pajapita	6.30	„
„ „ Coatepeque	7.20	„
„ „ Santa Joaquina	7.45	„
„ „ San Miguelito	8.10	„
„ „ Las Cruces	8.35	„
„ „ Retalhuleu	9.05	„
„ „ San Sebastián	9.13	„
„ „ Muluá	9.23	„
„ „ Cuyotenango	9.38	„
„ „ Mazatenango	10.08	„
„ „ Palo Gordo	10.33	„
„ „ Nahualate	10.53	„
„ „ Guatalón	11.18	„
Llega a Patulul	11.43	„
Sale de „	12.10	p. m.
„ „ Buena Vista	12.45	„
„ „ Santa Lucía	1.10	„
„ „ Pantaleón	1.20	„
„ „ Obispo	1.37	„
„ „ Santa María	2.15	„
„ „ Escuintla	2.45	„
„ „ San Fernando	3.15	„
„ „ Palín	3.48	„
„ „ Amatitlán	4.13	„
„ „ Laguna	4.36	„
„ „ Morán	4.46	„
Llega a Guatemala	5.45	„

GUATEMALA A SAN JOSE

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.
Llega a Escuintla	10.10	„
Sale de „	1.40	p. m.
„ „ Santa María	2.15	„
„ „ Naranjo	2.41	„
„ „ Obero	3.05	„
Llega a San José	3.30	„

SAN JOSE A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de San José	9.15	a. m.
„ „ Obero	9.45	„
„ „ Naranjo	10.10	„
„ „ Santa María	10.40	„
Llega a Escuintla	11.10	„
Sale de „	2.45	p. m.
Llega a Guatemala	5.45	„

GUATEMALA A ESCUINTLA

DIARIAMENTE

Sale de Guatemala	7.15	a. m.	2.00	p. m.
„ „ Morán	8.05	„	3.10	„
„ „ Laguna	8.15	„	3.30	„
„ „ Amatitlán	8.38	„	4.13	„
„ „ Palín	9.03	„	4.45	„
„ „ San Fernando	9.35	„	5.23	„
Llega a Escuintla	10.10	„	5.55	„

ESCUINTLA A GUATEMALA

DIARIAMENTE

Sale de Escuintla	6.00	a. m.	2.45	p. m.
„ „ San Fernando	6.40	„	3.15	„
„ „ Palín	7.25	„	3.48	„
„ „ Amatitlán	8.10	„	4.13	„
„ „ Laguna	8.45	„	4.36	„
„ „ Morán	9.00	„	4.46	„
Llega a Guatemala	10.20	„	5.45	„

SAN ANTONIO A RETALHULEU

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de San Antonio	6.00	a. m.
„ „ Palo Gordo	6.25	„
„ „ Mazatenango	7.10	„
„ „ Cuyotenango	7.32	„
„ „ Muluá	7.56	„
„ „ San Sebastián	8.03	„
Llega a Retalhuleu	8.10	„

RETALHULEU A SAN ANTONIO

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de Retalhuleu	2.30	p. m.
„ „ San Sebastián	2.38	„
„ „ Muluá	2.48	„
„ „ Cuyotenango	3.15	„
„ „ Mazatenango	4.05	„
„ „ Palo Gordo	4.30	„
Llega a San Antonio	4.50	„

RETALHULEU A CHAMPERICO

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de Retalhuleu	8.20	a. m.
„ „ Las Cruces	8.51	„
„ „ Caballo Blanco	9.06	„
Llega a Champerico	10.15	„

CHAMPERICO A RETALHULEU

SOLO LOS MARTES, JUEVES, SABADOS Y DOMINGOS

Sale de Champerico	11.30	a. m.
„ „ Caballo Blanco	12.35	p. m.
„ „ Las Cruces	12.50	„
Llega a Retalhuleu	1.25	„

SAN FELIPE A MULUA

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de San Felipe	7.00	a. m.	1.30	p. m.
„ „ Casa Blanca	7.12	„	1.42	„
„ „ San Andrés	7.25	„	1.55	„
Llega a Muluá	7.50	„	2.20	„

MULUA A SAN FELIPE

DIARIAMENTE EXCEPTO LOS LUNES

Sale de Muluá	9.30	a. m.	3.45	p. m.
„ „ San Andrés	10.00	„	4.15	„
„ „ Casa Blanca	10.20	„	4.35	„
Llega a San Felipe	10.35	„	4.50	„

AYUTLA A OCOS

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de Ayutla	7.10	p. m.
Llega a Ocós	7.50	„

OCOS A AYUTLA

SOLO LOS MARTES, VIERNES Y DOMINGOS

Sale de Ocós	5.10	a. m.
Llega a Ayutla	5.50	„

Itinerario de Trenes en la División del Atlántico que regirá desde el 15 de marzo de 1917.

De Guatemala a Puerto Barrios

Sale de Guatemala	7.00 a.m.
„ „ Fiscal	7.59 „
„ „ Agua Caliente	8.26 „
„ „ Sanarate	9.37 „
„ „ Estrada C.	10.02 „
„ „ Progreso	10.32 „
„ „ Rancho	11.02 „
„ „ Jícaro	11.25 „
„ „ Cabañas	11.47 „
„ „ Reforma	12.06 p.m.
Llega a Zacapa	12.41 „
Sale de Zacapa	1.06 „
„ „ Gualán	2.20 „
„ „ Santa Inés	3.10 „
„ „ Los Amates	3.30 „
„ „ Quiriguá	3.41 „
„ „ Montúfar	4.16 „
„ „ Virginia	4.33 „
„ „ Morales	5.01 „
„ „ Darmouth	5.17 „
„ „ Cayuga	5.34 „
„ „ Tenedores	5.51 „
Llega a Puerto Barrios	6.40 „

De Puerto Barrios a Guatemala

Sale de Puerto Barrios	6.40 a.m.
„ „ Tenedores	7.29 „
„ „ Cayuga	7.46 „
„ „ Darmouth	8.05 „
„ „ Morales	8.23 „
„ „ Virginia	8.50 „
„ „ Montúfar	9.06 „
„ „ Quiriguá	9.45 „
„ „ Los Amates	9.55 „
„ „ Santa Inés	10.14 „
„ „ Gualán	11.07 „
Llega a Zacapa	12.16 p.m.
Sale de Zacapa	12.41 „
„ „ Reforma	1.15 „
„ „ Cabañas	1.34 „
„ „ Jícaro	1.56 „
„ „ Rancho	2.25 „
„ „ Progreso	2.57 „
„ „ Estrada C.	3.27 „
„ „ Sanarate	3.54 „
„ „ Agua Caliente	5.05 „
„ „ Fiscal	5.37 „
Llega a Guatemala	6.40 „

De Guatemala a Ciudad Estrada C

Sale Guatemala	Diario	7.05 a.m.
„ „	„	7.15 „
„ „	„	9.00 „
„ „	„	12.05 p.m.
„ „	„	2.00 „
„ „	„	4.00 „
„ „	„	5.55 „
Sale de Estrada C.	Diario	7.22 a.m.
„ „	„	9.17 „
„ Pamplona	„	10.10 „
„ Estrada C.	„	1.25 p.m.
„ „	„	4.17 „
„ Pamplona	„	5.35 „
„ Estrada C.	„	6.12 „

DOMINGOS SOLAMENTE

Sale de Guatemala	3.00 p.m.
„ „	5.00 „
Sale de Estrada C.	3.17 p.m.
„ „	5.17 „

J. H. CLEGG,
Superintendente de Transportes.

R. M. LEECH,
Superintendente General.

A. CLARK.
Gerente General




LA ACTUALIDAD

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

No. 223 — Guatemala, 14 de diciembre de 1918. — Año VI.




NOTAS EDITORIALES

EL DIA DE GRACIAS

Aproxímase ya el aniversario del día en que se inició la sísmica conmoción que destruyó en gran parte la capital de nuestra República y varias poblaciones circunvecinas. Si grandes fueron las pérdidas materiales entonces, si muchos son los estragos por aquellos fenómenos causados en los edificios y monumentos que constituían la riqueza arquitectónica de Guatemala, hay también que reconocer que dada la enorme magnitud de la catástrofe y el sistema tan poco asísmico empleado para nuestras construcciones, fue insignificante el número de las víctimas. En poblaciones que no contaban con el número de habitantes de Guatemala y donde las convulsiones terráqueas han sido de menor intensidad, sin embargo, el número de muertos y de heridos ha sido muchísimo mayor y las familias tuvieron que deplorar junto con la pérdida de sus habitaciones, la más sensible e irreparable de sus miembros. Entre nosotros son relativamente poquísimas las familias que en aquellos días de desolación tuvieron que llorar la muerte de alguno de sus miembros acaecida a consecuencia de los terremotos. Los movimientos terráqueos fueron creciendo en intensidad de una manera progresiva, hubo en la trágica noche temblores que hicieron salir a los habitantes a las calles y a las plazas antes de que llegasen los movimientos fuertes que causaron la caída de techos y de muros, y debido a esta feliz circunstancia los habitantes pudieron en su mayoría salir ilesos de la catástrofe. Con razón, pues, el Ejecutivo al aproximarse el aniversario de aquel acontecimiento decreta que Guatemala eleve sus acciones de gracias a la Providencia por haber velado sobre la vida de los habitantes, la que estuvo en peligro no solamente por las convulsiones sísmicas sino también por las anormalísimas condiciones de existencia impuestas por aquellos fenómenos en época tan fría como es la de diciembre y de enero.

Sea, pues el 25 de diciembre día en que Guatemala al elevar sus votos de gracias al cielo, reitere anualmente su firme voluntad de surgir de sus escombros más próspera y hermosa que lo estaba antes de la catástrofe.

He aquí el Decreto del Ejecutivo:

DECRETO NUMERO 744

Manuel Estrada Cabrera
Presidente Constitucional de la República,

CONSIDERANDO:

Que Guatemala, después de los desastres sísmicos ocurridos desde el 25 de diciembre de 1917, ha entrado aunque paulatinamente en un período de relativa calma y que sus habitantes se dedican ya a sus labores cuotidianas con el ardor y el empeño que las circunstancias permiten;

Que es un deber de cultura y un exponente de elevación de sentimientos sociales, rendir gracias a la Providencia por haber salvado a los habitantes la vida en medio del rigor de los terremotos, y que ningún día es más adecuado que aquel en que se cumple un año de haberse iniciado los hechos aludidos.

POR TANTO:

En Consejo de Ministros y en uso de las facultades de que me hallo investido,

DECRETO:

Artículo 1º—Señálase el 25 de diciembre de cada año como "Dia de Gracias" para los fines ya expresados y por la tranquilidad del país; en tal virtud los diver-

sos organismos del Estado dictarán las disposiciones convenientes al efecto.

Artículo 2º— De este Decreto se dará cuenta a la Asamblea Nacional Legislativa en sus próximas sesiones.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo, en Guatemala a los siete días del mes de diciembre de mil novecientos diez y ocho.

Comuníquese y publíquese,

(f.) MANUEL ESTRADA C.

El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Crédito Público, Encargado del de Relaciones Exteriores,

(f.) G. Aguirre.

El Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública Encargado del de Gobernación y Justicia

(f.) J. Ed. Girón.

El Secretario de Estado en el Despacho de Fomento.

(f.) L. F. Mendizábal.

El Subsecretario de la Guerra.

(f.) J. M. Letona R.

LAS ELECCIONES MUNICIPALES

Efectuáronse el domingo pasado las elecciones municipales. Nuestro estimado colega "La República" propuso la candidatura del Doctor don Julio Bianchi para Alcalde Primero y las de otras muy estimables personas para los diversos cargos del Consejo Cívico. Algunas de las personas que figuraban en la candidatura de "La República" fueron electas como el Sr. Lic. don Roberto Matos y el Señor don Gerardo Gordillo Taboada. Para Acalde Primero Municipal quedó electo el Sr. Dr. don Ernesto Mencos; para segundo el Sr. Lic. don Angel María Bocanegra; y para tercero el Sr. Dr. don Eduardo Aguirre Velázquez; Síndico Primero Municipal salió electo nuestro muy estimado amigo el Sr. Lic. don Virgilio Rodríguez Beteta, Director del "Diario de Centro América" y entre los Regidores se cuenta al talentoso y joven orador Lic. don Francisco Gálvez Portocarrero y al escritor Coronel Zamora Castellanos. El elemento periodístico e intelectual está, pues, brillantemente representado en el nuevo Municipio que fungirá en el año de 1919. Los dos directores de los dos diarios más grandes de esta capital han sido elegidos para ocupar importantes puestos en el Cívico Concejo y "La Actualidad" se regocija por ello y espera de dichos señores y de los demás valiosos elementos que forman la nueva Municipalidad muchas y brillantes labores en pro de esta capital, que hoy más que nunca por los desperfectos causados por el terremoto, por las condiciones actuales de la salubridad general y por la aproximación de la gloriosa fecha del Centenario de nuestra emancipación política, necesita de Munícipes que tengan conciencia de su elevada misión y quieran trabajar por el mejoramiento de la ciudad y su progreso material. Los señores directores del Diario y de La República han visitado recientemente la gran república Norte Americana y es de esperarse que durante el año en que van formar parte de la Corporación Municipal tratarán de introducir algunas de las mejoras que allá hayan observado. Anchísimo campo tiene la nueva

Municipalidad para desarrollar sus actividades y demostrar sus energías y "La Actualidad" al presentar su afectuoso saludo a los nuevos ediles se complace en desearles el más cumplido y feliz éxito en sus labores municipales.

Elecciones en la Universidad Nacional Estrada Cabrera.

Practicáronse el Martes 10 del actual las elecciones de Rector Propietario y Suplente. Para el primer cargo salió electo el Sr. Lic. don Mariano Cruz y para el segundo el Sr. Lic don Salvador Falla. Los reconocidos méritos de ambos distinguidos jurisconsultos han inducido a la mayoría de los profesionales a votar por esa candidatura que por los altos prestigios que aportan, satisface ampliamente los anhelos y esperanzas de los elementos componentes de la Universidad.

MISCELANEA

Para aquellos que creen que escribir sobre algo de interés general, es trabajo inútil y tiempo perdido en Guatemala, porque unos no leen, y otros no toman en cuenta iniciativas, ni corrigen defectos los llamados a hacerlo, es consolador convencerse de que tratar ciertos asuntos de importancia regional o nacional no es labor desperdiciada, y que entre la inmensa multitud de indiferentes u opositores tal vez, una o dos personas se asocian las ideas y las llevan a la práctica haciendo así labor patriótica, a la vez que acumulando riquezas bien obtenidas encuentran bienestar y posición social distinguida.

En los números 212 y 213 de "La Actualidad" y por iniciativa amistosa de un ilustrado facultativo, escribimos dos artículos sobre asuntos de farmacopea, tratando de interesar por una parte a los agricultores entusiastas, patriotas e ilustrados del país y por otra a la Facultad de Farmacia y Ciencias Naturales, para que aquellos ensayaran nuevos cultivos de plantas medicinales de uso general y gran expendio remunerativo en los mercados europeo-americanos, y ésta promoviera la fundación de una laboratorio nacional, filón de riqueza patria y tabla de salvación en casos como el presente en que una guerra espantosa envolvió a las naciones productoras de medicamentos, y los demás países, imprevisores o incipientes, se encontraron repentinamente sin materia prima con que acudir al alivio de la humanidad que sufre.

La Facultad, como recientemente independizada, no ha hecho ni ha dicho nada de la iniciativa porque se está organizando, aunque es seguro que por patriotismo laudable y por interés bien entendido, algo hará para que el Gobierno y el país vean que al moverse dentro de esfera propia y amplia, trata de llenar su cometido como cuerpo del Estado; pero los particulares que obran por sí mismos sin tener a quien consultar, ya han respondido con empeño.

Varios agricultores de diversas zonas han acudido a nosotros y a otras personas por medio de cartas, pidiéndonos datos para iniciar determinados cultivos, no como simple pasatiempo o como mera curiosidad científica, sino como ramos de explotación industrial, que reunidos en un haz de producción, formen una renta capaz de sustituir o superar a la que proporcionaba el café.

La comunicación que revela más entusiasmo y decisión, es la del Señor don Antonio Galindo, conocido agricultor de la zona de Barillas, Departamento de Huehuetenango, y propietario de la Hacienda "La Florida.

Gracias a que sus posesiones tienen regular extensión y por un feliz concurso de circunstancias, abrazan climas y alturas variables entre ochocientos y seis mil doscientos ochenta pies, sus ensayos pueden ser múltiples; y no cabe duda que iniciados con tino y base científica, darán excelentes resultados.

A juzgar por la correspondencia cruzada entre él y los Señores "Isaac Sierra y Co." que conocemos por fina galantería, el número de plantas medicinales en ensayo o en preparación, es extenso, y de lograrse éxito como lo deseamos, su labor sería eficaz elemento comercial para las Farmacias nacionales y base

apreciable para el laboratorio que se creara.

Júzguese por la simple enunciación de ellas: Zarzaparrilla—(dos especies)—; Valeriana, especie corriente; cacao,—(especie regional)— del que únicamente se saca manteca con extracto farmacéutico; Sapuyulo macho para la confección de grasas y aceites; quina; algalia; curarina y vainilla.

Concretándose su consulta y la de las otras dos estimables personas a la **Belladona** y al **Hidrastis Canadensis,** publicamos a continuación la parte conducente de nuestra respuesta sólo con el objeto de que sean conocidas de muchos otros agricultores, las peculiaridades referentes a ambas plantas que tan altos precios alcanzan en los mercados americanos.

Belladona.— Esta solanácea es originaria de todas las partes meridionales de Europa (España, Francia e Italia), —.—No existe en Guatemala, o por lo menos la especie medicinal no se conoce, por más que hay otras plantas de la familia, pero sin sus propiedades medicinales. Aun en Europa misma se cultiva en muy pequeña escala —(de allí su escasez)—y sólo algunas regiones de Francia la aprecian en jardines y pequeñas plantaciones para la industria medicinal por recomendación del Gobierno.

Dicho lo anterior, fácilmente se comprende que lo que se haga en Guatemala, serían primeros ensayos, y para ello se necesitaría mucha atención y cuidados, y estudiar la materia para no fallar.

En todo caso, lo primero que hay que escoger es buen terreno, de tierra fértil de la que aquí llamamos **vegetal** y en último caso debidamente abonada, situado en zona templada, en lugar que tenga sombra no demasiado intensa, ya que en su estado natural la planta prospera particularmente bien en los bosques, en sitios frescos y alrededor de las habitaciones en donde suelen botarse basuras y residuos de estiércoles.

La planta alcanza a veces dos varas de altura en climas apropiados y buenas tierras; pero en general su desarrollo es de un poco más de una vara. Es vivaz por sus raíces que cada año durante unos cuatro o cinco meses, emiten nuevos brotes aéreos, que una vez han fructificado, secan y mueren para dar lugar a los del subsiguiente año.

La raíz es tuberosa o carnuda, algo parecida a la legumbre llamada **pastinaca o chirivia,** lo que indica que los suelos para el ensayo de su cultivo no han de ser muy arcillosos. Indica también que la siembra en el ensayo debe disponerse mateada, y las matitas con una vara de separación en ambos sentidos. Estos semilleros creemos que deben hacerse a principios de la estación lluviosa, por ser muy delicado el desarrollo y primeros pasos de la belladona; en cajas largas si es posible y bajo emparrados no muy tupidos para que les dé a las plantitas a medias, la luz del sol tempranero y nada del sol fuerte de medio día y quedar así también resguardadas de los aguaceros torrenciales de nuestro trópico, que las dañarían. Suponemos que para la canícula de Agosto las plantitas habrán alcanzado la altura de cinco o seis pulgadas, y entonces ya están en aptitud de ser cuidadosamente trasplantadas con pilón y sin tronchar ramajes ni dañar raíces.

Toda la planta, hojas, ramas, tronco y raíz contienen en cantidad mayor o menor el alcaloide que de ella se extrae para usos medicinales: pero el de la raíz es más concentrado y límpido, por lo que es la empleada con este objeto. Como mínimun sujeto a alteraciones de clima, lugar y cultivo, puede decirse que la cosecha de raíces no bajará de unos seis quintales por manzana, que a $2.50 oro la libra hacen trescientos dólares, cantidad no despreciable.

Para no aventurar, pensamos que dicho cultivo debe ensa-

varse entre plantillas de café hasta la segunda fructificación de éste; y para evitar este inconveniente mejor sería ese ensayo entre árboles frutals de no mucha alzada, con lo que se lograrán dos objetos: la producción de frutas para iniciar la industria en esas regiones, de conservas que como las de por acá tanta demanda han tenido en los Estados Unidos; y el ensayo en buenas condiciones, de la belladona.

Si bien es cierto que la planta se encuentra en España y de allá se pudieran obtener semillas, como en otras ocasiones se ha facilitado más en Francia conseguirlas, pensamos por la brevedad, que es mejor dirigirse a este país en carta certificada para que, al venir las semillas, alcancen la primavera y principios de las lluvias. Esa semilla figura en venta en los catálogos de la casa **"Vilmorin, Andrieux & Cie.; quai de la Megisserie.—Paris.- France"**; y a esa misma casa por ser honorable y haber cumplido con otros pedidos de que tenemos noticia, se le puede girar dinero por medio de casas de esa o de ésta.

Finalmente, arrancada la planta por un tiempo ni muy seco—(para facilitar la operación?— ni muy húmedo —(para que no salga muy sucia) —debe someterse la raíz que es la comercial, a un lavado ligero y cuidadoso para limpiarla de la tierra que lleva adherida, y luego extenderla en capas livianas al sol durante diez o quince días para su total desecamiento; y logrado esto, consignarla a su destino en New York, en redes—(a lo primitivo si no se tiene otra cosa)— o mejor en sacos de yute o pita, o bien en javas como se hace con la papa y otros frutos.

Hidrastis canadensis. Esta Ranunculácea es originaria, como su nombre lo indica, de las partes pantanosas del Canadá. Su área geográfica baja hasta el Sur del Estado norteamericano de Carolina y se pretende que también hasta la Florida.

Es planta igualmente perenne por sus raíces carnudas o tuberosas; no se cultiva —(que sepamos nosotros) —en ninguna parte, sólo se explota- es espontánea, y tiene valor, no sólo por sus propiedades medicinales, sino como planta tintórea, pues procura un hermosísimo color amarillo muy estimado de tintotereros, pintores y especialmente de los fabricantes de mármoles artificiales por la fijeza y limpidez que da.

La raíz es también la parte comercial con la que se procede muy análogamente que con la belladona.

Es planta propia para ensayarse en las regiones templadas de nuestra patria, en lo terrenos pantanosos de orillas de los ríos o interior de los bosques, (terreno que por fortuna no abundan sino en el despoblado Petén). Pero aun no siendo enteramente pantanosos, basta que los terrenos sean húmedos, y de esto sí hay mucho para lo ensayos. Aunque no hemos encontrado anunciada su semilla en ningún catálogo, es fácil conseguirla en New York por medio de algún comisionista o amigo.

El nombre vulgar con que los norte-americanos conocen la planta, es **Yellow root** y también **Orange root".**

Hasta aquí la parte conducente.

UNA VISITA DE ULTRATUMBA

—¿Y qué temores abrigáis respecto a la situación política? Vengada con creces está la ofensa del 70, recuperadas esas dos queridas Provincias de Alsacia-Lorena que gracias a mi previsión quedaron desde hace más de doscientos cincuenta años bajo nuestra influencia en el tratado de Westfalia; y humillada y caída para siempre la casa de Austria que fue el ideal de mi actuación diplomática. Francia, más gloriosa que nunca por vuestras patrióticas e inteligentes gestiones y por los talentos de Foch, nada tiene que temer..

—Sí, Eminencia; pero no sé porque me preocupan las ambiciones e intereses encontrados con que vamos a tropezar en las próximas discusiones de paz. Inglaterra, querrá toda la Asia menor y la Arabia, para que con el Egipto se pueda cubrir el itsmo de Suez y el camino de la India.....; querrá también Constantinopla.....

—No puede ser, porque también es nuestro camino a Madagascar, la Indochina y nuestras posesiones australianas, replicó el personaje que había abierto la discusión.

—Sin contar, Eminencia, añadió el segundo, que Italia pretende ensancharse en Trípoli, volver el Adriático un lago italiano, y bajar de los Alpes Réticos, Nóricos y Julianos, sobre el antiguo Archiducado y heredar a los Hapsburgos......

—Entonces el peligro sería mayor ahora que en mi tiempo. Una Austria decadente y lejana ya de nosotros no infundía recelos, en tanto que una Italia joven y bajo el cetro de la ambiciosa casa de Saboya, irá muy lejos. ¿Y los Estados Unidos, qué pretenden?

—Nada en Europa, Eminencia; ellos por ahora se quieren quedar en América.

Quedaron sumidos ambos personajes en hondas reflexiones,

como si las últimas frases les diesen mucho en que pensar.

Aquel que llevaba la palabra, ostentaba el traje rojo y el capelo de los Cardenales. Su fisonomía de líneas fuertemente acentuadas, era noble y elevada. Su frente, alta y espaciosa, denotaba el hábito de la reflexión; la mirada, enérgica y chispeante, hacía entrever la resolución inquebrantable y tenaz de propósitos; y el bigote, levantado a manera de cortina sobre la perilla estilo Luis XIII, daba a sus facciones un aire varonil, que si contrastaba con su traje, cuadraba bien a toda su persona. Era Armando Duplessis, Duque y Cardenal de Richelieu.

El otro, bajo de cuerpo y regordete, frisaba en los sesenta y cinco años, y aunque no tenía aire de gran señor, imponía por su gesto imperativo, se hacía respetar cuando dirigía la palabra, porque ella siempre respondía a pensamientos profundos, y en su presencia, ante su fulgurante mirada, y como envueltos en su poderosa voz, todos comprendían que aquel anciano era un hombre superior. Se llamaba Clemenceau.

Eran las once de la noche; y el amplio salón del Quai d'Orsai aparecía profusamente iluminado.

—Pues bien, Señor Clemenceau: he allí la salvación de la Conferencia de la Paz, que es necesario que no se convierta en otra Conferencia de Viena, ni de ella salga desgraciadamente investida otra Santa Alianza. Que América sea el fiel de la balanza moderadora. Apoyaos en Wilson.

—Bien está; pero, ¿querrá él patrocinar nuestras justas reivindicaciones? Ese es el problema. Acordaos que necesitamos recuperar en Siria la influencia que desde las Cruzadas ejercíamos allí; que necesitamos se nos devuelva lo que en Algeciras cedimos ante un salto de Polichinela imperial por conservar la paz; y que nuestra agricultura reclama ahora más que nunca, la completación del sistema de canales de riego intensivo y de transporte, que sólo el Rhin puede dar desde Colonia. No es despojo recuperar lo que era de nuestros padres los galos desde hace dos mil años. La Bretaña armoricana, era celta; griego era el Sur; pero la Picardía y la Flandes, la Alsacia y las Provincias Rhenanas, galas eran hasta Maguncia.....

—Eso daría lugar a que se pensase en una revancha alemana, ¿no lo creéis así?— ¡Cambian tánto las épocas y los hombres!

—Tenemos que ensanchar nuestro imperio colonial....

—Para la gloria de Francia, basta con lo que ha cumplido en la historia y con lo que tiene en poderío. No Señor, Clemenceau, no imitéis el error de Alemania el 70, ni deseéis la triste fama de ser otro Bismarck de nefasta memoria. Vosotros sostuvisteis la guerra en nombre de la justicia, pues observada; invocasteis el derecho de los pueblos a agruparse en unidades étnicas, pues reunidlos sin conquista; dejad vivir regenerada a Alemania democrática, enseñad al mundo que sólo la Francia ha sabido ser generosa, y que sólo ella como creadora y madre de la gran Revolución de 1789 sabrá guiar las democracias y cumplir el Derecho.

—Tenéis razón, Eminencia.

—Además del ímprobo trabajo de crear de nuevo el Derecho Internacional sobre bases sólidas e indestructibles dentro de una perfecta sociedad de naciones, bastante tenéis que hacer en casa. Paréceme que la mortandad enorme de la guerra, impone la necesidad de crear colonias de procreación y repoblación, —llamémoslas así—, con elementos extranjeros sanos y fuertes que se unan a nuestras muchas mujeres, ya regeneradas de la inmoral costumbre de evitar la familia; tenéis que reconquistar en buena lid comercial los mercados de la América libre donde se nos aprecia mucho, y llevar allí nuestros casimires y paños, nuestras sedas y modas y nuestros artefactos finos y licores, siguiendo los sistemas alemanes de dar grandes facilidades al comercio; y tenéis que impulsar esa marina mercante que yo creo que habéis descuidado.

—Convencido estoy, Eminencia, y os prometo que Francia exigirá justicia nada más, y pedirá sólo aquello que sea reparación.

El gran Richelieu desapareció, y Clemenceau comenzó febrilmente a tomar las primeras notas preliminares de las bases que Francia sostendrá en las Conferencias de la Paz.

X. Y. Z.

Guatemala, diciembre de 1918.



Honorable Señor General Don Eduardo Casamiglia, Delegado a la Oficina Internacional Centro-Americana y Encargado de Negocios de Costa Rica.

Profunda tristeza embárganos al trazar estas líneas. Desearíamos que fuesen el más cumplido homenaje para el honorable diplomático, para el gentil y culto amigo, traidoramente vencido por la Muerte en la plenitud de la vida; para el militar que en varias ocasiones —quizás de las más difíciles y trascendentes del desarrollo político de su patria— blandió la espada, y en el vivac, entre las montañas e innúmeras penalidades, hizo frente, con valor y estoicismo, a las fuerzas del adversario.

Perenne ascensión al ideal y realización de sus nobles aspiraciones, caracterizaron la existencia del exquisito amigo, ido para siempre. Nunca conoció el desastre, porque dueño era de indomable voluntad. Poeta, supo de los mejores ritmos; pensador, abroquelóse en los más excelsos principios; diríase que con el mármol de su propio destino se labró elevado pedestal, desde donde analizaba los hombres y las cosas.

En tierra hermana de la suya y que antaño constituyeran parte de la misma entidad, exhaló el último aliento el honorable señor General don Eduardo Calsamiglia, delegado por Costa Rica a la Oficina Internacional Centro Americana y encargado de negocios de aquel país en Guatemala.

A su esposa la distinguida señora doña Celia de Calsamiglia, a la Oficina Internacional Centro Americana, al Gobierno de Costa Rica y a la Colonia residente en Guatemala, enviamos nuestras sinceras expresiones de condolencia.

* *
*

Ayer en la tarde fue trasladado al local de la Oficina Internacional Centro Americana, el cadáver del General Calsamiglia, donde fue colocado en capilla ardiente.

Los funerales que se efectuaron esta tarde con las mayores solemnidades, son testimonio elocuente de la honda simpatía que gozaba en el país el distinguido extinto.

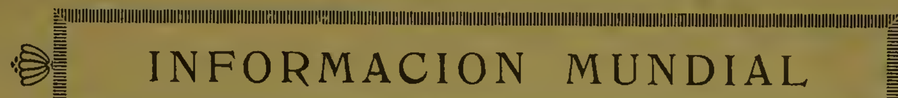
WILSON, RIE......

Invitamos al más curioso escudriñador de revistas ilustradas, así nacionales como extranjeras, a que exhiba una imagen de Wilson donde no aparezca el gesto en que ahora mismo, y con los ojos del espíritu, ven nuestros lectores al personaje evocado. Siempre ríe el americano insigne; bien que no sabemos si calificar su risa de alegre o melancólica. La constancia en la mueca ya proverbial impide descifrar su sentido. Reía cuando fue elegido presidente de la República, y cuando se casó, y cuando batallaba por la reelección en su cargo, y al arrojar la pelota en medio de los diputados que juegan al **foot ball**, y al despedir a los ejércitos que venían a Europa. Imposible conocer el significado de la expresión invariable ante emociones tan diversas. Pero si observamos con una mayor solicitud, acaso la fijeza del rictus nos descubre la íntima calidad suya; el hombre en quien concurren la moral y el entendimiento, consciente, de su misión humanitaria, no manifiesta con su risa sino una filosófica serenidad, el equilibrio interno de los que no se embriagan con la desgracia ni con la fortuna, postura al fin y al cabo estoica, que se distingue de la renunciación amarga de un Séneca, en la recóndita voluptuosidad de suplir con el propio anhelo puro y alto las ruindades que nos rodean, mientras la escuela del pesimista cordobés aconseja no luchar por nada y resignarse a la miseria del vivir.

Otras virtudes encontramos en esa risa wilsoniana que se asemeja tanto a la contracción del rostro herido de lleno por el sol. La puerilidad, por ejemplo. Unicamente la inocencia de los simples de alma reacciona con la risa bajo el objetivo fotográfico. Y en las ceremonias que el vulgo distinguido recibe con harta gravedad, y las minorías selectas con actitudes sacerdotales o con enojo no disimulado al contacto de la pompa hueca y ridícula. Wilson, todo lo contrario de un rústico, se echa a reír en las apoteosis, no con ironía, gozoso y maravillado como un colegial. Y es que se conserva niño, lo que en el varón maduro y sabio significa bondad, limpieza del ánima. Y hallamos la prueba del infantilismo renovado por la sencillez, en que no suena la risa ya celebérrima; desde luego se advierte en los grabados que la ruidosa carcajada no acompaña al movimiento de los labios. ¿Cómo se nota eso? Muy fácil. Fijaos en la tilde reflexiva de las pupilas y en la compostura del cuerpo, no escorzado ni retorcido por contorsiones de abandono en la hilaridad. Wilson no deja nunca ni su ilusión, a despecho de las realidades, ni su inteligente experiencia, a pesar de los triunfos. Es un hombre que no ignora lo que llevamos de dioses, y que al mismo tiempo estamos sujetos a las leyes de un poder invencible, natural o divino. Wilson es un hombre que ríe, y son el **animal que ríe** la inmensa mayoría de los bípedos implumes.

Se desprende también de la risa wilsoniania una llanesa sinónima de familiaridad. La del hidalgo nuestro no nos introduce en sus cordialidades. La del buen burgués enemigo de protocolos y etiquetas revela una intimidad no oodiciada. Aparte que en las grandes figuras choca el olvido de las fórmulas sociales. Recuérdese la grotesca silueta del Rey demócrata que caminaba por los bulevares a pie y con paraguas. Y la repugnancia con que era comentada la costumbre de aquel embajador que recibía las visitas en mangas de camisa. Muy contados próceres, los verdaderamente magníficos, se salvan de la caricatura, y aun adquieren realce en el ejercicio de la humildad. Apuntemos el caso máximo de Agamenón despedazando un buey en la Illíada sin perder su jerarquía regia. Así podríamos ir entresacando precedentes en la selva histórica, y emplearíamos para ello el hacha con que lord Macaulay jugaba al leñador en sus ocios de estadista y literato. Por lo que toca a Wilson, no cabe duda de que no marca distancias desde su tribuna con el pabellón nacional por colgadura y el público del mundo entero. ¿A qué se debe que no confundamos con un charlatán al buen señor que ríe y alarga un brazo, en que no nos atreveríamos a colocar un específico milagroso? A que infunde respeto junto con la amistad. Porque Wilson —en sus retratos más próximo al cinematógrafo que a los cuadros al óleo

(Pasa la página 42.)




INFORMACION MUNDIAL



Este refuerzo inglés va en camino para tomar posesión del punto que les toca cubrir en la frontera alemana conforme lo estipulado en el armisticio. Admírese el entusiasmo que muestran los soldados de Haig.

LA RENDICION DE LA GRAN FLOTA DE ALTA MAR HA SIDO UNA DE LAS MAS

crueles amarguras y de las más terribles decepciones que ha sufrido el Pueblo Alemán.

"Nuestro porvenir se halla en el mar", dijo el Kaiser hace veinte años, e hizo también otras observaciones menos famosas, pero sí igualmente significativas: "El océano es indispensable para la grandeza de Alemania; empero ese mismo océano nos recuerda que ni en él ni en la lejanía al atravesarlo- puede lograrse ninguna decisión sin intervenir Germania y el Imperio Alemán. El tridente ha de pasar a nuestras manos."

Ahora, al cumplirse la gran decisión, que destruyó para siempre el ensueño de los Hohenzollern, principalmente el de Guillermo II, la soberbia flota alemana se ha rendido. El tridente no sólo no ha pasado a manos germánicas, sino que la armada alemana ha pasado a manos del enemigo. "El porvenir que se halla en el mar" ha concluido de la manera más ignominiosa.

Recientemente fueron ertrega-

dos nueve acorazados, cinco cruceros, siete cruceros ligeros, y cincuenta destroyers, sin contar el número de submarinos rendidos. Un telegrama recibido en Amsterdam decía:

"Acorazados: el Kaiser, 24.113 toneladas; la Kaiserina, 24,113 idem; el Rey Alberto, 24.112 toneledas; el Kronprinz Wilhelm, 25.000 idem; Prinzregent Luitpold, 24.113 idem; Markgraf, 25.293 idem; Grosser Kurfurst, 25.293 idem; Bayern, 28.000 idem Konig, 25.293, y Frederick der Gross, 24.113.

'Cruceros pesados: Hindenburg, cerca de 27.000 toneladas; Derflinger, 28.000 idem; Seydltz, 25.000; Moltke, 23.000; Von der Tann, 18.800."

"Cruceros ligeros: Bremen 4.000 toneladas; Brummer, ... 4.000; Frankfurt, 5.400; Koin, se ignora el tonelaje; Dresden, se ignora el tonelaje; Emden, ... 5.400."

Esta rendición ha de ser una de las cosas más amargas que le ha traído la guerra al ex-emperador de Alemania, pues la armada -como todo el mundo lo sabe- era su encanto; y su construcción y desarrollo ocupó gran parte de su trabajo intelectual.

Guillermo II ascendió al trono en 1888. Dos años más tarde, por un cambio de organización que se efectuó, quedó la marina bajo su control. En los primeros cinco años de su reinado se construyeron cuatro acorazados y varios cruceros blindados, y en 1895, comenzó el período de la gran actividad naval.

En 1848, el pueblo alemán -no sus gobernantes— empezó a pedir con urgencia la formación de la flota. Reunieron el dinero necesario para empezar, y se fabricaron unos cuantos buques de guerra, y se equiparon; pero el Bundesrat de aquellos tiempos no simpatizaba con la idea popular de establecer una armada. Los comienzos no avanzaron, y los barcos fueron vendidos. Tocó a Prusia, como Estado independiente, empezar en Alemania de una manera formal el proyecto de la construcción naval.

Prusia reunió varios buques, y como no contara con suficiente territorio, para formar los puertos en el Báltico, se vio en la necesidad de comprar localidad cerca de la Bahía Vade, al Gran Ducado de Oldenburg en 1854. De este modo se abrió un puerto con grandes gastos, en 1869, y al que se le llamó Wilhelmshaven. Por ese tiempo se terminó la pequeña armada de Prusia, armada que se convirtió en Marina de la Federación Germánica del Norte, y a la anexión del Schleswig-Holstein a las po-

sesiones prusianas, les dió la oportunidad del magnífico puerto de Kiel.

Ya por los años de 1867 -el año siguiente a la formación de la federación- se trazó un plan para construir una armada que consistiría de diez y seis buques blindados y de cincuenta buques más pequeños; pero cuando estalló la guerra franco-prusiana, la marina germánica todavía no se encontraba en condiciones de emprender actividades navales, y en el mar sólo hubo un encuentro.

En 1872, se hizo una nueva apropiación, y se verificaron ligeros aumentos en la armada entre el año citado y el de 1888. No obstante, el Reichstag de a mediados de la década del noventa, se opuso a los planes de expansión del Emperador; parecía que el ejército era ya carga suficiente. Fue exponiendo con énfasis la verdadera necesidad de una armada que se hallara en relación con el crecimiento del comercio marítimo de la nación, y en parte despertando ambiciones para el futuro, que el Kaiser logro persuadir al Reichstag a que se hiciesen las apropiaciones que él solicitaba.

En 1897, el Reichstag recibió un nuevo y asombroso programa naval, que tenía por objeto colocar a Alemania en el lugar más encumbrado entre las Potencias marítimas, y el mismo año von Tirpitz, Primer Ministro de Marina que había sido educado en la carrera de marino más bien que en la de soldado, fue nombrado para que desempeñase tan importante cargo. Alguien ha dicho que el poder de von Tirpitz consistía en saber lo que en realidad necesitaba el pueblo germano, y por qué.

El proyecto naval de 1897, se halla resumido así:

"En vez de simplemente proponer la construcción de cierto número de buques nuevos, el proyecto de ley fijaba la cantidad permanente de barcos de cada clase de los que se compondría la armada. Iban a quedar terminados en 1904; y el proyecto especificaba de que manera se sustituirían -con frecuencia- los varios buques de cada clase.

"Conforme a este plan se establecería una flota normal, y el Reichstag -al consentir en ello- perdería el poder de controlar el presupuesto naval. Al bill se opusieron abiertamente las radicales; el centro se dividió, pero la grandísima influencia personal del emperador, apoyado por la agitación del "Flottenverein" de formación reciente, obró de tal modo sobre la opinión pública de Alemania, que la oposición quedó vencida.

"La elección general era inminente, y ningún partido osó salir a la palestra como opositor al proyecto de la flota. Apenas se había aprobado el bill, cuando ocurrió una serie de acontecimientos que obligaron a la opinión pública dirigir su atención hacia las cuestiones de Colonias, y que parecían justificar la acción del gobierno. La guerra entre los Estados Unidos y España mostró cuan necesario era la existencia de una flota eficaz bajo condiciones modernas, despertándose también un sentimiento de recelo por el futuro surgimiento de una política expansionista que adoptara Norte América. Y la tempestad que se desencadenaba en el Africa del Sur, hizo sentir a la nación que su flota no se hallaba todavía lo suficientemente fuerte pa-



Aquí vemos a un oficial francés usando un tubo llamado "fumígeno" que contiene materiales que forman una espesa nube de humo que servía para ocultar al ejército galo de la vista del enemigo.

ra hacer efectivas las simpatías alemanas".

En 1900, el emperador logró obtener con bastante facilidad, la aprobación del bill de Defensa Naval. Según ese programa, Alemania tendría para el año de 1917, una flota de cuarenta y ocho acorazados y un número proporcionado de buques pequeños. En la primavera de 1909, la Gran Bretaña reconoció en la "nueva" armada alemana una grave amenaza para su supremacía marítima, pues por entonces se vió claramente que con mayor celeridad con la que se había puesto en práctica el programa naval, se construiría los futuros armamentos.

De todos modos, Alemania había poseído una magnífica armada desde que en 1900 se aceptaron las cláusulas contenidas en el bill y se pusieron en ejecución. Mayores fueron los aumentos que se hicieron de acuerdo con las disposiciones de 1906 y 1912. El programa de este último año tendía a que en 1923 quedaran concluídos 41 acorazados, 12 cruceros pesados y 30 cruceros ligeros para la flota, fuera de otros 8 cruceros pesados y 10 pequeños que se emplearían en el servicio llamado exterior. La Flota de Alta Mar consistiría, pues, de un buque insignia, tres escuadrones de ocho acorazados cada uno, de ocho cruceros pesados y de 13 ligeros, y tantos torpederos como fuera posible agregar más tarde.

Cuando estalló la guerra, en 1914, la flota alemana -según Janes- se componía de 13 dreadnoughts y 5 cruceros de tipo drednought 3 superdreadnoughts estaban en construcción; 22 predrednoughts fabricados en de 1891 a 1908; 8 cruceros para la defensa de la costa, construidos de 1889 a 1893; 9 cruceros blindados, construidos de 1897 a 1909; 6 cruceros protegidos, fabricados de 1892 a 1910; 25 cruceros de 24 nudos de velocidad por hora, construidos de 1904 a 1913; 12 cruceros ligeros; 152 destroyers; 45 torpederos; de 30 a 40 submarinos, y 2 sembradores de minas. En 1914 quedarían concluidos otros tres acorazados. Con la excepción de 1 crucero pesado, 2 cruceros blindados, y unos cuantos cruceros ligeros, toda la flota alemana se hallaba concentrada en el Mar del Norte y en el Báltico, cuando se declaró la guerra.

Describiendo la Batalla de Jutlandia, que se efectuó el 31 de mayo de 1916, John Buchan dice que "desde el principio de la lucha, la Armada Británica había abrigado la esperanza de que algún día y en alguna parte encontraría a la Flota Alemana de Alta Mar para trabar con ella combate naval en mar abierto. Hasta entonces, Sir David Beatty y los cruceros pesados no habían tenido la dicha que buscaban. En la Batalla de Heligoland que se libró el 28 de agosto de 1914, sus grandes acorazados no encontraron otra cosa que cruceros enemigos. Cuando se efectuó la incursión naval de Hartlepool, en diciembre del mismo año, su propósito fracasó a causa de la niebla, y no logró interceptar el paso a los atacantes. En la Batalla de Dogger Bank efectuada el 24 de enero de 1915, un incidente que le icurrió a su buque insignia, le impidió destruir toda la flota de cruceros pesados de Alemania.'"

Este historiador inglés hace mención, por tanto, a combates navales de menor cuantía, en los cuales lucharon las uerzas de Inglaterra y Alemania, y luego prosigue a referirnos la acción más colosal que se libró en el conflicto que acaba de terminar.



Senador Guillermo Marconi, inventor del telégrafo sin hilos, que ha sido nombrado Embajador de Italia en Washington.

La batalla comenzó a unos cuantos minutos antes de las cuatro de la tarde, y duró hasta que se obscureció la luz, tomando en seguida un nuevo aspecto durante la noche.

Buchan continúa así: "A las nueve el enemigo había desaparecido por completo, y la oscuridad descendía con presteza. Era una situación estratégica que, a causa de la niebla y de la caída de la noche, habría terminado en plena destrucción. La batalla nocturna se libró, de parte de los ingleses, con barcos de pequeño calado. Cuando empezó a rayar el alba del 1º de junio, la flota británica se dirigió hacia el Norte a reunirse con sus buques ligeros y a perseguir al enemigo; pero el enemigo no fue encontrado. Parcialmente se había escapado en formación de un solo barco por frente; y en parte se encaminaba rápida a aguas alemanas, tal como hacen las patos silvestres cuando el tiro los desbanda.

"El tiempo le ayudó muchísimo, pues al alborear el 1º de junio la neblina aparecia más espesa que lo estuvo la noche anterior; el campo de la visión se habia reducido a menos de cuatro millas.... Toda la mañana hasta las 11 Sir John Jellicoe esperó en el campo de batalla, sin que el enemigo apareciera "Me ví obligado a deducir -escribe Sir John- que la Flota de Alta Mar había regresado a puerto."

Así sucedió en efecto; la batalla había terminado. Hubo pérdidas por ambos lados, y las noticias contradictorias -como han de recordar nuestros lectores- se propagaron en el acto. Primero se dijo que se trataba de una victoria alemana; y el Kaiser congratuló a sus marinos por haber deshecho la supremacía británica y asestado el primer golpe formidable.

Pero a este golpe no le siguió ningún otro que viniera a confirmar las palabras del Kaiser. A pesar de las pérdidas experimentadas (tres cruceros blindados, tres cruceros pesados y ocho destroyers que se hundieron y muchos marinos que murieron), la flota británica no había perdido su supremacía.

El 1º de julio, se publicó un comentario oficial inglés, que terminaba diciendo: "Fue una flota derrotada y deshecha la que se escapó de la trampa, huyendo a su patria, dejando a la flota británica una vez más en su dominio indisputable del Mar del Norte", y "que la Batalla de Jutlandia ocupará su puesto, superando a todas, excepto a unas cuantas de nuestras más famosas victorias."

Berlín anunció algunas pérdidas, y la Gran Bretaña siempre ha desmentido la verdad de esas cifras publicadas por el gobierno germánico. De cualquier modo que sea, los alemanes no volvieron jamás, y su crítico naval, el Capitán Persius, confiesa ahora su derrota. La Batalla de Jutlandia no sólo fue la principal acción de guerra, sino que también el encuentro general de las armadas.

Ahora que el Capitán Persius, en su calidad de crítico naval alemán ha dicho algo de la verdad acerca del combate que indistintamente se ha llamado de Skagerrak o de Jutlandia, todo lo que hay de cierto sobre el asunto ha de aparecer en Alemania de igual modo que en Inglaterra. La Gran Flota teutónica quedó desprovista de la mayoría de sus principales barcos, y el Almirantazgo Alemán haría muy bien en revelarle al mundo las pérdidas que sufrieron los germanos en ese terrible encuentro del Mar del Norte. Ya no se disputa el triunfo que obtuvieron los ingleses, dando por terminada la controversia en la que se ponía en tela de juicio la capacidad o incapacidad de Sir John Jellicoe en lo concerniente a lo posible o imposible destrucción de la Flota de Alta Mar. Los descubrimientos que haga el Almirantazgo Británico y la exposición de la táctica empleada por Jellicoe acabarán de disipar las últimas dudas.

El Capitán Persius ha declarado que las pérdidas de buques alemanes fueron enormes. Quizá al traducir la critica se le haya dado una expresión muy fuerte a las palabras, pero en todo caso es un hecho que la escuadra del enemigo no quiso salir al mar abierto, a combatir, más bien aceptó rendirse, y que los informes oficiales que dio el gobierno del Kaiser resultaron inexactos. En la antigua lista aparecía un viejo acorazado, el Pommern; tres pequeños cruceros, el Wiesbaden, el Elbing y el Frauenlob, y cinco destroyers.

Más tarde el Almirantazgo agregó el crucero pesado Lutzow y el crucero ligero Rostock, advirtiendo que "por razones políticas" se habían reservado los nombres. Sir John Jellicoe insistió, sin embargo, en que los alemanes habían perdido dos dreadnoughts y un acorazado de la clase Deutschland, un crucero pesado, cinco cruceros ligeros, seis destroyers y un submarino, un dreadnought, un crucero pesado y tres destroyers se hallaban tan averiádos que sería imposible que llegaran a la base alemana.

La Gran Bretaña pronto anunció sus pérdidas, sin exceptuar nada; 3 cruceros pesados, uno de ellos del tipo más perfeccionado; tres cruceros blindados y ocho destroyers. El tonelaje de esos barcos era 113.300 unidades. El Almirantazgo Británico había calculado que por lo menos las pérdidas sufridas por los germanes, llegarían a 119.200 toneladas. Considerando correctas estas cifras, deducimos que Germania sufrió un terrible descalabro en la Batala de Jutlandia porque su potencia marítima era inferior. Si el Almirantazgo Alemán hubiera dicho al mundo la verdad, nos habríamos convencido de que Sir Jellicoe había menospreciado las pérdidas del enemigo. Durante muchos meses permanecieron cerrados los astilleros germánicos, y quedó sellada la fuente de información.

La táctica defensiva del Almirante von Scheer y las condiciones climatéricas favorables contribuyeron a que se salvara la Flota de Alta Mar, según el mismo Capitán Persius lo ha declarado. Algunos de los expertos navales que han criticado al Almirante Jellicoe, arguyen que no aprovechó la ventaja de la luz del día que se le ofrecía para que sus principales buques navegaran con mayor velocidad en persecución de la Flota Alemana a fin de destruirla. Empero ¿cuáles fueron las órdenes del Almirante Jellicoe en lo concerniente al ataque por torpedos del enemigo? ¿Se esperaba que operase a la defensiva en las condiciones que prevalecieron durante el combate de Jutlandia, cuando ya iba a oscurecer? Hemos dicho que Sir David Beatty había comunicado en su informe que a las 6.50 p.m. el campo visual se hallaba limitado a cuatro millas. Parece que la política impuesta a Sir Jellicoe era la de ocasionar todos los daños posibles al enemigo, pero tomando las precauciones necesarias para salvar sus buques principales para en caso de emergencia. A medida que la luz del sol se apagaba, maniobré —nos refiere el Almirante en su informe— con el objeto de colocarme entre el adversario y su base, poniendo "nuestras flotillas de tal modo que protegieran a la flota del ataque de los destroyers, y al mismo tiempo que se hallaran en situación favorable para

agredir al enemigo con los buques más pesados". Mr. John Buchan, en la admirable descripción que hace de la batalla, dice: "Al mismo tiempo Sir David Beatty, al Sur y al Occidente tomó la resolución por su propia cuenta". Si es cierto lo que nos refieren, qué queda entonces de la disputa respecto a que David Beatty debia haber despreciado el peligro de los torpedos y avanzado, a manera de Farragut. No hemos de olvidar, en justicia, que el ataque de torpedos del que tenia que ocuparse Jellicoe no era de la misma clase que en el caso de Farragut. Aun más, no hay que olvidar que el Almirante Inglés no disponia de suficiente luz para perseguir y destruir la flota que se hallaba a varias millas de distancia, y que escapaba protegida por las sombras de la noche con la mayor velocidad que le era posible.

Como sucede en esas latitudes, la aurora del 1º de junio despuntó muy temprano. Nadie habia dormido durante la noche en la flota británica, y cuando apareció la superficie del mar, vieron que el campo visual estaba más reducido que el dia anterior. No se miraba ningún buque alemán. El Almirante von Scheer había verificado una huida muy astuta —no puede llamarse de otro modo a la pericia que desarrolló para escapar al desastre— y puesto a salvo sus barcos de gran calado. Durante la noche se mostró dispuesto a atacar de retaguardia que hasta cierto punto trataba de ocultar; pero al llegar la mañana sus buques habian desaparecido.

Los amigos de Sir John Jellicoe dicen que si en la táctica que el almirante desarrolló durante la noche, no hizo otra cosa que cumplir órdenes, su reputación no necesita defensa, y está muy lejos de que se le tilde por haber sido demasiado precavido EN LA PERSECUCION DE LA FLOTA ALEMANA EN LA CUAL PERSECUCION LLEVABA LA POSIBLIDAD DE HUNDIR TODOS LOS BUQUES DEL ADVERSARIO. Los contrarios de Jellicoe alegan que debía haber perseguido al enemigo haciendo navegar sus barcos a la mayor velocidad, valiéndose de los proyectores y de todas las piezas de artillería que hubiera a bordo de los acorazados y cruceros pesados. No haremos a esto ningún comentario, baste que recordemos que sobre la acción de Sir David Beatty, no hay disputa alguna, pues con el espíritu de Nelson entró de lleno en una acción general poniendo en grave peligro su flota de cruceros, y desde el principio hasta el fin su táctica fue firme y su ejecución admirable. El Almirante Jellicoe, con toda la generosidad de un caballero inglés, ha dicho sobre el particular: "El (Beatty) una vez más mostró sus magníficas cualidades de valeroso jefe, de inquebrantable resolución y de estratégica clarividencia introspectiva".

Es verdad que ha habido cierto número de combates de menor cuantía; la primera fue la que se libró en aguas de Heligoland, a la que ya hemos hecho referencia, y en la que Sir David Beatty —ahora comandante de la Gran Flota Inglesa y encargado de aceptar la rendición de la Flota Alemana— ganó una señalada victoria.



"Sa trait" [que viva] dicen los soldados rumanos heridos cuando pasa la Reina Maria por la fila de camillas, con una sonrisa y una palabra cariñosa para cada uno de ellos. De igual modo que la Reina Isabel de Bélgica, la de Rumania se ha consagrado al trabajo en socorro de los que han hecho algún sacrificio por la nación.

El 17 de octubre de 1914, una pequeña escuadra británica, compuesta de cuatro barcos, peleó con y hundió a cuatro torpederos alemanes.

El 1º de noviembre, el Almirante Inglés, Sir Christopher Chadock, con tres buques, fue derrotado en aguas de la costa de Chile, en un encuentro con barcos germanos que, hallándose lejos de las aguas alemanas cuando estalló la guerra, realizaron muchísimas incursiones, y fueron juntos a hundir a dos buques ingleses y a averiár a un tercero; pero el 8 de diciembre, en la batalla de las Islas Falkland, los ingleses salieron victoriosos, y la Flota Alemana del Pacífico quedó completamente deshecha; tres cruceros fueron hundidos, dos carboneros capturados, y dos barcos más se escaparon.

De esos buques alemanes que atacaban a los barcos mercantes en cualquier parte donde los encontraban, el que más descolló es el Emden, cuyas hazañas se captaron la admiración hasta de sus enemigos. El Emden realizó una brillante y feliz carrera hasta que el 10 de noviembre fue hundido por el crucero australiano Sydney en aguas de la Isla de Cocos, cayendo prisionero su comandante.

Otro incidente que despertó mucho interés y dio margen a considerable número de comentarios, fue la captura del buque inglés Appam que llegó a los Estados Unidos el 1º de febrero de 1916, bajo el comando de una tripulación alemana. El Appam ancló en el puerto Hampton Roads.

El 24 de enero de 1916 hubo un combate entre ingleses y alemanes en aguas de Dogger Bank en el que los británicos aprovecharon de la mejor manera su victoria.

El 25 de abril de 1916, los cruceros ingleses Lowestoft y Yarmouth fueron atacados por una escuadra de cruceros alemanes, ayudada por submarinos y zepelines. El 16-21 de agosto, los alemanes fueron derrotados en un encuentro naval en aguas del Golfo de Riga. El 15 de marzo de 1916, el Almirante von Tirpitz renunció a su puesto de Ministro de Marina.

Las revelaciones del Capitán Persius, crítico naval alemán, publicadas recientemente en el Berliner Tageblatt, muestran en parte hasta donde fracasó la Flota Alemana de Alta Mar en la acción de Jutlandia. El Capitan Persius declara que la esperanza de una victoria alemana en el futuro no descansaba en otra cosa que no fuera en el "bluff" (patrañas, engaño). El crítico naval ataca a von Tirpitz por sus muchos "errores". En cuanto a los acorazados alemanes, dice que todos han sido hundidos por el enemigo, o desmantelados para construir y armar submarinos. A principios de 1916 -agrega- 23 acorazados y 1 crucero recién construido, fueron desarmados.

De las actividades submarinas de la Armada Alemana, no es preciso que hagamos alusión; pero sí es digno de notar que el mismo Capitán Persius asegura que la campaña submarina era un simple "bluff". En octubre de 1917, Alemania tenía 146 submarinos, y en junio de 1918 tenía 113. En 1917 se construyeron 83 sumergibles y 66 fueron destruidos, mientras Berlín le aseguraba al pueblo alemán que el número de submarinos que poseían era enorme, y que las pérdidas eran prácticamente nulas. Aun más, el Capitan Persius confirma los rumores de que los marinos alemanes en los últimos meses de la guerra se mostraban renuentes a prestar sus servicios en la campaña submarina.

Se cree en Washington qué el cambio de la cláusula que en el armisticio decía "160 submarinos" a "todos", se hizo, porque el Consejo de Versalles supo que Alemania no tenía los 160 sumergibles para poder entregarlos.

do. Resígnese Ud. Es el claro de luna obligatorio.

La luna, en efecto, se desprendía lentamente de las espesas nubes amontonadas en la cima de una montaña, y su fulgor dibujaba en el césped la sombra regular de los abetos y de los acebos. El tiempo amenazaba próximas borrascas. Un viento tibio removía los perfumes de las plantas y de los céspedes.

Tres veces siguieron la alameda exterior, a lo largo de un vallado y de una tapia. No se decían nada, y este silencio, que a él le era imposible de romper, llenaba a Felipe de remordimientos. En aquel momento sintió aversión contra aquella joven fantástica e irrazonable, que suscitaba entre ellos aquellos minutos equívocos. Poco habituado a las mujeres y bastante tímido con ellas, él le suponía designios misteriosos.

—Vamos allá, dijo Susana, designando en medio del jardín un grupo más espeso de arbustos y ojaranzos, en el que la sombra parecía acumularse.

Se internaron por un sendero vallado, que les condujo a una escalinata de algunos peldaños. Era una plazoleta rodeada por una balaustrada de piedra, con una balsita, y enfrente, encuadrada de follaje, una estatua de mujer, sobre la que oscilaba un rayo de luna. Un olor algo nauseabundo emanaba de aquel paraje antiquísimo.

—¿Venus o Minerva? ¿Corina tal vez? dijo Felipe, que chanceaba para ocultar su pesar. Confieso que no se distingue muy bien. ¿Es un peplón lo que viste? ¿Es un casco o un turbante lo que lleva en la cabeza?

—Eso depende, dijo Susana.

—¿Cómo? ¿de qué?

—Sí, eso depende de mi humor: es Minerva cuando soy buena y animosa, y es Venus cuando la miro con un corazón amoroso. Y ella es también, según las horas, la diosa de la locura.... y la de las lágrimas .... y la de la muerte.

Ella tenía una alegría que entristeció a Felipe.

El le preguntó:

—¿Y hoy es la diosa?.....

—La diosa de los adioses

—¿De los adioses?

—Sí, a Susana Jorancé, a la joven que viene aquí todos los días desde hace cinco años, y que no vendrá ya jamás.

Ella se apoyó contra la estatua.

—Mi buena diosa, ¡cuántos castillos en el aire hemos formado juntas esperando...... ¿Qué? El pájaro azul.... el príncipe Encantador. Un día el príncipe debía llegar a caballo, salvar de un salto la tapia del jardín y llevarme atravesada en su silla. Una noche debía deslizarse bajo los árboles y subir los escalones de rodillas, sollozando. ¡Y todos mis juramentos a la buena diosa! Imagínese Ud., Felipe, que yo le había prometido no traer jamás a ningún hombre a su presencia, a no ser que yo amase a ese hombre. Y yo he cumplido mi promesa. Usted es el primero, Felipe.

El enrojeció en la sombra, y ella continuó con una voz, cuya alegría era disimulada:

—¡Si Ud. supiese qué tonta es la joven que sueña y hace juramentos! Vea Ud., yo le había también prometido que ese hombre y yo nos daríamos nuestro primer beso delante de ella. ¡Qué estupidez! ¡Pobre diosa! ella no presenciará el beso de amor, porque, en fin, yo no supongo que Ud. quiera besarme.

—¡Susana!

—¿No es verdad? No hay ninguna razón y todo eso es absurdo. Ud. confesará también que esta buena diosa no tiene sentido común, y que merece un castigo.

De un solo esfuerzo empujó la estatua, que cayó al suelo y se rompió en dos pedazos.

—¿Qué hace Ud.? exclamó él.

—Déjeme.... déjeme.... profirió Susana con mal tono.

Hubiérase dicho que su acto había desencadenado en ella una cólera largo tiempo contenida, y malos instintos de los que ella no era ya dueña. Se precipitó sobre la estatua pisoteándola con los tacones, y con exclamaciones de rabia se encarnizó furiosamente contra sus pedazos.

El trató de interponerse y la tomó por el brazo.

Ella se revolvió airada contra él.

—¡Le prohibo que me toque!..... Es su culpa de Ud..... Déjeme.... Yo le detesto..... ¡Ah! sí ¡es su culpa!......

Y desprendiéndose, huyó hacia la casa.

La escena no había durado veinte segundos.

—¡Dios de Dios! prorrumpió Felipe, que no juraba sin embargo gustoso.

Su exasperación era tal, que si la buena diosa de yeso no hubiese sido reducida a polvo, él la hubiera seguramente arrojado abajo de su pedestal. Pero por encima de todo una idea le dominaba: irse, no ver más a Susana, y acabar con esas historias de cuyo fondo odioso y ridículo se daba cuenta.

Volvió a tomar a su vez rápidamente el camino de la casa.... Por desgracia, como él no conocía otra salida para evadirse, atravesó el vestíbulo. La puerta del comedor estaba abierta, y percibió a la joven sentada en una silla, agachada, con la cabeza entre sus manos y llorando. El no sabía lo que hay de ficticio en el llanto de una mujer. No sabía tampoco el peligro de las lágrimas para el que se emociona viéndolas correr. Pero aunque lo hubiera sabido, habría permanecido lo mismo, pues la piedad del hombre es infinita.

VII

—Ea, dijo ella al cabo de algunos minutos, la horrasca se ha alejado.

Dejó ver su hermoso semblante, al que ya iluminaba una sonrisa.

—Nada de negro en los ojos, añadió alegremente, nada de encarnado en los labios...... Que se dan cuenta... Esto no destiñe.

Esa movilidad de humor, esa desesperación que él había creído real, seguida ahora de una jovialidad que también le parecía sincera, todo esto confundió a Felipe.

Ella se echó a reír.

—¡Felipe! ¡Felipe! Usted tiene aire de comprender muy poco a las mujeres.. y menos todavía a las jóvenes.

Ella se levantó y pasó a la pieza contigua, que era su habitación, como él lo pudo ver por las cortinas blancas y el arreglo de los muebles, y volvió con un álbum en el que le enseñó, en la primera página, una fotografía de niña que lloriqueaba.

—Mire Ud., Felipe. Yo no he cambiado. A dos años, como hoy, tenía yo grandes pesares, y ojos que manaban como fuentes.

El hojeó el álbum. Era Susana en todas las edades. Susana niña, Susana muchachuela, Susana joven, y cada vez más seductora.

Por debajo de una página, él leyó: "Susana, veinte años."

—¡Dios! qué linda era Ud., murmuró, deslumbrado por aquella imagen de belleza y de alegría...

Y a su pesar, miró a Susana.

—He envejecido dijo ella, lo menos tres años.....

Alzó los hombros sin responder, pues la encontraba en cambio más guapa, y volvió la página. Dos fotografías cayeron, que no estaban fijas al álbum. Ella alargó la mano para recogerlas, pero no concluyó su movimiento.

—¿Me permite Ud? preguntó Felipe.

—Sí, sí.......

El quedó muy sorprendido, examinando uno de los retratos.

—Aquí, dijo, aparenta Ud. de más edad de la que tiene.... ¡Qué cosa más rara! ¿Y por qué este vestido fuera de moda?.... ¿este peinado de antaño?.... Es Ud..... y no es Ud.... ¿Quién es?

—Mamá, dijo ella.

El se sorprendió bastante de que Jorancé, cuyo persistente rencor no ignoraba, hubiese dado a su hija el retrato de su madre que ella creía muerta desde mucho tiempo. Y se acordó de las aventuras tumultuosas de la esposa divorciada, hoy la bella madama de Glaris, que los ecos de la crónica galante celebraban por sus tocados y sus joyas, y de quien los transeuntes podían admirar la fotografía en los escaparates de la calle Rivoli.

—En efecto, dijo con embarazo, y sin saber demasiado lo que decía, en efecto, Ud. se le parece... Y ésta, es igualmente......

—El reprimió un gesto de estupor. Esta vez, había reconocido perfectamente a la madre de Susana, o más bien a madama de Glaris de la calle de Rivoli, con los hombros desnudos, ataviada con sus diamantes y sus perlas, insolente y magnífica.

Susana, que tenía los ojos fijos en él, no respondió, y permanecieron uno enfrente de otro, inmóviles y silenciosos.

—¿Sabe ella la verdad? se preguntaba Felipe. No.... No... esto no es posible... Ella habrá comprado esta fotografía por el aire de semejanza que le encontraba con ella misma, y no sospecha nada...

Pero la hipótesis no le satisfacía, y no osaba interrogar a la joven por el temor de tocar a uno de esos misteriosos dolores que se avivan cuando pierden el secreto.

Ella volvió a poner los dos retratos en el álbum, y lo cerró con una llavecita. Luego, a continuación de largos instantes, poniendo su mano sobre el brazo de Felipe, dijo— y sus palabras correspondían de manera extraña con los pensamientos que les turbaban:

—No se enfade Ud. conmigo, amigo mío, y sobre todo no me juzgue demasiado severamente. Hay en una Susana que yo conozco mal.... y que menudo me da miedo.... Es fantástica, celosa, exaltada, capaz de todo.... sí, de todo..... Y no es la verdadera Susana, se lo juro..... La verdadera es buena y razonable: "Tú eres mi hija, hoy", me decía papá cuando yo era pequeña. ¡Y decía esto con un tono tan dichoso! Pero al día siguiente, yo no era ya su hija, y por más que luchaba inútilmente y hacía lo imposible, no podía hacerle entrar en razón.... Había cosa que se lo impedían, y yo lloraba porque papá tenía aire de detestarme.... y yo quería ser buena.... Y lo quiero.... Pero no hay nada más difícil en el mundo.. porque la otra.... la otra no quiere... Y después......

—¿Y después?

Ella se calló un momento como titubeando y continuó:

—Y después, lo que ella desea, esta otra Susana, no me parece siempre tan irrazonable. Es una inmensa necesidad de amar; pero de amar con locura, sin límites, de amar demasiado.... Me parece que la vida no tiene otro objeto.... y todo lo demás me aburre.... ¡Oh! el amor, vea Ud., Felipe, aun siendo niña, esa palabra me trastornaba. Y más tarde... y ahora, en ciertas horas, siento que mi cerebro se escapa, y toda mi alma que busca, que espera...

Ella había ocultado de nuevo su rostro como si un pudor repentino la invadiese, y Felipe veía por entre sus dedos, su frente y sus mejillas teñidas de púrpura.

La compasión creció en él. A través de estas confidencias desordenadas, vio a Susana tal como era, ignorante, mal informada sobre ella misma y sobre las realidades de la existencia, turbada por deseos que ella tomaba por sentimientos insaciables, destrozada por el duelo implacable de instintos contrarios, y no teniendo como contrapeso a su naturaleza de mujer, más que una virtud voluntaria y dolorosa.

—¡Qué bueno hubiese sido él en volar a su socorro! Se aproximó a ella, y le dijo muy dulcemente:

—Es necesario que Ud. se case.

Ella meneó la cabeza en señal de negativa.

—Han venido aquí jóvenes a quienes yo no disgustaba, pero al cabo de algunos días desaparecían. Hubiérase creído que tenían miedo de mí..... o que habían sabido cosas. sobre mi pasado... Por lo demás.. yo no les amaba... No eran los que yo esperaba... Era otro.... que no venía........

El comprendió las palabras irreparables que ella iba a pronunciar, y todo su deseo era que no las pronunciase.

Susana lo adivinó y se calló. Pe- la confesión era tan clara, aun sin ser expresada, que Felipe se dio cuenta de toda la pasión en el largo silencio que se siguió. Y Susana experimentó una grande alegría, como si el lazo indisoluble de las palabras uniese el uno al otro. Ella añadió:

—Es un poco culpa suya, Felipe, y Ud. ha recibido la impresión durante la comida. Sí, un poco culpa de Ud..... En París he pasado a su lado una vida peligrosa.... La verdad es que estábamos siempre juntos, siempre solos, y durante días enteros yo tenía el derecho de creer que no había nadie en el mundo más que Ud. y yo. Era por mí por quien Ud. hablaba, por hacerme digna de Ud. me explicaba cosas que yo ignoraba, me conducía a espectáculos hermosos, a las iglesias, a las villas antiguas... Y yo, yo estaba maravillada. ¿De lo que aprendía? ¡Oh! no, Felipe, sino del mundo nuevo que se entreabría de repente. Sus palabras, yo no las escuchaba, pero escuchaba el sonido de su voz. Mis ojos no miraban más que los suyos. Era su admiración lo que yo admiraba, su amor por lo que es hermoso es lo que me hacía amar. Es Ud. sólo Felipe, quien me ha enseñado a conocer.... y a amar.

A pesar de su resistencia, las palabras penetraban en Felipe como una caricia, y él también, se olvidaba, escuchando el sonido de una voz dulce y mirando ojos que le eran queridos.

—¿Y Marta?

Ella no respondió, y él sintió que ella era, como muchas mujeres, extraña a esta clase de consideraciones. El amor es una razón que, para ellas, lo excusa todo.

Entonces, buscando una distracción, él repitió:

—Es necesario que Ud. se case, Susana, es necesario, es la salvación.

—¡Ah! dijo ella, retorciéndose las manos con desesperación, yo lo sé. .... pero, sólo que.....

—¿Sólo qué?

—Que no tengo la fuerza.

—Ud. debe tener la fuerza.

—Yo no la tengo... Sería necesario dármela. Sería necesario........ ¡Oh! no gran cosa tal vez, una pe-

queña alegría..... un recuerdo de alegría.... la idea de que mi vida no habrá sido enteramente perdida.

Ella le miraba, no ya triste ahora, ni resignada, sino sonriente, coqueta, con toda la gracia ingeniosa de la mujer que trata de conquistar.

El palideció y murmuró:

—Susana, yo soy su amigo Sea Ud. mi amiga, simplemente, y que su imaginación.....

—Ud. tiene miedo, dijo ella.

El trató de sonreír.

—¡Yo miedo! ¡Y de qué, Dios mío!

—Miedo del acto afectuoso que yo reclamo, de ese pequeño acto de hermano que besa a su hermana, y que Ud. teme, Felipe.

—Que yo temo porque es malo y perverso, declaró enérgicamente, no hay otra razón.

—Sí, Felipe, hay otra.

—¿Cuál?

—Ud. me ama.

— —¡Yo! ¿Yo amo a Ud?.. ¡Yo!

—Sí, Ud., Felipe, Ud. me ama. Y le desafío a que me diga lo contrario, mirándonos bien a la cara, los ojos a los ojos.

Y sin dejarle el tiempo de reponerse, continuó ardientemente inclinada sobre él:

—Ud. me amaba antes que yo le amase. Fue su amor que ha engendrado el mío. No proteste, porque no tiene Ud. ya ahora el derecho, pues Ud. sabe..... Y yo, lo he sabido desde el primer día. ¡Oh! Créame, una mujer no se engaña.... Sus ojos tenían al mirarme, una nueva mirada... vea, la mirada de este momento. Nunca, Felipe, ha mirado Ud. de ese modo a ninguna mujer, ni aun a Marta... No... ni aún a ella..... Ud. no la ha amado jamás, ni a ella, ni a las demás. Es a mí la primera. El amor le era desconocido, y Ud. no comprende todavía..... y Ud. está ahí delante de mí, sobrecogido, trastornado, porque la verdad se le aparece, y que Ud. me ama, Felipe mío, que Ud. me ama, mi querido Felipe....

Ella se juntó a él, llena de esperanza y certeza y Felipe no parecía resistir.

—Ud. tiene miedo, Felipe. He aquí la razón del por qué estaba Ud. resuelto a no verme más...... He aquí el por qué Ud. me ha proferido hace un momento palabras tan duras.... Ud. tenía miedo porque Ud. me ama...... ¿Comprende Ud. ahora?.... ¡Oh! Felipe, yo no habría obrado así con Ud. si Ud. no me hubiese amado... yo no habría tenido jamás la audacia... Pero yo sabía... yo sabía.... y Ud. no me dice que no, ¿no es verdad? ¡Oh! ¡lo que he sufrido! ¡Mis celos contra Marta!.... Hoy aún, cuando ella le abrazaba.... ¡Y la idea de partir sin tener siquiera un adiós suyo!... ¡Y la idea de este matrimonio!.... ¡Qué tortura! Pero esto se acabó ¿no es verdad? Yo no sufriré ya, puesto que me ama.

Había ella pronunciado las últimas palabras con una especie de temerosa vacilación, y sin quitar los ojos de Felipe, como si esperase de él una respuesta que calmase la súbita angustia que la destrozaba.

El se callaba. Su mirada era vaga, y su frente llena de arrugas. Tenia el aire de reflexionar y no parecía ya inquietarse porque la joven estuviese tan cerca de él, con los brazos enlazados a los suyos.

Ella murmuró:

—Felipe.... Felipe......

¿Había él oído.— El permaneció impasible. Entonces, poco a poco, Susana aflojó su abrazo dejando caer las manos. Contempló al que ella amaba, con una angustia infinita, y de repente, se sentó, sollozando.

—¡Ah! ¡yo estoy loca!... ¡yo estoy loca! ¿Por qué he hablado?

La prueba había sido horrible para ella, después de la esperanza que la había exaltado, y fueron verdaderas lágrimas dolorosas, esta vez, que circulaban por sus mejillas. El ruido de los sollozos despertó a Felipe de su delirio. La escuchó tristemente, y luego se puso a pasear a través de la pieza. Por muy enternecido que estuviese, lo que pasaba en su interior le turbaba más aún. ¡El amaba a Susana!

No tuvo el pensamiento ni un segundo de sustraerse a la verdad. Desde las primeras frases de Susana, y sin que le fuese necesario buscar otras pruebas, él había admitido este amor como se admite la presencia de una cosa que se ve y que se toca. Y es por lo que Susana, por la sola actitud de Felipe, había tenido la revelación brusca de la imprudencia que ella cometía hablando: advertido, Felipe se le escapaba. El era de los que tienen conciencia de su deber, en el momento mismo que se perciben de su falta.

—¡Felipe, dijo ella aún, Felipe!

Como él no respondía, volvió a tomar su mano y le susurró.

—Ud. me ama no obstante... Ud. me ama.... Entonces, si Ud. me ama......

El llanto no desfiguraba su adorable rostro. El pesar, por el contrario, la transformaba en una nueva belleza, más grave, y más conmovedora. Ella concluyó ingenuamente:

—Entonces, si Ud. me ama, ¿por qué me rechaza? Cuando se ama no se repele al sér amado... Y Ud. me ama......

Su linda boca suplicaba.

El desvió los ojos para evitar el vértigo, y dueño de sí afirmando su voz para que ella no diese cuenta de su estremecimiento, le dijo:

—Justamente porque la amo a Ud., Susana, es por lo que la rechazo... por que la amo a Ud. demasiado......

Frase de ruptura que ella sintió irreparable. No protestó. Se había acabado. Y ella lo sabía de manera tan profunda que, un momento más tarde, cuando Felipe abrió la puerta y se disponía a salir, no levantó siquiera la cabeza.

El no salió, sin embargo, temiendo ofenderla. Se sentó. Sólo una mesita les separaba. ¡Pero cuán lejos estaba él de ella! ¡Y cuán sorprendida debía estar ella de ver que todos sus artificios femeninos, su coquetería y el cebo de sus labios, fuesen impotentes a someter la voluntad del hombre que la amaba!

El reloj sonó diez campanadas. Cuando Morestal y Jorancé llegaron, ellos no habían cambiado la más mínima palabra.

—¿Estamos listos, Felipe? gritó Morestal, ¿te has despedido de Susana?

Ella respondió:

—Sí, nos hemos despedido.

—Entonces, hasta la vista, dijo besando a la joven. Jorancé, está convenido que tú nos acompañas.

—Hasta el Cerro de los Lobos.

—Si tú vas hasta el Cerro, dijo Susana a su padrefi puedes ir también hasta el Viejo Molino y volver por la gran carretera.

—Esto es verdad. Pero tú Susana, ¿te quedas?

Ella decidió acompañarlos más allá de Saint-Elophe, y rápidamente se envolvió en un chal de seda.

—Cuando quieran, dijo ella.

Se fueron los cuatro por las calles silenciosas del pueblo, y desde los primeros pasos, Morestal se apresuró a comentar su encuentro con el capitán Daspry. Un hombre muy inteligente, este capitán, y que había acogido muy bien la importancia del Viejo Molino como "blockhouse", según su espresión pero que, bajo otro punto de vista, no habían chocado mucho las opiniones de Morestal sobre el cometido del oficial francés con respecto a sus inferiores.

—Imagínate, Felipe, que él se niega a castigar a los soldados que le he señalado... ¿sabes? aquellos pillos de quienes Saboureax se quejaba... Y bien, él se niega a castigarlos... y también al jefe de la banda, un tal Duvauchel, un sin-patria, dicen, que se vanagloria de sus ideas. ¿Comprendes esto? ¡el granuja se las compone fácilmente con una multa ded iez francos, con excusas, la promesa de no reincidir y un sermón de su capitán! ¡Y Mossieu Daspry pretende que, por la dulzura y la paciencia, llega a hacer de Duvauchel y de sus semejantes, los mejores de sus soldados! ¡Vaya una fanfarronada! ¡Cómo si escarmentasen esos diablos de otro modo que con la disciplina! Un hatajo de pillos que pasarían la frontera al primer disparo.

Instintivamente, Felipe había moderado el paso. Susana caminaba cerca de él, y de sitio en sitio a la claridad de una bombilla eléctrica, él distinguía la aureola de sus cabellos rubios y su hermosa silueta que envolvia el chal de seda.

Se sentía lleno de mansedumbre hacia ella, ahora que no la temía ya, y estuvo tentado de decirle buenas palabras, así como a una hermanita que se quiere.

Pero el silencio era más dulce todavía, y él no quiso romper el encanto.

Se pasaron las últimas casas. La calle se continuó en carretera blanca, bordeada por atos álamos. Y ellos escuchaban por trozos los discursos de Morestal.

—¡Ah! capitán Daspry, la indulgencia, las relaciones cordiales entre superiores e inferiores, el cuartel considerado como una escuela de fraternidad, y los jefes como educadores, todo esto es muy lindo, todo ello; pero ¿saben Uds. lo que nos preparan con semejante sistema? Un ejército de desertores y de renegados.....

Susana dijo en voz baja:

—¿Puedo darle el brazo, Felipe?

El se apresuró enseguida, dichoso de contentarla. Y sintió además un gran bienestar viendo que ella se reclinaba sobre él con la confianza de una amiga. Ellos iban a separarse, y nada empañaría el puro recuerdo de ese día. Impresión reconfortante, que no dejaba sin embargo de causarle alguna tristeza. El deber cumplido deja siempre un gusto de amargura. La embriaguez del sacrificio no nos exalta ya, y se comprende lo que se ha rechazado.

En la noche calurosa, entre todos los olores que agitaba la brisa, el perfume de Susana subió hasta él. Lo respiró largamente, y pensó que ningún otro perfume lo había emocionado jamás.

—Adiós, dijo en sí mismo, adiós jovencita, adiós lo que fue mi amor.

Y durante estos últimos minutos, como una gracia suprema que acordaba a sus deseos imposibles y a sus sueños prohibidos, se abandonó a las delicias de este amor, encerrado misteriosamente en las regiones ignoradas de su alma.

—Adiós, dijo Susana a su vez, adiós, Felipe.

—¿Nos deja Ud.?

—Sí; sin lo cual, mi padre volvería conmigo, y no quiero que venga nadie.... nadie....

Por otra parte, Jorancé y Morestal se habían detenido junto a un banco, en el cruce de dos senderos, de los que el más ancho, el de la izquierda, subía hacia la frontera. Se llamaba este paraje: "La encrucijada del Gran Roble."

Morestal besó de nuevo a la joven.

—Hasta bien pronto, mi buena Susana, y no olvides que yo soy testigo en tu casamiento.

El hizo sonar su reloj.

—¡Eh! ¡Eh! las diez y cuarto, Felipe.... Es verdad que nada nos corre prisa... Tu madre y Marta deben dormir. No importa, activemos....

—Oiga, papá, si a Ud. le da lo mismo, yo prefiero tomar el camino más directo... El sendero del Cerro de los Lobos alarga, y yo estoy un poco fatigado.

En el fondo, igual que Susana, Felipe quería entrar solo, para que nada turbase el encanto melancólico de su delirio. Los discursos del viejo Morestal le asustaban.

—A tu gusto, muchacho, exclamó Morestal, pero sobre todo, no eches el cerrojo ni la cadena a la puerta del vestíbulo.

—Adiós, Felipe, repitió la joven.

El se había ya internado en el sendero de la derecha.

—Adiós, Susana, dijo él.

—Su mano, Felipe.

Para que su mano alcanzase la de Susana, le fue necesario dar dos o tres pasos hacia atrás. El titubeó. Pero ella se había adelantado, y muy dulcemente, ella le atrajo abajo del sendero.

—Felipe, nosotros no debemos separarnos así..... ¡Esto es demasiado triste! Volvamos juntos hasta Saint-Elophe... hasta la casa... yo se lo ruego.....

—No, dijo él bruscamente.

—¡Ah! gimió ella, le pedía esto por permanecer más tiempo con Ud.... ¡Es tan triste! Pero Ud. tiene razón, separémonos.

El le dijo con más dulzura:

—Susana.... Susana querida.....

La cabeza un poco inclinada, ella le presentó la frente.

—Béseme Ud., Felipe.

El se inclinó y quiso besar los rizos de sus cabellos. Pero ella hizo un movimiento rápido, y le enlazó el cuello con sus dos brazos.

VIII

El camino que seguían Morestal y su amigo hace al principio un recodó, y después se eleva sobre el flanco arbolado de un barranco. Empleado antaño para la explotación de las selvas, se halla todavía enlosado de piedras gruesas, que en los días de lluvia se cubren de barro y hacen difícil la subida.

Arriba de la cuesta, Morestal respiró.

—Se debería, dijo, ver a Felipe desde aquí.

Ligeras nubecillas empapaban la luz de la Luna, pero sin embargo se distinguía, en ciertos parajes desnudos de vegetación, el otro lado del barranco.

El vociferó:

—¡Eh....! ¡Felipe.....!

—¿Quiere Ud. que le diga? objetó Jorancé. Pues bien, Felipe no habrá querido que Susana entrase sola, y la ha vuelto a acompañar, por lo menos hasta las casas.

—Es posible, pronunció Morestal: la pobre Susana no tiene el aire muy alegre. ¿Entonces, tú la casas decididamente?

—Sí.... la caso... es cosa resuelta.

Se volvieron a poner en marcha, y por una pendiente insensible, llegaron a dos grandes árboles, detrás de los cuales el camino giraba a la derecha. A partir de este lugar, corriendo entre bosques de abetos que seguían la línea misma de las crestas, el camino marcaba la frontera hasta la garganta del Diablo.

A su izquierda, más abrupta, estaba la vertiente alemana.

—Sí, continuó Jorancé, la cosa está resuelta. Evidentemente Susana hubiera podido encontrar un hombre más joven.... más agraciado.... .pero ninguno que sea más honrado y más formal..... Sin contar que tiene un carácted muy firme, y con Susana es necesario una cierta firmeza. Y después.....

—¿Y después? preguntó Morestal que adivinaba su perplejidad.

—Y bien, vea Ud. Morestal, es necesario que Susana se case. Ella tiene de mí una naturaleza recta, principios rigurosos... pero ella no es sólo hija mía...., y a veces, tengo miedo de sorprender en ella..... malos instintos.......

—¿Es que tú has descubierto?...

—¡Oh! nada, y estoy seguro de no equivocarme. Pero es el porvenir que me asusta. Un día u otro puede conocer la tentación...... le pueden hacer la corte..... enloquecerla con bellas palabras. ¿Sabría ella résistir? ¡Oh! Morestal, esta idea me vuelve loco. Yo no tendría la fuerza... no... piense pues la hija después de la madre... ¡Ah! yo creo... creo que la mataría.....

Morestal dijo chanceándose:

—¡Esas son historias! Una buena hija como Susana......

—Sí, Ud. tiene razón, eso es absurdo. Qué quiere Ud., no puedo olvidar... Y no quiero tampoco. Mi deber es pensar en todo, y darle un guía, un dueño que la aconseje.... Conozco a Susana, ella será una esposa perfecta.... .

—Y tendrá muchos hijos, que serán muy felices, concluyó Morestal. ..... Vamos, tú nos aburres con tus figuraciones.... Hablemos de otra cosa.... A propósito.....

El esperó a Jorancé. Los dos caminaron de frente. Y Morestal, que ninguna conversación le interesaba fuera de sus preocupaciones personales, volvió a decir:

—A propósito, ¿podrías decirme —si con todo eso no hay ahí un secreto profesional—podrías decirme, quién es a punto fijo el señor Dourlowski?

—Hace seis meses, replicó Jorancé, me hubiera sido imposible responderle. Pero ahora....

—¿Pero ahora?.....

—No está ya a nuestro servicio.

—¿Crees tú que se pasado a la otra banda?.....

—Lo supongo...... pero sin la menor prueba. En todo caso, el individuo es poco recomendable. ¿Por qué me pregunta Ud. eso? ¿Tiene Ud. qué hacer con él?....

—No, no, dijo Morestal, que permaneció pensativo.

Continuaron en silencio. El viento, más recio sobre la cresta, jugueteaba entre los árboles. Las finas hojas de los abetos crujian bajo los pies. La luna había desaparecido, pero el cielo estaba iluminado de blanca claridad.

—La Piedra-Branlante... La Chimenea de las Hadas....... anunció Morestal, designando la forma vaga de dos rocas.

Caminaron todavía un momento.

—¿Eh? ¿Qué hay? dijo Jorancé, a quien su compañero había agarrado por el brazo.

—¿No has oído?

—No.

—¡Escucha!

—Y bien, ¿qué?

—¿No has oído una especie de grito?

—Si, el chillido de un mochuelo.

—¿Estás seguro? Eso no me ha parecido natural.

—¿Qué quiere Ud. que sea? ¿Una señal?

—Seguramente.

Jorancé reflexionó y declaró:

—Después de todo, no habría nada de imposible......, quizá algún contrabandista...., Pero el momento seria mal elegido.

—¿Por qué?

—¡Cáspita! habiendo sido demolido el poste alemán, es probable que toda esta parte de la frontera sea objeto de una vigilancia más estrech

—En efecto.... en efecto.... dijo Morestal. Sin embargo, ese chillido de mochuelo.....

Hubo una cuestecita, y luego desembocaron en una llanura más elevada, rodeada en forma de muralla por enormes abetos. Era el Cerro de los Lobos. El camino lo cortaba en dos, y los postes de cada país se erguían allí uno enfrente del otro.

Jorancé vio que el poste alemán había sido puesto de pie, pero de un modo provisorio, con ayuda de gruesas piedras que sostenían la base.

—Una ráfaga de viento, y eso se desplomaria otra ve, dijo sacudiéndolo.

—¡Eh! dijo maliciosamente Morestal, ¡cuidado! ¿no ves que lo derribas y que los gendarmes se echarían sobre nosotros?.... Retírate, amigo.

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando otro grito llegó hasta ellos.

—¡Ah! dijo Morestal, esta vez confesarás.....

—Sí.. sí... declaró Jorancé..... el graznido del mochuelo es más sordo.... más lento.... Se creería verdaderamente que es una señal, a cien o doscientos pasos delante de nosotros....... Contrabandistas de Francia o Alemania, seguramente.

—¿Y volviéramos pies atrás? dijo Morestal. ¿No temes de verte mezclado en un asunto?....

—¿Por qué? esto es una cuestión de aduanas que no nos importa. Que allá se las compongan.....

Escucharon un momento, y luego volvieron a partir, recelosos y con el oído atento.

Después del Cerro de los Lobos, la cresta de la montaña se aplana, la selva se ostenta más a sus anchas, y la carretera, ya más libre, serpentea entre los árboles, corre de una a otra vertiente, evita las raíces, contornea las asperezas del terreno, y desaparece a veces bajo un lecho de hojas muertas.

Pero la luna se había despejado, y Morestal caminaba recto delante de sí, sin vacilación. Conocía tan bien la frontera, que el la hubiera seguido con los ojos cerrados, en las tinieblas más obscuras de la noche. En tal sitio había un espeso matorraje que obstruia el paso; en tal otro, el tronco de un viejo roble que sonaba a hueco cuando lo golpeaba con el bastón. El anunció el matorraje y golpeó el viejo.

Su inquietud, por lo demás infundada, se disipó. Habiendo mirado de nuevo su reloj, apresuró el paso, a fin de llegar a la hora convenida.

Pero se detuvo bruscamente. Había creído ver a treinta o cuarenta metros una sombra que se ocultaba.

—¿Has visto? murmuró.

—Sí... he visto.....

Y de repente, un silbido y en la mayor angustia, ellos aguardaban el suceso que se iba a producir.

Se transcurrió un minuto, y otros aún, después hubo un ruido de pasos por debajo de ellos, hacia el lado alemán, el ruido de un hombre que se apresura....

Morestal pensó en el montecillo que él había indicado a Dourlowski para subir por los bosques de Albern a la frontera, por Fuente-Fría. Alguien escalaba con toda seguridad la parte superior de este montecillo, agarrándose a las matas y arrastrándose por los guijarros.

—¡Un desertor, dijo Jorancé, nada de tonterías!

Pero Morestal le rechazó y echó a correr hasta el cruce de los dos caminos. En el momento mismo que llegaba, un hombre desembocaba, jadeante y desatinado, que balbuceó en francés:

—Sálveme Ud., me han hecho traición... Tengo miedo...

De la sombra se lanzaban siluetas que parecían surgir de cada uno de los árboles.

—¡Sálveme Ud!.. ¡sálveme Ud...!

Morestal lo agarró y lo arrojó fuera de la carretera.

—Escapa a la carrera..... recto delante de tí.

Hubo una detonación. El hombre vaciló, gimiendo; pero no debía estar más que herido puesto que después de algunos minutos, se enderezó y partió a través de los bosques. En seguida fue la caza. Cuatro o cinco alemanes franquearon la frontera, y jurando, se echaron en persecución del fugitivo, mientras que sus camaradas, más numerosos, se dirigían hacia Morestal.

Jorancé se apoderó de él a viva fuerza y le obligó a retroceder:

—Por aquí, dijo.... por aquí..... ellos no se atreverán......

Volvieron por el lado del Cerro de los Lobos, pero fueron alcanzados en seguida.

—¡Alto! ordenó una voz ruda.... Dénse Uds. presos.... Uds. son cómplices.... Dénse presos.

—Estamos en Francia, contestó Jorancé, que hizo frente a sus agresores.

Una mano se abatió sobre su hombro.

—Eso se verá.... eso se verá.... Sígannos.

Diez hombres les rodearon, pero los dos vigorosos y exasperados, consiguieron hacerse paso a puñetazos.

—Al Cerro de los Lobos, dijo Jorancé.... y permanezcamos a la izquierda de la carretera.

—No estamos a la izquierda, dijo Morestal, que vió al cabo de un instante que se habían desviado hacia la derecha.

Entraron en territorio francés, pero los agentes que perseguían al desertor, habiendo perdido su pista, se retiraron por el lado de ellos.

Hicieron entonces un rodeo a la derecha, titubearon un momento, atentos para no atravesar la carretera, después volvieron a partir, y siempre cercados por los hombres que les iban pisando los talones, ganaron la cuesta del Cerro de los Lobos. En este momento, circundados por todas partes y jadeantes, tuvieron que tomar alientos.

—¡Prendedles! dijo el jefe, en quien ellos habían reconocido al comisario Weisslicht, ¡prendedles! estamos en Alemania.

—¡Miente Ud. aulló Morestal, que se debatía con una energía salvaje.... Uds. no tienen el derecho.... ¡Esto es un lazo abominable!

La lucha fue violenta, pero no duró mucho. Recibió un culatazo en la barba, vaciló, se defendió aún, aporreando y mordiendo a sus adversarios. Por fin consiguieron echarle por tierra, y para ahogar sus clamores, le pusieron una mordaza.

Jorancé, que había dado un salto atrás, y se arrimó de espaldas a un árbol, resistía a la vez que protestaba.

—Yo soy el señor Jorancé, comisario especial en Saint-Elophe. Estoy aquí en mi casa. Estamos en Francia. He allí la frontera.

Se arrojaron sobre él, y le arrastraron, mientras que él profería con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! Arrestan al comisario francés, en territorio francés.

Resonó una detonación y luego otra. De un esfuerzo sobrehumano, Morestal había tumbado a los agentes que le tenían, y emprendió de nuevo la fuga, con una de sus muñecas manatiada por una cuerda y la mordaza en la booa.

Pero unos doscientos metros más lejos, al revolverse hacia la garganta del Diablo, su pie tropezó en una raíz y cayó.

Inmediatamente fue acometido y ligado sólidamente.

Algunos instantes después, los dos prisioneros, conducidos por los agentes hasta el camino de los bosques de Albern, fueron montados sobre caballos. Les condujeron a la garganta del Diablo, y de allí, dirigidos hacia la ciudad alemana de Boersweilen, por la fábrica Wildermannn y por el caserío de Torins.

SEGUNDA PARTE

I

Susana Jorancé empujó la verja y penetró en el dominio del Viejo Molino.

Estaba vestida de blanco, toda fresca bajo un gran sombrero de paja de Italia, cuyas guarniciones de terciopelo negro pendían sobre sus hombros. La falda corta descubría sus delicados tobillos. Caminaba con paso rápido, ayudándose con un alto bastón de punta de hierro, mientras que con su mano libre estrujaba las flores que había cogido en el camino, y que dejaba caer distraídamente.

La casa apacible de los Morestal se despertaba con el sol de la mañana. Varias ventanas estaban abiertas, y Susana percibió a Marta que escribía, sentada delante de la mesa de su habitación.

Ella llamó:

—¿Puedo subir?

Pero en una de las ventanas del salón apareció la señora Morestal, y le hizo un signo imperioso:

—¡Chito! ¡Cállese Ud.!

—¿Qué hay, pues? dijo Susana después de haberse unido a la anciana señora.

—Están durmiendo.

—¿Quiénes?

—¡Eh! el padre y el hijo.

—¡Ah! dijo Susana... Felipe....

—Sí, han debido entrar tarde y están descansando. Ninguno de los dos ha llamado todavía. Pero, diga pues, Susana ¿Ud. no parte ya?

—Mañana... o pasado mañana... Le confieso que no tengo prisa.

La señora Morestal la condujo hasta la habitación de su nuera, y preguntó:

—Felipe duerme todavía, ¿no es verdad?

—Lo supongo, dijo Marta, no se le oye.....

—Morestal tampoco... El es sin embargo madrugador.... ¡Y Felipe que quería vagabundear al alba! En fin, tanto mejor, el sueño les hace bien a mis dos hombres. A propósito Marta ¿no ha sido Ud. despertada por los disparos de esta noche?

—¿Disparos?

—Es verdad que su cuarto de Ud. está al lado opuesto. Era por el lado de la frontera.... Algún cazador furtivo, sin duda......

—¿Están aquí el señor Morestal y Felipe?

—¡Oh! seguramente. Debían ser la una o las dos... tal vez más... No lo sé precisamente.

Ella colocó en la bandeja la tetera y el tarro de miel que habían servido para el desayuno de Marta, y en su manía de arreglar, puso en orden con misteriosos principios de simetría, las cosas de su nuera y los objetos de la habitación que habían podido ser desarreglados. Una vez que hubo acabado, las manos sin hacer nada, buscó con los ojos un mo-

tivo cualquiera que la autorizase a romper esta cruel inacción. No descubriendo ninguno, salió de la habitación.

—¡Qué madrugadora eres! dijo Marta a Susana.

—Tenía necesidad de aire.... de movimiento.... Por otra parte, había advertido a Felipe que vendría a buscarle. Me gustaría ver con él las ruinas de la Pequeña Cartuja... Es un fastidio que no esté todavía levantado.

Ella parecía desilusionada por este contratiempo que la privaba de un placer.

—¿Permites que concluya mis cartas? le dijo Marta volviendo a tomar su pluma.

Susana holgó en el cuarto, miró por la ventana, y se asomó para ver si la de Felipe estaba abierta, después se sentó enfrente de Marta la examinó largamente. Observó que tenía los párpados ajados, la tez desigualada, menudas arrugas en las sienes y algunas canas entremezcladas a los negros mechones de sus cabellos, todo eso que anuncia las primeras victorias del tiempo sobre la juventud desfallecida. Y levantando los ojos, se miró en un espejo.

Marta sorprendió su mirada, y exclamó con una admiración que no alteraba ninguna envidia:

—¡Estás magnífica, Susana! Tienes el aspecto de una diosa triunfante. ¿Qué triunfo has alcanzado?

—Pero tú, Marta, se creería que estás preocupada.....

—En efecto... puede ser.... confesó la joven señora.

Entonces ella refirió que, la víspera por la noche, hallándose sola con su suegra, le había manifestado las nuevas ideas de Felipe, el espíritu de sus trabajos, su proyecto de dimisión y su voluntad irrevocable de una explicación con el señor Morestal.

—¿Y bien?

—Y bien, declaró Marta, mi suegra saltó del asiento. Ella se opone absolutamente a toda explicación.

—¿Por qué?

—El Sr. Morestal sufre de palpitaciones del corazón. El doctor Borel que le cuida desde hace veinte años, ordena que se le eviten las contrariedades y las emociones demasiado fuertes. Ahora bien, una conferencia con Felipe pudiera tener funestas consecuencias.... ¿Qué respondes a ello?

—Es menester que adviertas a Felipe.

—Ciertamente. Y él deberá callarse y continuar una existencia intolerable, o bien afrontar con la mayor angustia la cólera del señor Morestal.

Se calló un momento; después, golpeando la mesa con los puños, exclamó:

—¡Ah! ¡si yo pudiera atraer sobre mí todas estas pejigueras y proteger la paz de Felipe!

Susana sintió toda su violencia y toda su energía. Ningún dolor le hubiese asustado, ningún sacrificio hubiera sido superior a sus fuerzas.

—¿Amas mucho a Felipe? le preguntó.

Marta sonrió:

—Todo cuanto puedo...... El lo merece.

La joven experimentó una cierta aspereza y no pudo por menos de decirle:

—¿Te ama él tanto como tú le amas?

—¡Cáspita! yo lo creo. Yo también lo merezco.

—¿Y tienes confianza en él?

—¡Oh! plena confianza. Felipe es el sér más recto que conozco.

—Sin embargo.....

—¿Sin embargo?

—Nada.

Pero sí, habla.... ¡Ah! puedes interrogarme sin temor.

—Y bien, pensaba en esto....... Supón que Felipe ame a otra mujer.....

Marta lanzó una carcajada:

—¡Si tú supieras la poca importancia que da Felipe a todas esas cuestiones de amor!

—Admite, sin embargo......

—Sea, lo admito, dijo ella, afectando seriedad. Felipe ama a otra mujer. Está loco de pasión. ¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué es lo que tú harías?

—Palabra.... me coges desprevenida.

—¿No te divorciarías?

—¿Y mis hijos?

—Pero, ¿y si él quisiera el divorcio?

—Buen viaje, señor Felipe.

Susana reflexionó, sin dejar de mirar a Marta, como si espiase en su semblante una huella de inquietud, o que quisiese penetrar hasta el fondo de su más recóndito pensamiento.

Ella murmuró:

¿Y si él te engañara?

Esta vez Marta sintió el escozor, y tocada en lo vivo, se estremeció. Su cara cambió, y dijo con una voz reconcentrada:

—¡Ah! ¡eso no! Que Felipe se enamore de otra mujer, que quiera rehacer su vida sin mí, y que me lo confiese lealmente, yo consentiría a todo.... sí, a todo, aun al divorcio, cualquiera que sea mi desesperación .... Pero la traición, la mentira...

—¿Tú no le perdonarías?

—¡Jamás! Felipe no es un hombre a quien se pueda perdonar. Es un hombre consciente, que sabe lo que hace, incapaz de una debilidad y que el perdón no absolvería. Además, yo no podría.... no... no, en verdad.

—Tengo demasiado orgullo.

La palabra fue grave, sencillamente pronunciada, y revelaba un alma altiva que Susana no sospechaba. Ante la rival que ella atacaba, y que la dominaba con tanto orgullo, experimentó una especie de confusión.

Un largo silencio reinó entre las dos mujeres, y Marta pronunció:

—Tú eres mala hoy, ¿no es verdad, Susana?

—Yo soy demasiado feliz para ser mala, dijo burlonamente la joven. ¡Sólo que, es una dicha tan extraña! Tengo miedo que no dure.

—Tu casamiento......

—¡No quiero casarme! declaró Susana con arrebato.... ¡No lo quiero de ninguna manera! Me da horror ese hombre.... ¿Es que no hay más que él en el mundo, te parece? Hay otros... otros que me amarán.... ¡Yo también, soy digna de que se me ame... y que me ofrezcan la vida......!

Las lágrimas corrían por su semblante, y había tal opresión en su voz, que Marta tuvo ganas de consolarla como lo hacía en semejante caso. Sin embargo, no dijo nada. Susana la había herido, no tanto por sus preguntas cuanto por su actitud, por una cierta ironía del acento, y por un aire de desafío que se mezclaba a la expresión de su dolor.

Ella prefirió cortar por lo sano una escena penosa cuyo sentido no alcanzaba, pero que no le extrañaba demasiado por parte de Susana.

—Voy abajo, dijo ella, es la hora del correo, y espero cartas.

—¡De este modo pues, tú me dejas! dijo Susana con voz entrecortada.

Marta no pudo abstenerse de reír.

—A fe mía, sí, te dejo en este cuarto.... a menos que tú te niegues a quedar aquí.

Susana corrió detrás de ella, y reteniéndola:

—¡No tienes razón! Bastaría un movimiento, una palabra.. Atravieso una crisis horrorosa, tengo necesidad de ayuda y tú me rechazas... Eres tú la que me rechazas, no lo olvides.... Eres tú......

—Entendido, dijo Marta, soy una amiga cruel..... Pero, oye, mi querida Susana, si es la idea de ese casamiento la que te descompone hasta ese extremo, sería bueno advertir a tu padre.... Vamos, ven, y cálmate.

Abajo, encontraron a la señora con un plumero en la mano, un delantal alrededor de la cintura, y librando el combate cotidiano contra un polvo que, por lo demás, no existía sino en su imaginación.

—¿Sabe Ud., mamá que a Felipe se le pegan siempre las sábanas?

—¡El perezoso! Son casi las nueve. ¡Con tal de que no esté enfermo!

—¡Oh! no, dijo Marta. Pero con todo, al subir, iré a ver.

La señora Morestal acompañó a las dos jóvenes mujeres hasta el vestíbulo. Susana se alejaba ya. sin decir una palabra, con su cara de malas horas, como decía Marta, cuando fue llamada por la señora Morestal.

—Olvidas tu bastón, pequeña.

La anciana señora había cogido el largo bastón forrado y lo retiraba del porta-paraguas. Pero de pronto, se puso a revolver los bastones y las sombrillas, refunfuñando:

—Toma, es bastante raro.....

—¿Qué hay? preguntó Marta.

—El bastón de Morestal que no lo encuentro. No obstante está siempre aquí.

—Lo habrá puesto quizá en otro sitio.

—Imposible! Sería por la primera vez.... ¡Y yo lo conozco!...... ¿Cómo es que?..... ¡Víctor!......

El doméstico acudió.

—¿Señora?

—Víctor. ¿en qué consiste que el bastón del señor no esté aquí?

—En cuanto a mí, señora, tengo la idea de que el señor ha salido ya.

—¡Salido! Pero era necesario decírmelo..... Empezaba a inquietarme.

—Acabo de decírselo a Catalina.

—¿Pero por qué suponéis?........

—En primer lugar, el señor no ha puesto sus botinas en la puerta como de costumbre.... y el señor Felipe tampoco......

—¡Qué! dijo Marta, ¿el señor Felipe habrá salido igualmente?

—Y muy temprano.... antes que yo me levantara.

A su pesar, Susana Jorancé protestó:

—Pero no, no es admisible......

—¡Caramba! replicó Víctor, cuando yo he bajado, la cerradura no tenía echada la llave.

—Y el señor no olvida nunca de echar su vuelta de llave, ¿no es verdad?

—Jamás. Si la cerradura no estaba cerrada, es que el señor estaba ya fuera.... o bien.....

—¿O bien?

—O bien que no ha entrado......
Pero, yo digo esto, como diría......

—¡No ha entrado! exclamó la señora Morestal.

Ella reflexionó un segundo, después giró sobre sí misma, subió la escalera con una agilidad sorprendente, atravesó un corredor, y penetró en la habitación de su marido.

Ella lanzó un grito y llamó:

—¡Marta!.... ¡Marta!.....

Pero la joven señora, que la había seguido, subía ya la escalera del segundo piso, lo mismo que Susana. El cuarto de Felipe se hallaba en el fondo.

Abrió la puerta vivamente, y quedó en el umbral sobrecogida.

Felipe no estaba allí, y el lecho no había sido tocado siquiera.

habrá podido hacer en toda la noche? ¡Ni siquiera ha entrado en su cuarto.

Pero la afirmación de Susana había espantado a la señora Morestal. No podía ya dudar ahora que su marido no hubiese seguido la ruta de la frontera, ¡ y los disparos venían precisamente de allá!

—Sí, es verdad, dijo Susana, pero no eran más que las diez cuando hemos salido de Saint-Elophe, y los disparos que Uds. han oído, fueron tirados a eso de la una o las dos de la madrugada... Ud. misma lo ha dicho.

—¡Es que yo lo sé! exclamó la anciana señora, que decididamente perdía la cabeza.. Era tal vez mucho más temprano.

—Pero tu padre debe saberlo, dijo Marta a Susana. ¿No te ha contado nada?

—Yo no he visto a mi padre esta mañana, replicó Susana.... El dormía......

No había acabado la frase cuando una idea la asaltó, una idea tan natural que las otras dos mujeres concibieron igualmente el mismo pensamiento, pero que nadie lo formuló.

Susana se precipitó hacia la puerta, pero Marta la retuvo. ¿No se podría comunicar por teléfono con Saint-Elophe y con la casa del comisario especial?

Al cabo de un minuto, la criada del señor Jorancé respondía que ella acababa de notar la ausencia de su amo. El lecho, tampoco había sido tocado.

—¡Oh! dijo Susana, temblando toda, mi pobre padre.....¡ Con tal de que no le haya pasado nada malo!.... ¡Pobre padre mío!..... Yo hubiera debido.

Por un instante permanecieron las tres como paralizadas, incapaces de una resolución. El criado salió diciendo que iba a ensillar el caballo y partir al palope hasta la garganta del Diablo.

II

Las tres mujeres se reunieron en el salón. La señora Morestal iba y venía con azoramiento, no sabiendo demasiado lo que decía.

—¡No ha entrado!.... ¡Felipe tampoco!.... Víctor, es preciso correr...... Pero ¿dónde correr?..... ¿Dónde buscar?...... ¡Ah! es verdaderamente terrible.

De pronto se detuvo delante de Marta, y tartamudeó:

—Los disparos de anoche......

Pálida de ansiedad, Marta no respondió. Desde el primer instante había tenido el mismo pensamiento atroz.

Pero Susana exclamó:

En todo caso, Marta, no debes inquietarte. Felipe no ha tomado la ruta de la frontera.

—¿Estás segura?

—Nos hemos separado en la encrucijada. del gran Roble. El señor Morestal y papá han continuado solos. Felipe ha venido directamente.

—¿Directamente? No, puesto que no está aquí, objetó Marta. ¿Qué

Mrta, que se había quedado junto al teléfono, pidió al acaso informes a la alcaldía de Saint-Elophe. Allí no sabían nada. Pero dos gendarmes acababan de atravesar la plaza a grandes pasos. Entonces, por consejo de la señora Morestal, que cogió uno de los receptores, Marta reclamó la comunicación con la gendarmería. Habiéndola obtenido, ella explicó su gestión. Se le respondió que el brigadier estaba en camino para la frontera, conducido por un campesino, que declaraba haber hallado en los bosques, entre el Cerro de los Lobos y la gargan-



UNA HERMOSA CALLE DEL CEMENTERIO EN LA QUE PRIMOROSOS BUCAROS DE FLORES PONIAN SU NOTA APACIBLE



Ruinas de una Galería del Cementerio General.

ro era común a todas estas tumbas la limpieza; y en todas la huella de un amor que trascendía a la muerte, traducido en esmero y en ofrendas florales, hablaba de la noble y cariñosa índole de ese buen pueblo guatemalteco.

Y ahora, para concluir, cumplamos un deber de gratitud: un homenaje a una familia de filántropos, y, en especial, a la memoria del que fue su inolvidable jefe, don Rafael Angulo, generosos protectores de las casas de beneficencia, de las cuales depende el Cementerio. En este último, como en tantas otras instituciones de caridad, está demasiado impresa la huella de sus manos para que podamos evitar el mencionarlos.

Rafael AREVALO MARTINEZ.





Otro pintoresco rincón del Cementerio.

PALACIO NACIONAL

EDIFICIO DE LA EPOCA DE LA COLONIA

Embargaba al vecindario de la Nueva Guatemala, fundada en el dilatado Valle de la Virgen, el recuerdo del terremoto de Santa Marta que arruinó la capital en el Valle de Panchoy; por esta causa las personas acomodadas se empeñaron en hacer construir casas sólidas, bajas y amplias, muchas de ellas de mezcla y ladrillo; otras personas las hicieron de terrón y adobe y no fueron pocas las de bajareque.

En los grandes edificios empleábase material escogido; el agua la hicieron conducir de distintos puntos, trabajo encomendado a los indígenas venidos de distintos puntos. En todas las obras era valiosísima la colaboración de los indios; además de estos que trabajaban en la construcción de casas, venían desde lejanos pueblos a proveerse de artículos de fabricación europea, al mismo tiempo que traían objetos de sus industrias características.

La actividad febril en las obras de albañilería dio incremento a la nueva capital, cuya traza no podía ser más hermosa.

Las casas por lo general obedecían a una arquitectura antigua: era la que se usaba en casi todas las ciudades del mundo que descubrió Colón. El estilo moderno se vino imponiendo; los extranjeros que llegaban al país encontraron de buen gusto el edificio de la Universidad, con su elegantísima y severa fachada, realzando el marco de piedra de la puerta principal y el de la Sociedad Económica, con su coronamiento de relieves ostentando los retratos de los fundadores de aquella institución y sobre los marcos de las dos puertas que daban a la calle, las alegorías de estuco, trabajo de mucho mérito concebido por el arquitecto Julián Rivera.

Las mejoras de las casas particulares datan de mediados del siglo anterior: lo atestiguan las de Matheu, Romá, Batres, Piñol y otras.

Fueron modernizadas las de Manzanares, Marticorena, Maisanove, Melón, Manrique, Juarros, Geriño Aycinena, Asturias y otras muchas.

Conserva su antiguo aspecto, en el interior, la de Arrivillaga, que a pesar de su antigüedad, resistió victoriosamente la furia de los terremotos de diciembre y enero últimos. En parte de esa casa se halla instalada la empresa del "Diario de Centro América."

A principios de marzo de 1776 dieron comienzo los trabajos del Real Palacio, sin la magnificencia que tuviera el de la antigua capital guatemalteca.

Al lado poniente de la Plaza Mayor fueron construidos los edificios que se llamaron el Real Palacio, la Audiencia y demás oficinas de dicho tribunal y por último el Cuartel de Dragones; luego, en la misma manzana, al lado norte, (6a. Calle Poniente) las Cajas Reales y la Casa de Moneda.

El Portal que daba a la plaza y que lo destruyeron los terremotos últimos, tenía de extensión ciento sesenta y cinco varas de Norte a Sur y el terreno, desde la esquina de lo que era Comandancia de Armas, hasta el edificio ocupado por el Archivo del Gobierno, 220, incluyendo el ancho del citado Portal y el Pasaje de la Tesorería.

El Palacio ostentaba un altillo con su respectivo balcón, en la torre el reloj puesto a mediados del siglo anterior en la parte alta de la garita.

Tenía el Portal treinta y nueve arcos, tres de ellos mayores que los demás, distribuidos

ta del Diablo, el cadáver de un hombre. No se podía decir más.

La señora Morestal dejó el receptor y cayó desvanecida. Marta y Susana quisieron socorrerla, pero sus manos temblaban. Catalina, la criada, habiéndose presentado ellas dos se retiraron, sacudidas por una súbita energía y por una inmensa necesidad de obrar, de caminar y de contemplar aquel cadáver, cuya sangrienta visión les obsesionaba.

Bajaron la escalera de la terraza y corrieron en la dirección del estanque de los Monjes.

No habían andado cien pasos, cuando Víctor, que galopaba a caballo, les gritó al sobrepasarlas:

—¡Entren, pues! ¡Para qué sirve eso, puesto que yo vuelvo en seguida!

No obstante, ellos continuaron. Pero habiéndose presentado dos caminos, Susana quiso tomar el de la garganta, a la derecha, y Marta el de la izquierda, a través de los bosques. Cambiaron palabras ásperas, obstruyéndose el paso la una a la otra.

De pronto, Susana, que no tenía conciencia de lo que decía, se arrojó en los brazos de su amiga, tartamudeando:

—Es menester que yo te diga... es mi deber..... Además yo tengo la culpa de todo....

Exasperada, y no comprendiendo estas palabras, de las cuales debía recordarse más tarde de manera tan clara, Marta la maltrató.

—Tú estás loca hoy... déjame tranquila.

Se lanzó en medio de los bosques y, algunos minutos después, llegó a una cantera abandonada. El sendero no iba más lejos. Tuvo un acceso de rabia, estuvo a punto de echarse a tierra y de llorar, después volvió a emprender su camino, pues le parecía oír que la llamaban. Era Susana, en efecto, que había visto a un hombre a caballo volver de la frontera, y que había tratado en vano de hacerse entender. Sin duda traía noticias.....

Jadeantes y exhaustas de fuerzas, regresaron. En el Viejo Molino no había, nadie más que la señora Morestal y Catalina, que rezaban en la terraza. Todos los criados habían salido a la ventura, y el hombre a caballo, un campesino, había pasado sin levantar la cabeza.

Entonces se sentaron junto a la balaustrada, estúpidas, extenuadas por el esfuerzo que acaban de realizar, y se transcurrieron minutos horribles. Cada una de las tres mujeres pensaba en su dolor particular, y cada una, además, sufría la angustia del mal desconocido que les amenazaba a las tres. Ellas no osaban mirarse. No se atrevían a hablar, aunque el silencio les torturase. El más mínimo ruido era un motivo de esperanza insensata o de horrible temor, y, con los ojos fijos en la línea de los bosques sombríos, ellas esperaban.

De repente, se estremecieron. Catalina que vigilaba en los peldaños de la escalera, se había enderezado.

Aquí está Enriquito, exclamó.

—¿Enriquito? dijo la Señora Morestal.

—Sí, el muchacho del jardinero, lo reconozco.

—¿Dónde está? No se le ha visto venir.

—Ha debido tomar un atajo..... Ahora sube la escalera.... ¡Pronto, Enriquito!.... ¡date prisa!... ¿Sabes algo?

Ella abrió el rastrollo, y apareció un jovenzuelo de unos quince años, con el rostro lleno de sudor.

Al momento, dijo:

—El muerto es un desertor... un desertor alemán.

E inmediatamente una gran tranquilidad se operó en las tres mujeres. Después del cúmulo de acontecimientos que se habían desencadenado sobre ellas como una tempestad, les parecía que nada podría ya consolarlas. El fantasma de la muerte se descartaba de sus espíritus: Habían matado a un hombre, pero esto no tenía importancia, puesto que se hombre, no era ninguno de los suyos. Y las agitaba un tal regocijo que les vinieron ganas de reír.

Catalina vino de nuevo. Anunciaba el regreso de Víctor. Las tres mujeres, vieron, en efecto, a la salida de la garganta, un hombre que hostigaba su caballo a riesgo de una caída por la rápida pendiente de la carretera. Se apercibieron bien pronto, cuando el hombre llegó al estanque de los Monjes, que alguien le seguía a grandes pasos, y Marta prorrumpió en exclamaciones de alegría, al reconocer la alta silueta de su marido.

Agitó su pañuelo, y Felipe respondió a la señal.

—¡Es él! dijo ella toda rendida. Es él, mamá.... Estoy segura que él va darnos pormenores.... y que el Señor Morestal no tardará......

—Vamos a su encuentro, propuso Susana.

—Sí, dijo ella vivamente, voy allá. Quédate tú aquí, Susana.... quédate con mamá.

Ella se lanzó, ávida en ser la primera que acogiese a Felipe, y reconcentrando todas sus fuerzas para correr hasta abajo de la pendiente.

—¡Felipe! ¡Felipe! gritó ella..... Al fin, estás aquí.....

—El la levantó en peso y la estrechó contra su pecho.

—Querida mía, parece que estabas inquieta.... No era necesario.. ..yo te contaré.....

—Sí, tú nos contarás.... Pero ven... ven pronto a brazar a tu madre y tranquilizarla.....

Ella le atrajo. Subieron la escalera, y ya en la terraza se encontró de repente en presencia de Susana, que esperaba, atormentada de celos y de odio. La emoción de Felipe fue tan fuerte que no le tendió siquiera la mano. En este momento, además, la señora Morestal se precipitó:

—¿Tu padre?

—Vivo.

Y Susana dijo a su vez:

—¿Papá?

—Vivo también.... arrestados los dos por agentes alemanes, cerca de la frontera.

—¿Qué? ¿Prisioneros?

—Sí.

—¿No les han hecho mal?

Las tres le rodeaban y le acosaban a preguntas.

El respondió riendo:

—Antes de todo, calma.... Debo decirles que estoy un poco aturdido.... Llevo tres noches de emociones.... Y además, muero de hambre......

Sus vestidos y sus zapatos estaban grises de polvo. Uno de sus puños estaba manchado de sangre.

—¡Estás herido! exclamó Marta.

—No.... yo no.... voy a explicarte.....

Catalina le trajo una taza de café, que él bebió ávidamente, y luego principió:

—Eran poco más o menos las cinco de la mañana cuando me levanté, y no me figuraba seguramente al salir de mi habitación.....

Marta quedó estupefacta. ¿Por qué Felipe decía que había dormido allí? ¿Ignoraba pues, que su ausencia era conocida? ¿Y entonces, por qué ese embuste?

Instintivamente, se sintió delante de Susana y de su suegra, y como Felipe se había interrumpido, cohibido él mismo por la visible turbación que había provocado, Marta le preguntó:

—Así que, ayer noche, tú habías dejado a tu padre y al señor Jorancé......

—En la encrucijada del Gran Roble.

—Sí, Susana nos lo ha referido. ¿Y tú has venido directamente?

—Directamente.

—¿Pero has oído los disparos?...

—¿Disparos?

—Sí, del lado de la frontera.

—No, debía ya dormir... Estaba fatigado.... Sin lo cual, de haberlos oído......

Tuvo la intuición del peligro que corría, tanto más que Susana trataba de hacerle señas. Pero había preparado tan bien el principio de su historia que, poco acostumbrado a mentir, no habría podido proseguir adelante su relato, sin perder el poco de sangre fría que le quedaba. Además, extenuado él mismo, e incapaz de resistir a la atmósfera de inquietud y de enervación que le rodeaba, ¿cómo hubiera podido discernir el lazo que Marta le había tendido inconscientemente? El repitió, pues:

—Como decía, cuando salí de mi habitación, no me figuraba lo que había pasado. Ha sido una casualidad que me ha puesto sobre la pista. Yo había llegado a la garganta del Diablo, y seguía la ruta de la frontera, cuando a la mitad del camino del Cerro de los Lobos, sobre mi izquierda, llegaron a mis oídos lamentos y gemidos. Al aproximarme, descubrí un hombre herido, en medio de la maleza, cubierto de sangre......

—El desertor, precisó la señora Morestal.

—Sí, un soldado alemán, Juan Baufeld, respondió Felipe.

Y ya tranquilo, puesto que llegaba a la parte verídica de la historia, habiendo tenido lugar en efecto su entrevista con el desertor, en la madrugada, cuando él volvía de Saint-Elophe, continuó:

Juan Baufeld no tenía más que algunos minutos de vida. Estaba en los estertores de la agonía. No obstante, tuvo todavía la fuerza de decirme su nombre y de articular algunas palabras, y luego murió entre mis brazos. Pero yo supe por él que el señor Jorancé y mi padre habían tratado de defenderle sobre el territorio francés, y que los agentes se revolvieron contra ellos. Me puse pues en su busca. La huella era fácil de seguir, y me condujo por la garganta del Diablo hasta el pequeño caserío de Torins. Allí, el hostelero no puso ninguna dificultad en manifestarme que una sección de agentes, varios de los cuales a caballo, habían pasado cerca de su casa, conduciendo a Boersweilen dos prisioneros franceses. Uno de ellos estaba herido. No he podido saber si era su padre de Ud., Susana, o el mío. En todo caso, las heridas deben ser ligeras, pues los dos prisioneros se mantenían a caballo sin ayuda de nadie. Una vez tranquilizado, volví atrás. En la garganta del Diablo me encontré a Víctor. ..... Lo demás lo saben ya Uds.

Parecía todo contento de haber acabado, y se sirvió una segunda taza de café, con la satisfacción de un hombre que se las ha sabido arreglar bien.

Las tres mujeres guardaban silencio.. Susana bajaba la cabeza para que no viesen su emoción. Por último, Marta, que no tenía ninguna sospecha, pero que la mentira de Felipe le preocupaba, volvió a decir:

—¿A qué hora entraste anoche?

—A las once menos cuarto.

—¿Y te acostaste en seguida?

—En seguida.

—¿Cómo se hace entonces que tu cama no está deshecha?

Felipe tuvo un estremecimiento. La cuestión le sofocaba. En vez de inventar un pretexto cualquiera, balbuceó ingenuamente:

—¡Ah! tú has entrado.... tú has visto.

No había pensado en este detalle, ni tampoco en ninguno de los que podían ponerle en contradicción con la realidad, y no sabía ya qué decir.

Susana insinuó:

—Quizá Felipe ha descansado en una butaca.....

Marta alzó los hombros, y Felipe, desamparado del todo, no respondió siquiera, tratando de dar otro giro a la conversación. Permaneció atontado, como un niño sorprendido en falta.

—Veamos, Felipe, preguntó Marta ¿qué es lo que se encierra en todo esto? ¿Tú no has venido, pues, directamente?

—No, confesó.

—¿Tú has venido por la frontera.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué ocultarlo? Yo no podía ya inquietarme, puesto que estabas aquí.

—¡Justamente! exclamó Felipe, aprovechando este sesgo de la conversación, ¡justamente! no quise decirte que había pasado toda la noche en busca de mi padre.

—¡La noche! ¿ no es pues esta mañana que tú has sabido su arresto?

—No, desde anoche.

—¡Desde anoche! Pero, ¿cómo? ¿Por quién? Tú no has podido saberlo sin haber presenciado su captura.

Titubeó un segundo. Hubiera podido remontar a este instante de la noche su diálogo con el desertor Baufeld. No pensó en ello, y declaró con tono resuelto:

—Y bien, sí.... yo estaba allí.... o por lo menos a alguna distancia..

—¿Y has oído los disparos?

—Sí, he oído los disparos, y también ayes de dolor.... Cuando llegué al lugar de la refriega, no había ya nadie. Entonces, busqué..... Tú comprendes, yo temía que mi padre o el señor Jorancé hubiesen sido alcanzados por las balas...... Busqué toda la noche, siguiendo sus pistas en las tinieblas !...una mala pista me llevó al principio por el lado de los bosques de Albern..... Y después, esta mañana, he descubierto al soldado Baufeld, e informado de la dirección que habían tomado los agresores, tomé el camino de la fábrica y la hostería de Torins. Pero si te hubiera dicho todo eso, ¡diablo! ¡cómo te habrías atormentado por mi fatiga!! ¡No, te veo, desde aquí, mi pobre Marta!

El afectaba la alegría y el descuido. Marta le observaba con extrañeza, y movió la cabeza con aire pensativo.

—Ciertamente... tienes razón....

—¿No es verdad? Era mucho más sencillo decir que yo salía de mi habitación, bien dispuesto después de una buena noche... Veamos, mamá, ¿no es tu opinión? Y tú misma, además.......

Pero en este momento, un ruido de voces se elevó bajo las ventanas del jardín, y Catalina hizo irrupción en la pieza, gritando.

—¡El señor! ¡el señor!

—Y Víctor saltó igualmente.

—¡Aquí está el señor! ¡Aquí está!

—¿Pero quién? preguntó la señora Morestal precipitándose.

—¡El señor Morestal! ¡Aquí está! Le hemos visto al extremo del jardín.... Mire, allá abajo, cerca de la cascada....

La anciana señora corrió a una de las ventanas.

—¡Sí, él nos ha visto! ¡Ah! ¡Dios mío, es posible!

Trastornada, vacilante, ella en el brazo de Marta y la atrajo hacia la escalera que conducía al vestíbulo y a la escalinata.

Apenas hubieron desaparecido

cuando Susana se arrojó sobre Felipe.

—¡Ah! Yo se lo ruego.... se lo ruego, Felipe, imploró ella.

El no comprendió al principio.

—¿Qué hay, Susana?

—Tenga Ud. cuidado, se lo ruego. Que no se figure Marta...

—¿Es que Ud. cree?

—Un segundo yo he creído.. Ella me ha mirado con un aire tan extraño... ¡Oh! esto sería terrible..... Yo se lo ruego.....

Ella se alejó vivamente, pero sus palabras, sus ojos extraviados causaron en Felipe un verdadero espanto. Hasta aquí, él no había tenido ante Marta, más que una inquietud provocada por la molestia de mentir. Ahora se apercibía repentinamente de la gravedad de la situación, del peligro que amenazaba a Susana, y que podía destruir la felicidad en su propia casa. Una torpeza y todo se descubría. Y esta idea, en lugar de traducirse en él por un movimiento repentino de sagacidad, aumentaba su desarreglo.

—Es necesario salvar a Susana, repetía, ante todo es necesario salvarla.

Pero él sentía que no tenía ya dominio sobre los acontecimientos que se preparaban, como tampoco se tiene contra la tempestad que se aproxima. Y un pavor sordo se posesionaba de él.

III

La cabeza descubierta, los cabellos en desórden, sus vestidos rotos, sin cuello, su camisa manchada de sangre, sangre en sus manos, en su cara y en todas partes, una herida en el cuello, otra en el labio; desfigurado, atroz, pero arrogante, enérgico, heroico y triunfante, tal surgió el viejo Morestal.

Aparentaba un regocijo extraordinario.

—¡Presente! exclamó.

Una risotada enorme resonó bajo sus bigotes.

—¿Morestal? ¡Presente!... ¡Morestal, por la segunda vez prisionero del Teutón.... y por la segunda vez, libre!

Felipe le miraba con estupor, como una aparición.

—¡Y bien! muchacho, ¿es asi como se me recibe?

Cogió una servilleta y con un amplio movimiento se enjugó la cara. Después atrajo hacia sí a su mujer.

—¡Qué me abrace, la madre! ¡A tu vez, Felipe... A la tuya, Marta! .... y tú también, hermosa Susana .... una vez por mí y otra por tu padre.... No llores, hija mía..... El papá va bien.... Le miman como a un emperador, allá abajo.... en espera de que le suelten. Y esto no tardará. ¡Por Dios, que no! Espero que el gobierno francés.....

Hablaba lo mismo que un hombre beodo, demasiado de prisa y con una voz mal asegurada. Su mujer le quiso hacer sentar. El protestó:

—¿Descansar? No hay necesidad, mujer. Un Morestal no descansa. ¿Mis heridas? ¡Son bubas! ¿Qué? ¿El médico? si pone el pie aquí, lo expido por la ventana.

—¿Cuidarme? Un vaso de vino, si esto te divierte...... vino de Francia.... Eso es, destapa una botella.... Vamos a brindar...... A tu salud, Weisslicht.... ¡Ah! ¡esa es chusca!.... Cuando yo pienso en la cara que pondrá Weisslicht, comisario especial del gobierno imperial.. ¡Fugado, el prisionero! ¡El pájaro, volado!

El reía a carcajadas; y cuando hubo bebido dos vasos de vino, trago sobre trago, abrazó de nuevo a las tres mujeres y a Felipe, llamo a Víctor, Catalina, el jardinero, les dio un apretón de manos, les despidió, y echó a andar, profiriendo:

—¡No hay tiempo que perder, hijos míos! En el camino de Saint-Elophe he encontrado al brigadier de la gendarmería. El juzgado está ya al corriente del asunto... De aquí a media hora pueden venir. Yo voy a producir y presentar una parte de los hechos. Toma una pluma, Felipe.

—Lo que es mucho más urgente, objetó su mujer, es que no te fatigues de ese modo. Mira, cuéntanos más bien el hecho, muy pausadamente.

El viejo Morestal no se negaba jamás a hablar. Empezó pues su relación, lentamente, por pequeñas frases, como ella lo quería, contando todos los detalles de la agresión y todas las fases del viaje a Boerweilen. Pero sobreexcitado de nuevo, alzó el tono, se indignó, montó en cólera, y chanceó.

—¡Ah! ¡miramientos no han faltado! ¡El señor comisario especial!.. ¡El señor consejero del distrito!... ¡Weisslicht se llenaba la boca con nuestros títulos! Esto no impide que a la una de la madrugada nosotros estuviésemos perfectamente encerrados en lindas piececitas del municipio de Boersweilen.... ¡En la prevención, nada menos.... con acusación probable de complicidad, de espionaje, de alta traición, todo el diablo y su séquito. Pero, en ese caso, señores, no es necesario extra-limitar la deferencia hasta el punto de dejar a vuestros cautivos libres de sus esposas; no es necesario tampoco que las rejas de vuestras celdas estén cerradas por barrotes demasiado delgados, y menos todavía que uno de vuestros prisioneros guarde su navaja de bolsillo. De otro modo, por poco que ese prisionero tenga corazón.... y una lima en su navaja... tentará la aventura. ¡Y yo la he tentado, carape! A las cuatro de la madrugada, el cristal cortado, y cuatro barrotes limados o arrancados, el viejo Morestal se dejaba caer a lo largo de una gotera, y tomaba las de Villadiego. Hasta la vista mis queridos amigos... No se trata más que de entrar en mi casa.... ¿La garganta del Diablo? ¿Los bosques de Albern? ¿El Cerro de los Lobos? ¡No tan flaco que se vean los huesos! La gentuza debía pulular por ese lado... Y en efecto, oí redoblar el tambor, sonar las trompetas de alarma y el galope de caballos. ¡Se me buscaba, cáspita!.. ¿Pero cómo me habían de buscar a diez kilómetros de allí, en el valle de Sta. María, en plena floresta de Arzance? Y yo trotaba.. trotaba hasta echar los bofes.... A las ocho franqueaba la línea.... ¡Ni he visto ni conocido! ¡Morestal pisaba el suelo de sus mayores! A las diez, de lo alto de la Côte Blanche, distinguia el campanario de Saint-Elophe, y cortaba derecho para llegar más pronto aquí ¡Y heme aqui un poco rendido, os lo concedo, no muy presentable.... Pero, con todo, ¡eh! ¿qué decís del viejo Morestal?

Se había levantado, y sin acordarse ya de las fatigas de la noche, animaba su discurso con toda una mímica mordaz, que desolaba a su mujer.

—¿Y mi pobre padre no ha podido escaparse? preguntó Susana.

—A él, han tenido cuidado de registrarle, respondió Morestal. Además, se le vigilaba más que a mí... de modo que lo que él no ha podido hacer, lo he hecho yo....

Y añadió:

—¡Afortunadamente! pues yo me habría podrido sobre la paja de sus calabozos hasta la terminación de un proceso interminable; mientras que él, dentro de cuarenta y ocho horas..... Pero tod oesto, no son más que habladurías. Esos señores del Juzgado no deben estar lejos. Quiero que mi parte esté listo...... Hay ciertas cosas que yo sospecho. ... toda una intriga......

Se interrumpió como asaltado por una idea imprevista, y permaneció largo tiempo inmóvil, con la cabeza entre sus manos. Después, de una manera brusca, dio un golpe en la mesa.

—¡Ya está! ¡Lo comprendo todo! ¡Ahí está el busilis!

—¿Qué? dijo su mujer.

—¡Dourlowsky, caramba!

—¿Dourlowsky?

—¡Eh, sí! Desde el primer momento he adivinado que era un lazo, un lazo preparado por agentes subalternos. ¿Pero cómo lo habían urdido? Ahora, yo veo claro. Dourlowsky ha venido aquí ayer mañana.. bajo un pretexto cualquiera. Ha sabido que Jorancé y yo, seguiríamos por la noche el camino de la frontera, y de acuerdo con los policías alemanes, el paso del desertor ha sido combinado para ese momento preciso. A nuestra aproximación un silbido, y el soldado, a quien han hecho creer que el silbido era una señal de cómplices franceses, el soldado a quien Dourlowsky o sus acólitos tienen de la cuerda como un perro, le dejan suelto. ¡Ahí está todo el misterio! No fue él, el desgraciado, que tomaron de mira, fue Jorancé, fue Morestal. Y como hecho a propósito, Morestal vuela al socorro del fugitivo. Le echan mano al cuello, se apoderan de Jorancé, y hénos ahí cómplices los dos. Bravo, señores, la partida es bien jugada.

La señora Morestal murmuró:

—Di pues, esto podría ser grave..

—Para Jorancé, dijo, sí, porque está en chirona; pero hay uno solamente...... La persecución del desertor ha tenido lugar en territorio francés. Es igualmente en territorio francés que nosotros hemos sido arrestados. La violación es flagrante. Por consecuencia no hay nada que temer.

—¿Cree Ud.? preguntó Susana. ¿Cree Ud. que mi padre?....

—No temas nada, repitió Morestal. Y él declaró netamente:

—Yo considero a Jorancé como libre.

—¡Hola! ¡hola! refunfuñó la anciana señora, las cosas no irán tan de prisa.....

—Una vez más, yo considero a Jorancé como libre, por la buena razón de que ha habido violación de frontera.

—¿Quién probará esta violación?

—¿Quién? ¡Yo!.... ¡Jorancé!.... ¿Te figuras que pondrán en duda la palabra de personas honradas como nosotros? Además hay otras pruebas. Se constatarán las huellas de la persecución, las huellas de la agresión, las de la escaramuza que hemos sostenido. Y quién sabe, quizá ha habido testigos......

Marta volvió los ojos hacia Felipe. Escuchaba a su padre con el semblante tan pálido, que ella quedó estupefacta. Aguardó algunos segundos, después, viendo que guardaba silencio, ella pronunció:

—Ha habido un testigo.

Morestal se estremeció.

—¿Qué dices. Marta?

—Felipe estaba allí.

—¡Cómo! nosotros hemos dejado a Felipe en la encrucijada del Gran Roble, abajo de la cuesta, ¿no verdad, Susana? Vosotros habéis quedado juntos.

Felipe intervino vivamente.

—Susana partió casi en seguida, y yo igualmente.... pero yo no había andado aún trescientos pasos cuando volví atrás.

—¿Es pues por eso que, cuando yo te llamé a la mitad de la cuesta, no me respondiste?

—Sin duda. Yo volví al Gran Roble

—¿Por qué?

—Para alcanzarte...., sentía haberte dejado.

—¿Entonces, tú te encontrabas detrás de nosotros en el momento de la agresión?

—Sí.

—¡En ese caso tú has oído forzosamente los disparos!...... Veamos, tú debías estar en el Cerro de los Lobos....

—Casi, casi......

—Y nos has visto tal vez... ¡Desde lo alto!..... ¡Con el claro de luna!.......

—¡Ah! no, protestó Felipe, yo no he visto nada.

—Pero si tú has oído los disparos, es imposible que no hayas oído los gritos de Jorancé.... A mí me habían puesto una mordaza en la boca..... ¡Pero Jorancé daba alaridos!..... "¡Nosotros estamos en Francia! ¡Estamos en territorio francés!" ¿Eh? ¿tú has oído los gritos de Jorancé.

Felipe titubeó antes de dar una respuesta, cuya importancia temerosa sentó confusamente. Pero enfrente de él, vió a Marta que le observaba con una sorpresa creciente, y vió después de Marta, la cara convulsiva de Susana. El afirmó:

—Sí, he oído.... he oído de lejos.

El viejo Mariscal no cabía en sí de gozo. Y cuando él supo además que Felipe había recogido las últimas palabras del desertor Baufeld, prorrumpió:

—¿Tú le has visto? ¿Vivía? ¿Te ha dicho que nos habían tendido un lazo, no es eso?

—El pronunció el nombre de Dourlowski.

—¡Perfectamente! conque, nuestro encuentro con el soldado, la persecución.... él ha debido decirte que todo eso ha tenido lugar en Francia.

—He creído comprender, en efecto....

—¡Los tenemos! profirió Morestal ¡los tenemos! Evidenmente, yo estaba tranquilo...., Con todo, el testimonio de Felipe, la atestación del soldado moribundo...... ¡Ah! los bandidos, ellos se verán bien obligados a soltar su presa.... ¡Nosotros estábamos en Francia, mis buenos amigos! ¡Ha habido violación de frontera!

Felipe comprendió que se había adelantado demasiado, y objetó:

—Mi testamento no es gran cosa en el verdadero sentido de la palabra... En cuanto al soldado, apenas si yo he distinguido.....

—Yo te digo que nosotros los tenemos. Lo poco que tú has pod[illegible] ver y oís, todo se acuerda con mi testificación es decir, con la verdad. ¡Nosotros los tenemos! Y ahí están esos señores del Juzgado, que serán de mi opinión, yo te doy mi palabra. ¡Esto no traerá consecuencias! Mañana, Jorancé estará libre.

Dejó la pluma, que ya había cogido para redactar él mismo el parte, y se dirigió vivamente hacia la ventana, atraído por el ruido de un automóvil que contorneaba el césped del jardín.

—El subprefecto, dijo, ¡Diablo! El gobierno está ya prevenido. ¡El juez de instrucción y el procurador! ¡Oh! ¡Oh! van a manejar esto con viveza y prontitud, yo lo veo...... Pronto, mujer, que es reciban aquí.. Yo vuelvo enseguida, tan solo el tiempo de cambiarme el cuello y de ponerme un chaquet.....

—¡Papá!

Morestal se paró en el umbral de

la puerta. Era su hijo que le interpelaba.

—¿Qué es lo que quieres, muchacho?

—Tengo que hablarle, declaró Felipe con resolución.

—¡Tanto mejor! Pero dejaremos esto para luego, ¿eh?

—Tengo que hablarle ahora.

—¡Ah! En ese caso, acompáñame. Vienes al pelo, tú me ayudarás a vestirme. Justamente, Victor no está aquí.

Y riéndose, pasó a su habitación.

Marta dió a su pesar algunos pasos, como si se propusiera asistir a la conversación. Felipe tuvo un momento de embarazo. Luego se decidió bruscamente.

—No, Marta, es preferible que te quedes.

—Sin embargo....

—No, una vez más no. Dispénsame. Más tarde te daré la explicación.

Y él se unió a su padre.

Cuando estuvieron solos, Morestal que por otra parte pensaba mucho más en su deposición que en las palabras de Felipe, preguntó distraídamente:

—¿Es confidencial?

—Sí, y muy grave, declaró Felipe.

—¡Oh! ¡Oh!

—Muy grave, como Ud., va a comprender, padre mío.... Se trata de una situación en la que me hallo, una situación horrorosa de la que me es imposible salir sin....

Y no fue más lejos. En un arranque instintivo, trastornado por la llegada del juez de instrucción y por una visión súbita de los acontecimientos futuros, había apostrofado a su padre. El quería hablar, decir algo que le librase de sus preocupaciones. ¿Qué palabras? El no lo sabía a punto fijo. - ¡Pero todo, todo más bien que servir de falso testigo,, y de estampar su firma al pie de una deposición mentirosa!

Empezó a balbucear, con el cerebro extraviado, buscando en vano una solución admisible. ¿Cómo detenerse en la pendiente donde le atraia un cúmulo de fuerzas contrarias, de casualidades, de coincidencias y de pequeños hechos implacables? ¿Cómo romper el círculo que un destino cruel se ingeniaba en trazar a su alrededor?

No tenía más que un medio, con el cual tropezaba de pronto sin haberlo apercibido: la verdad inmediata, la revelación brutal de su conducta.

Se estremeció de repugnancia. ¡Acusar a Susana! ¿Era esta la idea obscura que le animaba sin él mismo saberlo? ¿Para salvarse, había pensado en perderla? Entonces tuvo conciencia exacta de su flaqueza de ánimo, pues hubiera preferido morir mil veces más bien que deshonrar a la joven,, aunque sólo fuese a los ojos de su padre.

Morestal, que había concluido su tocado, se chanceó.

—¿Es todo lo que tenías que confiarme?

—Sí.... me he engañado... replicó Felipe, había creído...

Se había apoyado en el alféizar de la ventana, y miraba vagamente el gran parque inglés que forman los árboles y las praderas ondulosas de los Vosgos. Otros pensamientos eran ahora su obsesión, que se mezclaban a su propio tormento. Volvió al encuentro del viejo Morestal.

—¿Está Ud. seguro que la detención ha tenido lugar en territorio francés?

—¡Vaya! ¿estás loco?

—Puede darse que, sin verlo, hayan Uds. atravesado la línea....

— Sí, en efecto.... es justamente lo que ha sucedido. Pero en el momento de la primera agresión, como en el del arresto, nosotros estábamos en Francia. Esto, sin ninguna duda.

—¡Piense Ud., padre mío, que si hubiese la menor duda!.....

—Y bien ¿qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que este incidente tendrá consecuencias. El asunto dará ruido.

—¡Qué me importa! La verdad antes de todo, ¿no es eso? Desde el instante en que nos asiste la razón, debemos obrar de modo que nuestro derecho sea reconocido y que Jorancé sea puesto en libertad.

Morestal se plantó delante de su hijo.

—Supongo que tú eres de mi parecer.

—No.

—¿Cómo no?

—Oiga Ud., padre mío, las circunstancias me parecen muy serias.. La indagación del juez de instrucción es de una importancia considerable. Ella servirá de base a otras indagaciones. Me parece que debemos reflexionar y deponer con reserva, con temor..... Es necesario obrar prudentemente.

—Es necesario obrar como buen Francés que tiene la razón de su parte, exclamó Morestal, y que cuando tiene razón, no teme nada en el mundo.

—¿Ni aun la guerra!

—¡La guerra! ¿Qué es lo que me cuentas? ¡La guerra! ¡creo no puede haber la guerra por un incidente de este género! De la manera como se presentan las cosas, Alemania cederá.

—¿Crees tú? dijo Felipe, a quien esta afirmación parecía consolar.

—¡Ciertamente! pero con una condición y es que nosotros hiciéramos valer enérgicamente nuestro derecho. Ha habido violación de frontera. Esto es indiscutible. Probémoslo, y toda suerte de conflicto queda descartada.

—Pero, ¿y si no llegásemos a probarlo? dijo Felipe.

—¡Ah! ¡en ese caso, tanto peor!... Es evidente que lo discutirán. Pero, está tranquilo, muchacho, las pruebas existen, y nosotros podemos ir francamente, con toda seguridad... Ven, que nos esperan.....

—Y puso la mano en la cerradura.

—¡Papá!

—¡Ah! ¿pero qué es lo que tienes hoy? ¿Tú no vienes?

—No, todavía no, articuló Felipe que veía una salida y que tentaba el último esfuerzo para escapar; no, un momento.... Es necesario absolutamente que yo le diga.... Nosotros partimos de un punto de vista opuesto... Yo tengo ideas bien diferentes de las suyas... y puesto que la ocasión se presenta......

—¡Imposible, muchacho! nos esperan......

—Es preciso, exclamó Felipe impidiéndole el paso..... Me niego a tomar a la ligera una responsabilidad que no está de acuerdo con mis opiniones actuales, y es por lo que se ha hecho indispensable entre nosotros una explicación.

Morestal le contempló con un aire estupefacto.

—¡Tus opiniones actuales! ¡Ideas diferentes de las mías! ¿Qué historias son estas?

Felipe sintió, aún más que la víspera, la violencia del conflicto que desencadenaría una confesión.

Pero esta vez, su resolución estaba tomada. Motimos demasiados le obligaban a una ruptura que él juzgaba necesaria. Con el espíritu dicidido, y todo su sér palpitando de voluntad, iba a pronunciar las palabras irrevocables, cuando Marta entró vivamente.

—No retengas a tu padre, Felipe, el juez de instrucción lo reclama.

—¡Ah! dijo Morestal, no me disgusta que me libres de tu esposo. Está tocado de la cabeza. Diez minutos hace que está diciendo un ha-

tajo de tonterías. Tiene necesidad de reposo. muchacho.

Felipe hizo un movimiento. Marta le dijo en voz baja:

—Cállate.

Y de un tono tan imperioso, que él quedó desconcertado.

Antes de salir, Morestal se aproximó a la ventana A lo lejos resonaban notas de clarín, e inclinó el cuerpo fuera para oír mejor.

Enseguida Marta dijo a Felipe:

—He entrado al acaso. Estaba segura que tú buscabas una explicación con tu padre.

Sí, es preciso.

—¿Sobre tus ideas, no es verdad?

—Sí, es preciso.

—Tu padre está enfermo..... el corazón.... una cólera demasiado fuerte podría serle funesta.... sobre todo, después de lo ocurrido anoche. Ni una palabra, Felipe.

Morestal volvió a cerrar en este instante la ventana, pasó por delante de ellos, se volvió, y poniendo la mano sobre el hombro de su hijo, murmuró con un ardor contenido:

—¡Tú oyes, por allá, el clarín enemigo!..... ¡Ah! Felipe, yo no deseo en verdad que eso se convierta en un canto de guerra.... Pero con todo.... con todo, ¡si eso fuera!...

El martes, dos de septiembre, a la una de la tarde, sentado frente a su padre, bajo la mirada pensativa de Marta y la mirada ansiosa de Susana, Felipe, después de haber referido su entrevista con el soldado moribundo, de una manera muy precisa, declaraba que había oído de lejos las protestas del comisario especial Jorancé.

Una vez hecha la declaración firmó.

IV

El drama que se desarrolló en esa noche y madrugada fue tan áspero, tan violento y tan rápido que los huéspedes del Viejo Molino quedaron como aplastados. En lugar de reunirles en una emoción común, les dispersó, dejándoles a todos una impresión de pena y de malestar.

En Felipe se tradujo por un entorpecimiento que le tuvo adormecido hasta el día siguiente por la mañana. No obstante, se despertó con excelente disposición, pero con un deseo inmenso de soledad. En el fondo, tenía miedo de volverse a encontrar en presencia de su padre y de su mujer.

Partió, pues, muy temprano, a través de los bosques y de los prados, se detuvo en un albergue, franqueó el valle de Vergix, y no volvió sino a la hora del almuerzo. Estaba entonces tranquilo y completamente dueño de sí.

Para hombres como Felipe, de naturaleza recta y de espíritu generoso, pero que no pierden su tiempo en reflexionar sobre los pequeños casos de conciencia que suscita la vida cotidiana, el sentimiento del deber cumplido se vuelve, en los períodos de crisis, una especie de medida según la cual ellos juzgan sus actos. Este sentimiento lo experimentó Felipe en toda su plenitud. Colocado por una serie de circunstancias anormales, entre la obligación de hacer traición a Susana o la de afirmar bajo juramento una cosa que él ignoraba, se hallaba incontestablemente en derecho de mentir. La mentira era justa y natural. No negaba ciertamente la falta que había cometido sucumbiendo a los encantos y a los artificios de la joven, pero de esta falta, tenía el deber de guardar el secreto por Susana, cualesquiera que fuesen las consecuencias de su discreción. No había excusa posible en el mundo que le permitiese romper el silencio.

La lectura de los periódicos que halló sobre la mesa del salón (se recibían en el Viejo Molino, **El Explorador de los Vosgos**, un periódico de París publicado la víspera por la tarde, y la **Gaceta de Boerweilen** hoja impresa en alemán, pero de inspiración francesa), dicha lectura concluyó de serenarle En la baraúnda de las primeras noticias consagradas al asunto Jorancé, su papel pasaba casi desapercibido. **El Explorador de los Vosgos** resumía en dos líneas su deposición. En resumen de cuentas él no era ni sería otra cosa que un comparsa.

—Un figurante, todo o más, murmuraba con satisfacción.

—Sí, todo o más. Es tu padre y el señor Jorancé los que están en danza.

Marta había entrado y, sorprendiendo sus últimas palabras que él había pronunciado en alta voz, le dio riendo su anterior respuesta.

Ella le rodeo el cuello de la manera afectuosa que siempre tenía por costumbre, y le dijo:

—No, Felipe, tú no tienes por qué atormentarte Tu testimonio no tiene ninguna importancia, y no puede influir de ninguna manera sobre los acontecimientos. Estate bien seguro.

Sus caras estaban juntas la una de la otra, y Felipe no distinguió otra cosa en los ojos de Marta, sino alegría y ternura.

Comprendió que ella había atribuido a escrúpulos de conciencia y a aprensiones mal definidas su conducta de la víspera, su falsa versión del principio, sus reticencias y su turbación. Inquieto por las consecuencias del asunto, y temiendo que su testimonio no le complicase, había tratado de sustraerse a las molestias de una deposición.

—Creo que tienes razón dijo a fin de confirmarla en su error. ¿Y es que además, el asunto es tan grave?

Hablaron algunos minutos, y observándola poco a poco, él condujo la conversación sobre los Jorancé.

—¿Susana ha venido esta mañana?

Marta pareció sorprendida.

—¿Susana? dijo ella. ¿Tú ignoras pues?... En efecto, tú dormías ayer tarde. Susana ha dormido aquí.

El volvió la cabeza para ocultar su rubor, y volvió a decir:

—¡Ah! ella ha dormido aquí?....

—¡Sí! el señor Morestal quiere que ella viva con nosotros hasta el regreso del señor Jorancé.

—¿Pero... en este momento?....

—Está en Boersweilen, donde solicita la autorización para ver a su padre.

—¿Sola?

—No, Víctor la acompaña.

Felipe pronunció con un aire indiferente:

—¿Cómo está? ¿Abatida?

—Muy abatida..... Yo no sé por qué se figura que el arresto de su padre le es imputable...... Parece ser que ella le indujo a dar este paseo.... ¡Pobre Susana! ¿qué interés podía tener en quedar sola?....

El vió claramente tanto por la entonación como por la actitud de su mujer, que si algunas coincidencias le habían sorprendido, ninguna sospecha por lo menos le había asaltado. Por este lado todo estaba concluído. El peligro se alejaba.

Dichoso descargado de sus temores, Felipe tuvo todavía la satisfacción de saber que su padre había pasado una excelente noche, y que había ido por la mañana al ayuntamiento de Saint-Elophe. Interrogó

a su madre. La señora Morestal obedeciendo como Felipe a la necesidad de apaciguamiento y de seguridad que nos invade después de las grandes sacudidas, le tranquilizó sobre la salud del anciano. Ciertamente, el corazón estaba enfermo, y el doctor Borel veía las cosas de negro, y en resumidas cuentas, Morestal había soportado muy bien las fatigas, aunque muy duras, de su arresto y su evasión.

—Por lo demás, no tienes más que mirarle, concluyó ella. Hele ahí que llega de Saint-Elophe.

Ellos le vieron apearse del coche, alegre como unas pascuas. Se les reunió en el salón, y enseguida exclamó:

—¡Eh! ¡qué baraúnda! He telefoneado a la ciudad..... No se habla más que de eso.... Y después, ¿saben Uds lo que me ha caído encima en Saint-Elophe....... ¡Una media docena de reporteros! ¡Cómo les he despedido! ¡Gentes que perturban todo y lo arreglan todo a su manera! ¡La plaga de nuestra época!.... Voy a dar a Catalina órdenes formales.... La entrada del Viejo Molino está prohibida... ¿Pero no has visto la manera como ellos relatan mi evasión? ¡Yo habría estrangulado al centinela y hecho morder el polvo a dos hulanos que me perseguían!........

El no podía disimular su contento, y se enderezó como hombre a quien no sorprende una hazaña de este género.

Felipe le preguntó:

—¿Y la impresión general?

—Tal como tú la has podido conocer por los periódicos. La libertad de Jorancé es inminente. Por lo demás, bien te lo había yo dicho. Cuanto más afirmativos seamos, y tenemos el derecho de serlo, más pronto apresuraremos el desenlace. ¿Comprendes bien que, a la hora presente, interrogan al amigo Jorancé, y que él responde exactamente como yo? ¿Entonces? No, yo te lo repito. Alemania cederá. Es cuestión de uno o dos días. Conque, no te hagas tanta bilis muchacho, ya que temes tanto la guerra... y las responsabilidades......

En final de cuentas y lo mismo que Marta, ese era el motivo al cual había atribuido Morestal las palabras incoherentes que Felipe había pronunciado antes de comparecer en presencia de los magistrados, y sin escudriñar más el fondo, él concebía por ello en su interior un cierto rencor y un poco de desdén. ¡Felipe Moresta, el hijo del viejo Morestal temer la guerra! Todavía uno más a quien el veneno de París había corrompido......

Se almorzó alegremente. El anciano no cesaba de charlar. Su buen humor, su optimismo y su fe inquebrantable en una feliz y próxima solución, vencieron las resistencias, y el mismo Felipe sintió la autoridad de una convicción que le regocijaba.

La tarde se continuó bajo auspicios igualmente favorables. Convocados Morestal y su hijo, se personificaron en la frontera, donde en presencia del procurador de la República, del subprefecto, del brigadier de gendarmería y de numerosos periodistas, que en vano trataban de ahuyentar, el juez de instrucción completó con minucioso cuidado las averiguaciones que había comenzado la víspera. Morestal tuvo que demostrar sobre el terreno el relato de la agresión, precisar el camino seguido antes del ataque y durante la fuga, determinar el sitio por donde el soldado Baufeld había atravesado la linea, y el lugar en que habían sido arrestados el comisario y él.

Morestal lo hizo sin vacilación, yendo y viniendo, hablando y afirmando con una tal certidumbre, con tanta lógica y sinceridad, con tanto numen y entusiasmo, que la escena evocada por él, resucitaba a los ojos de los espectadores. Su demostración fue clara e imperiosa. Aquí, el primer disparo. Allá, correrse a la derecha, entrando en territorio alemán. Acullá, vuelta a Francia, y más lejos, exactamente en tal paraje, quince metros más acá de la frontera, el terreno del combate, el lugar del arresto. Los indicios eran abundantes e irrefutables. Era la pura verdad, sin temor de error posible.

Seducido Felipe, confirmó de manera más categórica su primera declaración. Al acercarse al Cerro de los Lobos, él había oído los gritos del comisario especial. Aquellas palabras: "Nosotros estamos en Francia.... la frontera está allí, habían llegado distintamente a sus oídos. Y él refirió sus gestiones, su conversación con el soldado Baufeld y el testimonio del herido, en lo que concernía a la invasión del territorio francés.

La averiguación se terminó por una buena noticia. El lunes, algunas horas antes de la agresión, se decía que, maese Saboureux había visto al Alemán Weisslicht, jefe de la policía, y a un tal Dourlowski, mandadero, que se paseaban por los bosques, tratando de ocultarse.

Ahora bien, Morestal, sin confesar las relaciones que él mantení con el último de dichos personajes, había relatado sin embargo la visita del tal Dourlowski y su proposición de complicidad. Un acuerdo entre Dourlowski y Weisslicht, era la prueba de que una emboscada había estado preparada, y que la fuga del soldado Baufeld, combinada para las diez y media, no había sido más que un pretexto para coger en el lazo al comisario especial y a su amigo.

Los magistrados no ocultaron su contento. El asunto Jorancé, maquinación urdida por agentes subalternos que el gobierno imperial no tendría ningún reparo en desaprobar, se reducía de más en más a las proporciones de un incidente que : podría durar largo tiempo.

—Vamos, dijo Morestal llevándose a su hijo, mientras que los magistrados se dirigían a la hacienda de Saboureux, vamos, esto será más sencillo aun de lo que yo lo esperaba. Esta noche el gobierno francés conocerá las conclusiones del expediente. Un cambio de impresiones con la embajada de Alemania, y mañana ....

—¿Cree Ud.?

—Yo veo más lejos. Creo que Alemania tomará la delantera.

Cuando ellos llegaban a la garganta del Diablo, se cruzaron con una pequeña patrulla de gente, que conducía un hombre con la gorra galoneada.

Morestal saludó dando un gran sombrerazo, y dijo irónicamente:

—¡Buenas tardes!.... ¿Cómo va?

El hombre pasó sin decir nada.

—¿Quién es? preguntó Felipe

—Weisslicht, el jefe de los policías.

—¿Y los demás?

—¿Los demás?.... Es la gestión alemana que obra a su vez.

Eran entonces las cuatro de la tarde.

El final de este día fue apacibble en el Viejo Molino. A la entrada de la noche llega Susana, toda contenta, de Boersweilen. Le habían entregado una carta de su padre, y el sábado le darían la autorización para verle.

—Tú no tendrás ni siquiera necesidad de regresar a Boersweilen, dijo Morestal, es tu padre quien vendrá a buscarte, ¿no es verdad, Felipe?

La comida reunió a todos los cinco a la mesa de la familia, y ellos experimentaron una impresión de seguridad, de bienestar y de reposo.

Se bebió a la salud del comisario especial. Les parecía además que su sitio no estaba vacío; tal era la certidumbre que tenían de su regreso.

Solamente Felipe no participaba del regocijo. Situado al lado de Marta y enfrente de Susana, él era de naturaleza demasiado recta y de criterio demasiado sano, para no sufrir ante una situación tan falsa.

Desde la penúltima noche, desde el instante en que al rayar el alba, cuyas nacientes claridades penetraban en el dormitorio de la joven, él debajaba a Susana en Saint-Elophe, era la vez primera que, en una u otra forma, tenía el tiempo de evocar el recuerdo de aquellas horas de ofuscación. Asustado por los acontecimientos y atormentado de inquietud por la conducta que debía seguir, no pensaba en Susana más que para no comprometerla.

El la veía ahora. La oía reír y hablar. Ella vivía en su presencia, no tal como la había conocido en París y encontrado en Saint-Elophe sino adornada de otro encanto, cúyo secreto misterioso él conocía. Es cierto que permanecía dueño de sí y sentía muy bien que ninguna tentación le induciría a sucumbir de nuevo. Pero ¿cómo podía impedir que ella no tuviese cabellos rubios cuyo color le seducía, y sus labios estremecedores, y su voz, armoniosa como un canto? ¿Cómo podía él hacer que todo esto, poco a poco, no le llenase de una emoción que a cada minuto se hacía más profunda?

Sus ojos se tropezaron. Susana tembló bajo la mirada de Felipe. Una especie de pudor la hermoseaba, así como un velo que embellece. Estaba deseable como una desposada y encantadora como una prometida.

Al mismo tiempo Marta sonreía a Felipe, que enrojeció y dijo pra sí:

—Yo partiré mañana.

Su decisión fue inmediata. No se quedaría un día más entre las dos mujeres. El sólo espectáculo de su intimidad le parecía odioso. Partiría sin decir una palabra. El conocía ya de sobra el peligroso momento de la despedida entre los que se aman, y cuánto nos enternece y nos desarma. No quería esos compromisos y esos equívocos. La tentación es ya una falta, aunque se le haga resistencia.

Terminada la comida, se levantó y pasó a su habitación, donde Marta se le reunió. Supo por ella que el cuarto de Susana estaba en el mismo piso. Más tarde oyó subir a la joven. Pero él sabía que nada le haría decaer. Una vez solo, abrió su ventana, y permaneció largo tiempo contemplando la forma indistinta de los árboles; después se acostó.

Por la mañana, fue Marta quien le trajo el correo. De pronto, Felipe reconoció en un sobre la caligrafía de uno de sus amigos.

—¡Bueno! pronunció, apresurándose a recoger el pretexto, una carta de Pedro Belun. ¡Con tal que no me llame!....

Abrió el sobre, y dijo, después de haber leído:

—¡Justamente lo que yo me temía! Me veo obligado a partir.

—No antes de esta noche, querido mío.

Era el viejo Morestal que llegaba con un pliego abierto.

—¿Qué hay, papá?

—Estamos convocados de urgencia por el prefecto de los Vosgos, al ayuntamiento de Saint-Elophe.

—¿Yo también?

—Tú también. Quieren verificar ciertos detalles de tu deposición.

—¿Se vuelve entonces a empezar?

—Sí, es un nuevo expediente. Parece que las cosas se complican.

—¿Qué dices?

—Digo lo que dicen los periódicos de esta mañana. Según los últimos despachos, Alemania no tiene la intención de soltar a Jorancé. Además, ha habido manifestaciones en París. Berlín se remueve igualmente. La prensa jocobina habla con arrogancia. En pocas palabras .....

—¿En pocas palabras?

—Y bien, esto toma muy mal aspecto.

Felipe se sobresaltó. Se aproximó a su padre, y enfurecido de pronto, dijo:

—¡Eh! ¿Quién tenía, pues, razón? ¡Tú ves..... ves todo lo que sucede! Si me hubieras escuchado.......

—¿Si te hubiera escuchado.... repitió Morestal, dispuesto bien pronto a la querella.

Pero Felipe se contuvo. Marta dijo palabras al acaso. Y los tres enmudecieron.

¿Y de qué sirven palabras después de todo? La borrasca había pasado por encima de sus cabezas y retumbaba sobre Francia. Impotentes en lo sucesivo, debían sufrir las consecuencias y escuchar los ecos lejanos, sin poder influir sobre los elementos formidables desencadenados en aquella noche del lunes al martes.

V

La tesis alemana era sencilla: la detención había tenido lugar en Alemania. Por lo menos, es lo que afirmaban los periódicos, de los que Felipe y su padre leyeron los extractos en la **Gaceta de Boerweilen.** ¿No era necesario prever que esa sería la tesis adoptada, si no lo estuviese ya por el gobierno imperial?

En Boersweilen se hablaba categóricamente, y la **Gaceta** no hacía ningún misterio. Después de un silencio de veinticuatro horas, fundándose en las explicaciones dadas la víspera por Weisslicht, como resultado de una averiguación sumaria, a la cual asistieron varios funcionarios designados, las autoridades declaraban altamente que todo había pasado en regla y que no tenía efecto retroactivo. El comisario especial Jorancé y el consejero Morestal, cogidos en flargante delito en un caso de deserción, serían conducidos ante los tribunales alemanes, y su caso sería también juzgado según las leyes alemanas. Añadíase además, que existían contra ellos otros cargos.

Del individuo Dourlowski no se hacía mención. Se le ignoraba.

—¡Pero todo estriba en eso! exclamó Morestal después de haber sido recibido por el prefecto de los Vosgos en el ayuntamiento de Saint-Elophe, y comentado con él y el juez de instrución la tesis alemana: todo estriba en eso, señor prefecto.

Aun siendo justa, ¿qué vale esa tesis, si se prueba que hemos caído en un emboscada preparada por Weisslicht, y que la deserción de Baufeld ha estado combinada por agentes subalternos? Ahora bien, esta prueba, es Dourlowski.

La desaparición del mandadero le indignaba. Pero añadió:

—Afortunadamente, tenemos el testimonio de maese Sauboureux.

—Lo teníamos ayer, dijo el juez de instrucción; hoy, no lo tenemos ya.

—¿Cómo es eso?

—Ayer, miércoles, interrogado

EL PROBLEMA DEL ABASTECIMIENTO DE LAS POTENCIAS CENTRALES

y de las naciones neutrales de Europa, es sumamente difícil, pero de seguro lo resolverá con feliz éxito la generosidad del pueblo americano y el magnífico sistema de distribución que siguen los Estados Unidos y los Aliados.

Durante un año, o quizá más será preciso que los Estados Unidos mantengan en Europa los dos millones de soldados que actualmente se hallan allá, a fin de conservar el orden en todas aquellas partes sujetas a la tensión de reconstruir y arreglar lo que la guerra arruinó; así se evitarán motines y levantamientos.

Esta idea ha sorprendido a muchísimos americanos que se imaginaba que al terminar las hostilidades, regresarían los soldados. No será así porque la situación que prevalece en Europa es sumamente delicada, haciendo indispensable la presencia de gran número de fuerzas en territorio europeo, y tal vez el gobierno de Washington se vea en el caso de aumentar el efectivo.

El problema de la permanencia de tropas americanas en el Viejo Continente, se une al de la escasez de víveres en los países vencidos. La transición del estado de beligerancia a uno de paz, no se efectúa así como así; los soldados de los Estados Unidos tienen que hacer frente a las multitudes armadas que se rebelan, introduciendo el desorden en distintos puntos. No cabe duda que los secretos promotores de la revolución trabajan con actividad con el propósito de que se produzca la anarquía, y que al relajar la disciplina militar surgirían las llamas de la insurrección amenazantes y devoradoras.

Uno de los personajes más notables en la vida económica de Norte América -Mr. Herbert Hoover- ha comprendido perfectamente la gravedad de la situación. Y en su calidad de Administrador Federal de Víveres le escribió una carta a Federico Coudert, con respecto a los fines y responsabilidades de los Estados Unidos en Europa:

"Nuestro objeto al derrocar todas las autocracias de Europa -decía Mr. Hoover- y al establecer el gobierno por el pueblo, no es más que una parte de nuestra gran carga (del inmenso deber que nos hemos impuesto), pues fuera de esto, en cuanto se realicen los objetivos inmediatos, tenemos frente a nosotros el mayor de los problemas que se le ha presentado jamás al gobierno, si es que deseamos evitar que Europa sea inmolada en una conflagración de anarquía tal como esa en que se ha engolfado Rusia".

En cuanto a las proporciones de ese deber impuesto, y a la aumentada responsabilidad que recaerá sobre el pueblo americano en lo concerniente a economía de sustancias alimenticias, diremos que los Estados Unidos están enviando ahora vituallas para el sostenimiento de ciento veinte millones de habitantes que se hallan en territorios aliados. A esto se agregarán -según los cálculos hechos por la Administración Federal de Víveres en Washington- no menos de ciento ochenta y ocho millones de personas que dependen de los Estados Unidos en cuestión de alimentos para evitar que perezcan de hambre, ahora que han desaparecido las barreras que separaban a los amigos de los enemigos.



Vizconde Kikure Ishii que funciona en los Estados Unidos en calidad de Embajador del Japón.

En Europa, cerca de doscientos millones de habitantes -según los últimos cálculos que se han recibido- necesitan que Norte América mande sus víveres. Detrás de las líneas alemanas hay naciones enteras privadas de alimento. Grandes regiones de los países neutrales se hallan a punto de perecer de hambre.

La Administración de Víveres de los Estados Unidos, calculó antes de que aparecieran los primeros indicios de una paz

cercana, que en el siguiente año de guerra (1919) el número de muertes por inanición sería igual al ocasionado por la guerra. Al firmarse el armisticio se considera que la situación se agravará en vez de mejorar. La máquina militar que repartía el alimento con igualdad y firmeza, habrá desaparecido, y aun la pequeña provisión que les llegaba a las clases acomodadas, se suspenderá o se disminuirá notablemente.

Antes de que se concluyeran las negociaciones del armisticio se comprendió que el sistema que hasta entonces estaba en uso empezaba a fracasar en lo que se refería al socorro de la población civilista. El conocimiento de esta terrible situación y la amenaza que significaba para el futuro, fueron indudablemente los que indujeron al Consejo Supremo de Guerra reunido en Versalles, a adoptar la resolución anunciando el deseo de los aliados de cooperar con el Austria, Bulgaria, Turquía y Alemania, a fin de proveer a las necesidades de los pueblos que sufrían.

El Presidente Wilson en su discurso pronunciado ante el Congreso recientemente, expuso de manera enfática esta fase del arreglo de paz:

"El temperamento humanitario y la intención de los gobiernos victoriosos, ya se han manifestado prácticamente. Sus representantes en el Consejo Supremo de Guerra reunido en Versalles, de un modo unánime han resuelto asegurar a los pueblos de los Imperios Centrales, que se hará todo lo que sea posible en estas circunstancias, para proporcionarles alimentos y aliviar las aflictivas necesidades que en muchas partes amenazaban la existencia de los habitantes; y han de tomarse medidas para organizar esos esfuerzos de socorro de la misma manera sistemática con que se organizaron en el caso de Bélgica. Usando el tonelaje disponible de las Potencias Centrales, será posible por de pronto conjurar el peligro de una miseria completa para las poblaciones oprimidas, de modo que su mente y sus energías queden libres a fin de emprender las grandes y arduas tareas de la reconstrucción política que ahora se les presenta por todas partes. El hambre no da margen a reforma, sino a la locura, y a todos esos detestables disturbios que hacen imposible una vida ordenada."

Aquí se reconoce que el llamamiento al pueblo para que evite que los austriacos, búlgaros, turcos y la mayoría de los alemanes, perezcan, es uno de los más difíciles problemas que tiene que resolver la Administración de Víveres de los Estados Unidos. Cierto es también que el proyecto se ha vuelto un tanto complicado, porque no es posible que multitud de personas olviden las atrocidades cometidas por los teutones.

En lo que toca a la provisión de sustento para países como Servia y Rumanía, no existe el menor inconveniente por la simpatía que han despertado en el alma de los americanos, simpatía que se ha hecho extensiva a algunas de las naciones neutrales vecinas a Alemania, que sufrieron la durísima presión de la mano de hierro germánica.

Una de las razones que expone el gobierno de los Estados Unidos para urgirles a las masas la economía de alimentos para proporcionarles provisiones a los países que hasta hace poco eran enemigos, muestra que el abastecimiento de las Potencias Centrales acelera el regreso de las tropas americanas, por cuanto las insurrecciones que tendrían que sofocar disminuirían notablemente en número. La otra, igualmente poderosa, prueba que los alemanes podrán pagar las deudas e indemnizaciones únicamente que sean soste-



En nuestro grabado aparece la entrada que conduce a uno de los lugares de observación que establecieron los alemanes en el Soma.

nidos el tiempo necesario para que sus campos produzcan y revivan las industrias. En todo caso, primero atenderá el gobierno americano a satisfacer las necesidades de las Potencias aliadas.

No es posible asegurar una verdadera paz hasta que se resuelva el enorme problema de los alimentos. Hay que establecer un vasto mecanismo de distribución bajo la dirección de los aliados y los Estados Unidos, con medios eficaces (armamento para penetrar en muchas partes de Europa.

No sólo se trata de salvar a millones de habitantes que se mueren de hambre, sino también de proteger grandes regiones europeas a las cuales les amenaza el desastre que ha sobrecogido a Rusia. De aquí que la Administración de Abastos Americana considere la eleminación de desperdicios más urgente que nunca.

En los tres años anteriores al de la guerra, las exportaciones de sustancias alimenticias que Norte América remitía, ascendían a 5.533.000 toneladas anuales. El año pasado, con el estímulo de una economía bien dirigida, los americanos lograron enviar a los aliados 11.820.000 toneladas de alimento. En este año ha habido un aumento sobre el del precedente de 6.000.000 de toneladas. El aumento se basó en la creencia de que la guerra se prolongaría. Ahora que el armisticio está firmado, las necesidades de abastecer a los habitantes de un área más extensa, hará que los Estados Unidos aumenten otros 6.000.000 de toneladas, a fin de que se ajuste un total de 18.000.000 idem. Para transportar esos alimentos se cuenta, además, con los buques que puedan suministrar la América del Sur y Australia.

Afortunadamente los recursos en materia de vituallas, en 1918 son superiores a los de 1917. Sin embargo hay ciertas producciones que han disminuido a causa de ciertas condiciones climatéricas desfavorables. Veamos el siguiente cuadro en que se compara la producción de 1918 con la de 1917:

AUMENTO

Trigo......	268.000.000	bushels.
Cebada....	27.000.000	bushels.
Arroz......	5.000.000	bushels.
Centeno...	17.000.000	bushels.
Trigo sarraceno....	2.000.000	bushels.
Frijoles....	3.000.000	bushels.
Total....	**322.000.000**	**bushels.**

DISMINUCION

Maíz.....	442.000.000	bushels.
Avena....	52.000.000	bushels.
Patatas...	52.000.000	bushels.
Camotes..	2.000.000	bushels.
Total....	**548.000.000**	**bushels.**

Resumiendo los hechos tene-

mos que el valor nutritivo de los productos del año pasado con los de este año, es el mismo, a pesar de la disminución de que hablamos, por las razones siguientes: el maíz es de superior calidad y las condiciones que prevalecían en las haciendas obligaba a los agricultores a destinar gran parte del rendimiento de la cosecha a satisfacer necesidades especiales. Otro tanto podría decirse de los demás cereales.

Veamos ahora cuales son los países a los que Estados Unidos tendrá que abastecer:

Polonia, estado que se halla a punto de perecer de hambre, pues por el "Centralen" que establecieron las Potencias del Centro, los productos pasaban a Alemania y al Austria. En casi todas las poblaciones ha habido una terrible escasez de víveres desde el mes de marzo. El pan que se ofrecía al público iba mezclado con aserrín, y por consiguiente era incomible. El ganado había sido requisado por las autoridades alemanas, dejando apenas un 20 por ciento de la existencia normal. El 1º de julio se estableció un período de abstinencia de carne que duraría seis meses para la población civilista. Por algún tiempo no fue posible conseguir grasa. Aunque en épocas normales Polonia producía grandes cantidades de azúcar de remolacha, últimamente se volvió muy escasa. Sin embargo, según los informes recibidos, la cosecha de azúcar de este año dará muy buenos resultados.

Los territorios del Báltico: el flagelo del hambre azota ciertas regiones de Finlandia; uno de los puntos que más han sufrido, es Helsingfors. Desde mediados de septiembre Kuopic ha permanecido sin pan; Alemania de cuando en cuando le envió una pequeñísima cantidad de trigo. Muchas muertes por inanición ocurrieron en Viborg. Suojarvi y Karalen se hallan en circunstancias apremiantes. En tiempos normales Finlandia depende de las importaciones para proveerse de trigo, cebada y centeno, y la situación se ha visto agravada por la razón de que en tiempo de paz la agricultura constituye una industria muy secundaria en estas regiones. La industria maderera es la que predomina, y el pueblo encuentra más ventajoso importar sus artículos comestibles, especialmente los cereales.

En Courlandia menos del 30 por ciento del suelo se halla cultivado. Los productos de los territorios del Báltico sólo alimentan a 24 personas por kilómetro cuadrado en tiempos normales, mientras que en Alemania el número asciende a 232. Para poder subsistir la población del Báltico ha tenido que reducir su ración a una tercera parte de lo que debía consumirse. 1.900.000 habitantes se encuentran al borde de la tumba a causa de la falta de alimentos.

Holanda. Aquí lo que más escasea son grasas, harinas carne, café, té y chocolate. Todos los alimentos se racionan estrictamente. El año pasado hubo motines en La Haya, Amsterdam y en otras ciudades importantes del reino. Se ha recurrido a la carne de caballo y a la de perro para aliviar la crisis. Para no destruir la existencia ganadera de Holanda hubo que decretar períodos de abstinencia de carne. La producción de mantequilla bajó de 135.000.000 libras que fue el monto de 1916, a 67.000.000, debido a la escasa alimentación que se dio al ganado. La producción de las aves de corral disminuyó un 60 por ciento. Holanda ha renovado sus demandas pidiéndole a Norte América un considerable envío de provisiones de boca.

Dinamarca. La situación de Dinamarca —según declaración



Este "flivver" es un tanque inventado por un ingeniero de California, va provisto de tres cañones, y lleva como tripulante un sólo hombre. Los Estados Unidos iban a usar centenares de estos tanques para proteger el avance de la infantería.

hecha por un periódico danés- es peor que la que prevalecía en 1881. La industria lechera que ha sido siempre tan floreciente, ha disminuido muchísimo, y se espera que haya una nueva baja de 100.000 vacas dentro de los próximos seis meses. El rendimiento de heno ha llegado a una tercera parte de su producción total. Antes de la guerra había 2.500.000 marranos en Dinamarca, los tocinos y jamones que de ellos se preparaban gozaban de fama mundial; el número que hoy queda es solamente de 433.000. Se cree que habrá una magnífica cosecha de patatas este año, en un área de 200.000 acres; pero para desgracia de los habitantes, las pesquerías de harenques han sido un fracaso, causando una pérdida que se calcula en millones de dólares. Hablando en términos generales, podemos asegurar que Dinamarca es el país neutral que no se halla en circunstancias tan penosas con motivo de la extracción de alimentos de parte de Alemania. Las condiciones que prevalecen en Islandia son mucho peores que las de Dinamarca, porque la mencionada isla vivía únicamente del producto de la pesca.

Noruega. Las patatas y el forraje escasean aquí. En Noruega las patatas ocupan puesto principal en las comidas, y su escasez ha motivado el aumento en el porcentaje de las víctimas de la consunción. La falta de forraje ha obligado a los hacendados a matar sus ganados. Las raciones de pan han disminuido muchísimo. La mantequilla casi no se consigue en ninguna parte, en su lugar se emplea la margarina que se saca de la grasa de la ballena; de estos cetáceos se han pescado 593 este año. Una ballena da 30 barriles de grasa. El té es tan escaso que el gobierno ha fijado el precio de $2.20 la libra. El pan, la harina, el azúcar, el café, el té, la avena, el arroz y las patatas, se hallan estrictamente bajo el sistema de raciones. Las reducciones que ha habido en Noruega, según datos oficiales, son: ganado, 4 por ciento; marranos, 20 por ciento; carneros, 13 por ciento. Las aves de corral han aumentado en vez de disminuir.

Suecia. Las clases pobres han sufrido mucho en este país, pero no las ha acosado el hambre. Sin embargo las clases obreras opinan que ningún artículo existe en suficiente canti-

dad. Está en uso un buen sistema de raciones, las cuales para algunos trabajadores son demasiado bajas. La ración de pan se ha disminuido a la mitad; la del azúcar a la tercera parte, y la de la mantequilla a la quinta. Se han establecido precios máximos, y podemos decir que son elevadísimos. La libra de té vale $9.45; la de café $4.85; la de harina blanca 45 centavos; la de mantequilla $1.20 y $1.50. Antes de la guerra el precio de la carne era de 11 centavos, y ahora de 1 dólar. Resumiendo la condición de Suecia, diremos que hay una gran escasez de alimentos, escasez que tendrá que remediar el gobierno americano.

Servia y Armenia. Según los informes que hemos podido conseguir, en los mencionados países reina un estado de hambre semejante al de Polonia.

Ukraina. Las autoridades que han escrito sobre la situación de este país no están de acuerdo, pero es muy probable que las circunstancias no sean tan graves. La cosecha de este año es buena, y aunque la cantidad de la producción no se ha fijado, es natural suponer que habrá un superávit de trigo, maíz y centeno.

Alemania se halla terriblemente amenazada por el hambre. La cosecha ha sido escasa; el sistema de distribución de alimentos implantado en algunos puntos fracasó y esto ha agravado las circunstancias. Por otra parte desde que se suspendieron las victorias de Germania ha ocurrido un efecto desmoralizador en el racionamiento de las masas que ha desconcertado al pueblo.

Austria se halla igualmente amenazada por el hambre, pero la condiciones que prevalecen en ciertos puntos de Turquía, son peores.

Para alimentar a todas estas naciones, se cuenta con la eficiencia de la distribución de alimentos seguida por los Estados Unidos y los aliados en sus propios territorios durante las épocas más críticas de la campaña militar; y con que la distribución se hará más eficaz por el perfeccionamiento del sistema de transportes.

El ansia de esos países que contemplan un espectro tan pavoroso, se disminuirá al recordar cuán generoso ha sido el pueblo americano que no en una, sino en muchas ocasiones, ha mostrado de manera inequívoca su abnegación.

NAPOLEON BONAPARTE Y GUILLERMO II

La especie de que Guillermo II pensaba entregarse a los ingleses cuando abandonara su ejército, tuvo muy poca vida. Holanda, cuyo soberano es una mujer, ofrecía un tentador asilo. El internamiento resultaba mejor que el comparecer ante un tribunal de lo criminal en Bretaña, donde ya un juez había encontrado al Kaiser responsable de los asesinatos cometidos en alta mar,—había mucha posibilidad que recayera sobre él el fallo condenatorio, según se deduce del temperamento del pueblo inglés. No podía seguir el ejemplo de Napoleón, quien desde su retirada de Rochefort, y antes de embarcarse en el Belerofonte, le dirigió al Príncipe Regente la carta que sigue:

"Expuesto a las facciones que han surgido en mi país, y a la enemistad de las más grandes Potencias de Europa, ha concluido ya mi carrera política, y vengo -como Temístocles- a entregarme a la hospitalidad del pueblo ingles. Me coloco bajo la protección de sus leyes, considerando a Su Real Alteza como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos."

¿Pensaría el Kaiser en los Estados Unidos, como lugar de su expatriación? Fue el propósito de Napoleón después de su caída; proyectó un viaje a América, y trató de que el gobierno británico le concediera una licencia. Al Belerofonte llegaron, pasando por entre las islas de Oleron y Ré,—Savary y Las Casas, portadores de una carta enviada por Napoleón, en la que éste preguntaba si le darían el permiso, y en caso contrario si le obstaculizarían su partida.

La contestación fue que el Capitán Maitland tenía orden de interceptar la huída del fugitivo Entonces el ex-emperador se resolvió a enviar la carta a que hemos hecho referencia, al Príncipe Regente, efectuando sus preparativos para embarcarse en el Belerofonte.

Según noticias, Guillermo II ha considerado la Isla de Corfú, como un lugar muy digno para establecer una agradable residencia, y es bastante curioso observar que tanto Corfú como Sta. Helena se discutieron para dársela al inmortal guerrero como un paraje donde pasara su vida purgando la pena de haber estremecido al mundo con su genio. Sólo una isla respondía a las exigencias del caso.

Elba estaba tan cerca de Francia, que había resultado como prisión sin puertas y sin muros. Sta. Helena se prestaba por hallarse en un lugar apartado en medio de mares tempestuosos, y su suelo lo defendían magníficas baterías.



Estas tropas siameses se dirigen al frente francés a ocupar el territorio que han evacuado los alemanes en cumplimiento de lo estipulado en el armisticio que suscribieron sus delegados.

Se recordará que antes de que el Capt. Maitland se diera a la vela para Sta. Helena, se hizo un esfuerzo inútil para que el ex-emperador cumpliera una condena de pequeña importancia impuesta por la Corte del Rey en un pretendido juicio de libelo, en él a Bonaparte se le necesita como testigo. Los amigos de Napoleón tenían un alto concepto de los procedimientos de las leyes inglesas. Si Guillermo II compareciera ante el tribunal, el acusado no encontraría dificultad en conservar un Real Consejo.

Napoleón que había sido declarado fuera de la ley por el Congreso de Viena, es probable que haya sabido que Inglaterra resolvió tratarlo, como prisionero de las Potencias Aliadas, y que su detención, fue aprobada por la convención que se celebró el 2 de agosto en París, comprometiéndose las Potencias Aliadas a nombrar comisarios que presenciaran la custodia del ilustre enemigo de la sociedad.

El 31 de julio, antes de que Napoleón viese las costas de Inglaterra desaparecer ante su vista, Sir Henry Burbury, Secretario del Almirantazgo y Lord Keith, que tenía a su mando Plymouth, le mostraron un documento en el que se decía que para asegurar la paz de Europa, que él había perturbado al escaparse del Elba, tendría que pasar los días restantes de su vida en Sta. Helena.

"La paz con Bonaparte equivaldría a una tregua", declaraba Alejandro de Rusia ante Caulaincourt cuando pedía antes de la primera abdicación del ex-amo de Europa, que se establecieran las bases para trazar las antiguas fronteras; adviértase que Napoleón había prometido observar buena conducta. La expatriación a la Isla del Elba, solicitaban para el émulo de César los Aliados, pero se desengañaron pronto que para él aun la expatriación era una tregua.

Las causas de Napoleón y las de Guillermo II corren paralelo en ciertos puntos. Si bien es un hecho que Guillermo II jamás ha sido un gran soldado, también lo es que fue causa de mayor derramamiento de sangre y peor miseria que si se le hubiera privado de ejercer sus poderes militares.

Tanto Napoleón como Guillermo proyectaron fundar un vasto imperio, y dominar el mundo. Bonaparte se empeñó muchas veces en la guerra a fin de realizar sus ambiciones; Guillermo procuró verificar sus propósitos dando márgen a un conflicto que tuvo una conclusión desgraciada para él.

El ex-emperador alemán fracasó miserable e ignominiosamente después de manifestarse ante el universo durante veinte y cinco años como un gran amigo de la paz. No hay glorias militares que cubran la frente de Guillermo. No fue nunca el héroe de su ejército, pues evadía los peligros del campo de bata-

lla. No se distinguió como legislador y mucho menos como educador de las masas. No tuvo jamás concepto de lo que es la libertad humana. Sus cualidades mentales eran vulgares; la posteridad lo considerará cocomo responsable de la cruenta lucha en que han sucumbido millones de seres, más a él que a ningún otro personaje. Aun suponiendo que hubiera sido benefactor y astuto, siempre se le tacharía por su intento de destruir las libertades del hombre, y por levantar sobre sus ruinas un odioso despotismo. Para perdonarlo y para olvidar sus terribles transgresiones, sería necesario aprobar en un todo su conducta.

Nunca será posible decir de la carrera político-militar de Guillermo, lo que dijera el Prof. J. Holland Rose acerca de la de Napoleón: **"Fue el hombre que dirigió la Revolución y vació sobre .otros moldes la vida de Francia, que puso amplios y proundos fundamentos para que sobre ellos surgiera una nueva existencia de Italia, de Suiza y de Alemania, que abarcó el Oriente y el Occidente con el movimiento más gigantesco que se ha conocido desde que se verificaron las Cruzadas, y finalmente hizo que las ideas anhelantes de millares de seres se dirigieran hacia la roca solitaria bañada por el Atlántico Sur, debiendo por tanto permanecer su figura a la vanguardia de los inmortales de la Historia de la Humanidad.'**

Guillermo únicamente puede ser inmortal desde esa terrible "eminencia" en que en la actualidad se encuentra.

LA EMIGRACION DE LOS HABITANTES DE LA RUSIA ORIENTAL

Gorky Bolshevista.— Los carteles anunciando el armisticio.— Crueldades inauditas, peores que las otomanas, cometidas por los contra-revolucionarios.---Rumores de nueva actividad.— La esperanza de los rusos.--- Por contraste, Siberia es hoy lugar de refugio y no de terror.

En largas e interminables caravanas, los Rusos de la Europa Central se están trasladando a Siberia en busca de alimento y de orden. Rusia se ha convertido en una nación de nómadas, cuyo deseo o necesidad de movimiento, los lleva a todas partes venciendo todos los obstáculos, aun atravesando el frente bolshevista. Van adonde saben que hay paz interior, porque los informes de que las tropas aliadas mantienen el orden en los lugares que caen en su poder, a pesar de Lenine y de Trotzky, se ha propagado en las regiones infestadas por los bolshevistas, a cuyas filas para dicha o desgracia se ha unido el gran novelista Maximo Gorky, quien según sabíamos se mantuvo en contra de los contra-revolucionarios hasta hace poco que aceptó la comisión que le dio el Gobierno Sovietista, por medio de Lunarsharsky, de editar una antología de la literatura de todas las naciones de los Siglos XVIII y XIX, comprendiendo la obra dos mil volúmenes.

En este sentido, pues podemos



En Francia se ocupan estos perros para transportar vituallas.

decir a nuestros lectores que la propaganda moscovita ha fracasado.

La población de Chita se ha hecho famosa, porque es el punto donde se juntan las rutas que siguen las caravanas de que hemos hablado. Millares de infelices viajan en carromatos, en camellos y en bueyes para escapar de la persecución, del flagelo del hambre, en una palabra de la muerte que les espera en manos de los terribles bolshevistas.

Cuando se publicaron las noticias de que Alemania había contestado a Wilson acerca de las condiciones de armisticio, enormes multitudes de aldeanos se reunían frente a los muros de las estaciones ferrocarrileras a leer los carteles que anunciaban los últimos acontecimientos, cuyo curso seguían los rusos con especial interés. Pensaban si los aliados harían paz con Alemania, olvidando o abandonando a Rusia en poder de los bandidos terroristas.

En la travesía de la Siberia Oriental y la Manchuria, hasta el Lago Baikal, travesía que requiere tres semanas para efectuarla, los rusos, los asirios, los armenios, los polacos, los letts, los judíos, los servios y los rumanos, forman una verdadera corriente de emigrantes que van a Siberia, sin dinero, sucios, harapientos y muertos de hambre.

En una ciudad de Manchuria Mr. Ackerman, corresponsal del New York Times, vio cuatro muchachas sentadas en sacos, comiendo pescado crudo y pan viejo y duro. Les dirigió la palabra en alemán, y averiguó que habían salido de Riga en mayo, dirigiéndose a Petrograd y luego a Moscovia, andando algunas veces a pie y otras a caballo, más allá de las líneas bolshevistas. Hacía tres semanas que habían cruzado Perm y se encaminaban hacia Vladivostok. Una de esas muchachas, cuyo nombre es Olga Ameriskavno Burneiko, de diez y nueve años de edad le dijo lo siguiente al corresponsal:

"Cuando salimos de Moscovia, estaba tan escaso el alimento que los gatos y los perros se vendían en el mercado a precio fijo de 2.50 marcos, la libra de su carne. Los caballos que caían muertos en la calle eran destazados inmediatamente y vendidos a la población hambrienta. Los alemanes se apoderaron de todo, especialmente los jabones, las grasas, los granos y el azúcar. En Petrograd este invierno, millares de personas morirán de frío o de hambre, porque no hay alimentos. La gente abandona sus hogares y vive como sardinas para poder llegar al frente bolshevista, y protegerse en las filas de los aliados, porque cree que el alimento y la paz le espera allí."

Catalina Ester, una joven americana de la Cruz Roja, se ha ocupado en la noble tarea de transportar refugiados en tren especial. Dice que las crueldа-

WILSON, RIE.....

(Viene de la página 8.)

de las galerías oficiales— no concede otra confianza que la del corazón sin mostrarnos el interior de su existencia como ciudadano particular, el cotidianismo lamentable en el héroe y en el esclavo. El día que Wilson llorase delante de nosotros caería de su grandeza y no lo conoceríamos mejor que en la actualidad. Y no digamos si diese en las frivolidades de referirnos los detalles personales y de su hogar y de sus deudos. Entonces el histrión con su falsa complacencia sustituiría al apóstol que no se da a la plebe, pero que acoge al pueblo.

La mascarilla de Wilson que ríe contrasta con las de los restantes jefes de Estado y prohombres de la guerra. Se opone al énfasis, a la vulgaridad, al cretinismo, a la parodia de carátulas célebres en los antecesores. Repase cada cual las efigies de Monarcas, presidentes y generalísimos. Sólo Wilson —en quien ha encarnado el espíritu de una raza y un país sanos y juveniles—refleja algo que no sea gastado, odioso ni mezquino. Wilson ríe paternalmente a sus ciudadanos que guerrean, que jamás llegarán a soldados, y que vencerán, y que también ríen, con más alborozo y franqueza que su patriarca. Este robó a Germania sus nobles pensadores del siglo XVII, de la época venerable en el ciclo tudesco, y las legiones combatientes, tan espontáneas como bellas y firmes valen por el Sigfredo, teutón aquel que no tenía miedo al miedo, y que igual que los poetas y los filósofos idealistas ha desertado de su país.

Federico **GARCIA SANCHIZ.**

des de los bolshevistas son peores que las perpetradas contra los armenios. Asistió a mujeres, cuyos brazos habían sido quebrados en dos o tres pedazos; otras tenían las espaldas cruzadas a latigazos. Los bolshevistas acostumbran quemarles la cara, los brazos y los pies cuando descubren que sus víctimas tratan de escaparse.

La Srita. Ester nos refiere que le preguntó a una pobre mujer cuya cara y brazos habían sido tratados de esa suerte, cual fue la causa de semejante venganza. La desgraciada contestó que los bolshevistas le arrojaron su criatura al fuego, y que ella procuró salvarla, pero que la retiraron después de sufrir graves quemaduras.

El Hospital Americano establecido en Butkha asistió a varias muchachas que tenian los ojos quemados, la lengua cortada y el cuello y la cara cruzados a latigazos. Tales son los ejemplos de la cultura que muestran los bolshevistas con respecto a los no-combatientes, pacíficos habitantes que en busca de su comodidad y para satisfacer las necesidades imperiosas de la vida se trasladan a Siberia, es decir a la Rusia Asiática donde los aliados mantienen con la fuerza de sus armas la tranquilidad del pueblo, que se conserva relativamente aislado del contagio de la contra-revolución. ¡Qué contraste! Siberia en tiempo de los zares fue una palabra sinónima de terror, y ahora es un lugar de refugio. Así ha transformado las cosas la demencia de los facciosos que se dicen socialistas.

Mientras los civilistas sufren en todas las zonas de guerra, la esperanza de los rusos es que Washington no desampare a su patria, y no deje de insistir en tratar a los bolshevistas con la misma austeridad que a los militaristas alemanes.

Durante las tres semanas que el corresponsal del New York Times examinó las circunstancias que prevalecen en la Siberia Oriental y en Manchuria, comprendió claramente "que nuestro descuido en no enviar tropas directamente contra los bolshevistas, no lo pueden interpretar los rusos, a quienes se les hizo creer que nosotros estableceríamos el orden en toda la Rusia en el acto."

El éxito alcanzado por los checoeslóvacos en mantener la paz en Siberia, ha hecho de ésta un país donde los moscovitas desean vivir. También ha servido para despertar el antagonismo contra los bolshevistas, quienes, según los informes, aun los de los observadores militares aliados, están formando un gran ejército para atacar a los checos. Se rumora que los bolshevistas tienen el propósito de lanzar en la primavera una ofensiva de sesenta divisiones que están preparando.

Los bolshevistas tienen el buen sentido, porque no puede llamarse de otro modo, de considerarse fuera del derecho internacional, y por tanto -contra lo que podría haber esperado el mundo- no demostraron mucho interés en el desarrollo de los acontecimientos que dieron por resultado la firma del armisticio. Suponen que su guerra continuará hasta que hayan reconquistado Siberia.

Tal vez no faltaría razón para asegurar que pasadas las faenas que el arreglo y la celebración de la paz impongan a los jefes militares y diplomáticos de la Entente, el Mariscal Foch les enseñará a los bolshevistas cuanto vale la estrategia que dio en tierra con el militarismo prusiano, y expatrió al Kaiser. Esperemos algún acontecimiento que proporcione la tranquilidad y la comodidad que tanto desean los buenos rusos.



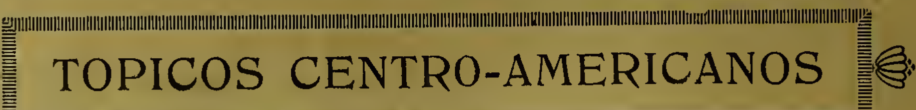
Bien pudiera intitularse este cuadro "LO QUE VA DE AYER A HOY" o "LA RUEDA DE LA FORTUNA." El primero (esquina superior derecha) es reproducción del famoso que representa la humillación de Francia en la hora para ella amarga de firmar el tratado de VERSALLES, que le significaba, no tanto, el pago de una enorme indemnización, sino, sobre todo, la desmembración de su territorio nacional con la pérdida de Alsacia-Lorena.

El gesto altanero, dominador, duro de Bismarck se enfrenta soberbio al dolor de Thiers y de Jules Favre, los dos negociadores franceses. El segundo cuadro, creación artística del más sujestivo contraste con el anterior, representa el hundimiento de aquel imperio creado por la fuerza y que por el abuso de esa misma fuerza sucumbió.

El Kaiser omnipotente, el Señor de la Guerra, el fruto de las violencias del 71 el tembloroso prófugo de ahora—se humilla ante la actitud no vengativa sino digna, del soldado de la República, del favorito de la victoria, del glorioso humillador y vencedor de las armas germanas: el Mariscal Foch. Y cerca de él asoma sus bigotes, buenos sólo para espantar a los rusos, el ya "demodé" von Hindenburg.

Ese cuadro, representa en síntesis, toda la historia humana, el momentáneo éxito de la fuerza y el triunfo definitivo del derecho. La espada de Foch rompió el lazo con que un imperialismo demente quería ahorcar a los pueblos. Como todo genio, Víctor Hugo fue profeta. "¿Veis ese amontonamiento siniestro de nubes?", exclama en "El Año Terrible": y sin embargo ¿qué quedará de ellas un momento después de haber salido el sol?

EL SOL HA SALIDO YA PARA LA HUMANIDAD Y ESTA VEZ PARA NO OCULTARSE JAMAS.

TOPICOS CENTRO-AMERICANOS

COSTA-RICA

Diplomáticos que llegan

Una vez más las naciones indo-hispanas demuestran a Costa Rica y su gobierno constituido el deseo sincero que les anima de cultivar con ellos relaciones de amistad.

Por la vía de Punta Arenas ingresó al país el honorable señor don Horacio Fernández, encargado de negocios de Chile.

Está para llegar, como encargando de negocios de México, don José Almariz; y está anunciado el próximo arribo de los representantes diplomáticos de Argentina y Brasil.

Texto del decreto de amnistía

Ha poco el presidente Tinoco, en entrevista que concediera a un redactor de "La Información", de San José, díjole, entre otras frases, las que siguen "Los emigrados voluntarios que están fuera del país han hecho contra mi una propaganda activa y publicado artículos amenazantes de revolución en Panamá y Nicaragua.... Yo no creo que el presidente Chamorro intervenga en Costa Rica, apoyándolos. Me ha dado pruebas de amistad. Puede él acogerlos cortésmente, con la hospitalidad que es usual entre nosotros, y que yo, como gobernante, agradezco; porque, aunque hijos extraviados, siempre són hijos de Costa Rica, a la yo sirvo con cariño de padre".

Y aunque don Julio Acosta y don Manuel Castro Quezada no han manifestado todavía que abandonan el ideal libertario (alterar la paz), el gobierno que desea el acercamiento de la familia costarricense en forma sincera, fraternal y digna, ha dictado el decreto que sigue:

Federico Tinoco, Presidente Constitucional de la República de Costa Rica,

CONSIDERANDO:

1º— Que estando próximo el restablecimiento de la paz de Europa mediante el triunfo de las naciones aliadas, acontecimiento que ha de llenar de júbilo al mundo civilizado, es natural propender a que la familia de cada país esté unida para la celebración de tan venturoso suceso y, en consecuencia, a que echen en olvido diferencias surgidas de cuestiones políticas en el seno de la sociedad costarricense, la cual debe estar preparada para entrar en la liga de las naciones que asegurará el imperio de la Justicia y del Derecho.

2º—Que el Gobierno no ha decretado la expulsión del territorio de la república de ningún hijo del país;

3º— Que los pocos costarricenses que se encuentran en el extranjero con el carácter de emigrados políticos, se han expatriado voluntariamente, por considerar quizá que sobre ellos pudiera pesar alguna responsabilidad con motivo de los movimientos sediciosos ocurridos en febrero y abril del corriente año y de la voladura del cuartel principal en octubre anterior;

4º—Que en el país reina perfecta tranquilidad; que no tiene el gobierno motivo alguno para considerar peligrosa la permanencia en el mismo de sus adversarios políticos, que por propia voluntad residen en el extranjero;

POR TANTO,

De conformidad con lo expuesto en el inciso 12 del art. 99 de la Constitución Política, en Consejo de Ministros,

DECRETA:

Artículo único.—Se concede amplia y general adminitía a todos los costarricenses que encontrándose dentro o fuera del territorio de la república, estuvieren complicados, pudieren en alguna forma considerarse como copartícipes y responsables en los contecimientos revolucionarios del corriente año, en la explosión del cuartel principal en octubre del año próximo pasado, o en cualquier otro hecho delictuoso contra la seguridad interior del Estado y del gobierno legalmente constituido.

Dado en San José, a los dos días del mes de noviembre de 1918.- (f.) F. Tinoco.— El ministro de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Culto y Beneficencia, Tobías Zúñiga Montúfar.— El ministro de Gobernación y Policía, Manuel Monge C.— El ministro de Hacienda y Comercio, Enrique Ortiz.— El ministro de la Guerra y Marina. J. J. Tinoco.— El ministro de Instrucción Pública y Fomento, Alejandro Aguilar."

NICARAGUA

La influenza y la palabra evangélica de monseñor Lezcano

Un inmenso hospital es toda la república. Las ciudades y poblaciones presentan tétrico aspecto. Jamás hubo semejante porcentaje de mortalidad. Desde septiembre empezó la epidemia; puede afirmarse que ahora está en su apogeo. Amigos y adversarios acusan al gobierno y las autoridades de la decidia con que han contemplado el desarrollo de la mortal epidemia. Además, la gente pobre que abunda no recibe el más insignificante auxilio; centenares de personas mueren sin asistecia médica.

Del diario "El Cronista" de

León, entresacamos los detalles siguientes:

La influenza en los cuarteles.— Hay actualmente mas de 56 policías enfermos, soldados 30 y presos 50.

La carreta de la muerte.— De la haciendo Corcuera Vieja salieron ayer, con destino a León, dos carrets conduciendo quince atacados de grippe.

A poco andar, el que venía más grave murió, habiéndose regresado el carretero por otra carreta para traerlo solo. El muerto se llama Lonrenzo Roque, antiguo servidor de la hacienda, y su cadáver fue conducido a la Dirección de Policía.

Referían Antonio Hernández y su compañero José María Barberen, que, a poco de haber salido, empezó a caer el torrencial aguacero de la mañana, y que, como la carreta venía sin toldo y apenas con unas cuantas hojas de plátano a los lados, es posible que el aguacero haya abreviado la muerte de Roque.

En Corcuera trabajan más de cien mozos, y al presente sólo quedan unos cinco o seis en toda la hacienda.

Carreta de los Ranchos.— Procedente de los Ranchos entró como a las 9 a.m., ayer, una carreta conduciendo doce personas atacadas de influenza: hombres, mujeres y niños. Aquello daba lástima. Rostros demacrados, ojos encendidos de fiebre, las cabezas con pañuelos atados, tiritando a causa de haberles caído el aguacero de la mañana. Las pobres gentes parecían espectros.

Hace como dos años, cuando León entero estaba temblando de malaria, la Cruz Blanca anduvo distribuyendo socorros en los barrios de la ciudad a todos los necesitados. Es deber de todos, obispos y sacerdotes, legisladores y capitalistas, aliviar hasta donde sea posible la suerte de los que sufren.

"Es deber de todos, obispos y sacerdotes, legisladores y capitalistas —dice el diario de la referencia— aliviar hasta donde sea posible la suerte de los que sufren."

El diario "El Comercio", refiriéndose a los propósitos de monseñor, dice:

Su señoría Ilustrísima monseñor Lezcano y Ortega dirigió ayer, a la hora de la misa, su palabra evangélica a un auditorio numeroso.

Habló acerca de la falta de religión y de los desastres que eso ocasiona a las familias y a las sociedades.

El hombre irreligioso —dijo— es un peligro: es como el hombre ignorante.

Comparado con el tigre, resulta este, a veces, más noble que aquella fiera humana.

Fulminó los crímenes que se cometen a diario por el robo, por real y medio, por un centavo. Hizo la disección del criminal, del hombre empedernido, contumaz y feroz, que va por el mundo como enmedio de tinieblas, empujado por sus instintos y malas pasiones.

La religión no ha penetrado en

aquel antro de sensual materialismo, ni hecho sentir de ningún modo su influencia y su bondad.

Dijo que en un corazón en donde brilla la luz de la fe y de la piedad no hay, no podrá haber lugar a la maldad y al salvajismo.

La caridad, que suaviza todos los corazones, y que es una de las grandes virtudes del cristianismo sujeta el sentimiento del mal.

Está plagada la sociedad de los hombres sin religión y sin conciencia que viven en atisbo de oportunidades para cometer crímenes y males. No respetan ellos ni las canas del anciano, ni la debilidad de la mujer, ni la inocencia del niño. Tampoco hay respeto social porque no hay temor de Dios.

Pronto —dijo— no podremos salir ni de día, porque temeremos encontrarnos con un asesino a la vuelta de una esquina. Estamos viendo que los crímenes se cometen a plena luz meridiana.

—Madres —exclamó lleno de unción— vosotras sois las llamadas a regenerar la sociedad. En vuestras manos está el corazón de un niño, cera blanda que toma la forma que le déis. La palabra de fe y amor que el hombre aprende en vuestras rodillas cuando niño, no la olvida jamás, ni aun en esos momentos en que las pasiones eclipsan la luz de su corazón. Criminal hubo que al subir las gradas del patíbulo, exclamó:

—Voy a morir; he cometido un crimen; pero no soy yo el culpable sino mis padres que no supieron educarme, y la sociedad que no me dio buen ejemplo.

Dios —sabedlo bien, madres— os ha hecho grandes porque ha puesto en vuestras manos el destino de la humanidad. Penetraos de esta verdad, y de la alteza de esta misión. Así como de vuestro seno toma el niño a vida, así de vuestros sentimientos, ejemplos y enseñanzas toma el hombre sus costumbres.

Si la falta de religión es un peligro para la sociedad —como dice monseñor; el egoísmo y la falta de caridad constituyen delito de lesa humanidad y son escarnio de las doctrinas del Nazareno.

Se lanza al viento la palabra divina y la gente fallece enmedio de conmovedora, inenarrable miseria y del más triste abandono.

El acuerdo del comité unionista

Verdaderamente los unionistas, paladines del más noble de los ideales, si pudiesen quien sabe cuantas cosas realizarían.

En agosto del año corriente lanzaron un acuerdo señalando la fecha y la sede para la convención del partido, manifestando, además, que por el restablecimiento de la Nacionalidad lucharán sin tregua ni descanso, ya estén solos, cuenten con la cooperación de uno o más gobiernos seccionales o necesiten combatir contra uno, varios o todos esos gobiernos.

El acuerdo número tres, señalando lugar y fecha para que se reuna la Convención Nacional, dice:

La Comisión Permanente del Partido Unionista Centroamericano

CONSIDERANDO:

Que hasta la fecha los cinco gobiernos de las Secciones de la República no han podido llegar a un acuerdo tendiente a realizar la iniciativa del Presidente de Honduras, Doctor don Francisco Bertrand, relativa a reunir una Conferencia de Plenipotenciarios encargada de escogitar los medios de restablecer la unidad política de la Nación.

CONSIDERANDO:

Que por informes recibidos por esta Comisión de diversas partes del país, sábese que los gobiernos seccionales han abandonado o pospuesto indefinidamente la celebración de esa Conferencia,

CONSIDERANDO:

Que el Partido Unionista Centroamericano, **desde su fundación y organización hasta hoy, ha estado y está dispuesto a luchar sin tregua ni descanso por el restablecimiento de la Nacionalidad de 1821, ya esté solo en esa lucha, cuente con la cooperación de uno o más gobiernos seccionales o necesite combatir contra uno, varios o todos esos gobiernos.**

CONSIDERANDO:

Que el señor don Carlos Meléndez, Presidente de la Sección de El Salvador, ha ofrecido espontáneamente a esta Comisión, por medio del señor Ingeniero don Alejandro Bermúdez, la hospitalidad de aquella Sección para que se reuna la Convención Nacional.

CONSIDERANDO:

Que la ciudad de la Unión en el Golfo de Fonseca reune excelentes condiciones para escogerla como sede de la Convención Nacional; y el 5 de noviembre es una fecha de gloria para la Patria Centroamericana por la lucha que en la ciudad de San Salvador se inició ese día de 1811 a favor de nuestra Independencia absoluta.

Por tanto, de conformidad con el Decreto No. 1 de 6 de noviembre de 1917."

ACUERDA:

1º—Señalar la ciudad de La Unión como sede de la Convención Nacional y el día 5 de noviembre del corriente año, como fecha en que deberá inaugurar sus trabajos ese Alto Cuerpo.

2º—Rendir, en nombre del Partido Unionista Centroamericano, gracias expresivas al señor Presidente de El Salvador, don Carlos Meléndez, por el espontáneo y patriótico ofrecimiento hecho a esta Comisión.

Dado en la Zona Central: Diriamba, 14 de agosto de 1918 y 87 de la I. N.

Salvador Mendieta—A. Alemán—A. Castro— Carlos Rodriguez Z.—J. Alfaro— Secretario.

Islas del golfo de Fonseca? Inesperado retiro de un diplomático

Se dice con insistencia que el gobierno ha procedido dolosamente en cuestiones de relaciones internacionales, durante los últimos tiempos. Que si aparenta seguir la política de determinado país, por una parte, —ha celebrado alianzas, por otra, con naciones adversarias de aquel país.

Como es lógico, **alrededor de** este asunto surge la andina cordillera de comentarios. Hay quien afirme, apoyándose en hechos que acabn de pasar, que ya no habrá más diferencias por el condominio del golfo de Fonseca, cedido en gran parte para el establecimiento de una base naval. Egoístas puritanos del itsmo, los que más blasonaron de autonomía, los que generalizaron las palabras "imperialismo y 'absorción', cedieron ya varias islas del panorámico golfo,

quizá las más hermosas y extensas y de indudable valor estratégigo..... Y mentiroso y calumniador me llamaron un dia el viejo Excmo. Señor Pavo Real y el honorable menos viejo señor de la ancha y macisa torre negra, personaje de juicio desequilibrado que imagina fulminar a sus malqueridos mirándoles con ojos saltones, sólo porque un dia hablé de cesión de fajas de terreno y de islas, a cambio de un poco de ideológica simpatía para una candidatura presidencial que vivió menos tiempo que el que viven las rosas: apenas un pedacito de mañana.... nublada.

Pero las islas cedidas en el golfo de Fonseca, apesar de su grandísima importancia, no constituyen por si solas el argumento de este tópico, semillero de dolores de cabeza propios y agenos.

Hemos de referirnos también a las relaciones internacionales de Niquilandia.

En México estaba, como encargado de negocios, el doctor don Ramón Solórzano, hijo, abogado de renombre, graduado en la universidad de Berlín. Llegó a la representación diplomática no sólo por sus aptitudes, sino también, porque, con el Sr. William Douglas, notable abogado norteamericano, trabajó muchísimo y fructiferamente para que el Gral. Emiliano Chamorro ascendiera a la presidencia.

Nadie sabe, a no ser quien lo nombrara y sus amigos intimos, lo que haya sucedido. Repentinamente el doctor Solórzano se retiró —o lo retiraron— del puesto diplomático. Nadie podrá creer que no sean fraternales las relaciones entre los gobiernos de México y Nicaragua, pues aquél regaló a éste, hace muy poco tiempo, un aeroplano y una estación radiográfica, según informó la prensa salvadoreña.

Nadie podrá creer, tampoco, que el abogado berlinés haya dejado de ser persota de confianza en el gobierno que lo acreditara. Lo cierto es que ya el doctor Ramón Solórzano, hijo, no es encargado de negocios de Nicaragua en México. ¿Qué sucedería?

HONDURAS

Candidaturas presidenciales

No a la del licenciado Francisco J. Mejía, ministro de gobernación y justicia, a la que hemos aludido; no a la que probablemente lanzará la fración liberal que acaudilla el Gral. Dionisio Gutiérrez. No, a esas no....

Queremos referirnos a la del doctor don Policarpo Bonilla, ahora plenipotenciario en misión especial en Washington, la que surgirá a última hora, apoyada, según todas las probabilidades, por conocido círculo de personalidades de la administración pública. Se llega hasta afirmar —sin que nosotros nos hagamos eco de semejantes decires— que existe un "entendido" entre el doctor Bertrand y el doctor Bonilla.

Sinembargo, para la mayoría de los hombres de más clara visión política, Policarpo Bonilla, el que un día llegara a la presidencia de Honduras sostenido por las bayonetas nicaragüenses de José Santos Zelaya, ha pasado a la historia; pretender que vuelva al poder es simplemente un anacronismo.

La atmósfera del silencio rodea en estos momentos la candidatura del general Rafael López Gutiérrez, cuyo hermano —el publicista don José Antonio— sigue en Washington como plenipotenciario hondureño. ¿Tendrá fe en el éxito de los trabajos por su hermano?

La influenza

La totalidad de los habitantes del país se queja—y con razón— del ortísimo desarrollo de la epidemia de influenza En la Costa Norte y en las regiones centrales, la mortalidad es aterradora. Los apestados de Cuyamel vomitaban la sangre.

Hablando de las medidas dictadas paa combatir la epidemia, dice "Tegucigalpa":

El Director General de Salubridad Pública, ante los avances de la epidemia, ha desplegado plausible actividad. Ha tenido su gesto, tardío tal vez, pero arrogante. La máxima aquella de que más vale prevenir que combatir, no tiene entre nosotros la debida aplicación. Desde hace meses, la peste de la infuenza hace estragos en El Salvador. Los periódicos hablaban a diario de los progresos de la enfermedad. Las personas que llegaban de aquellas ciudades (trayendo una buena dosis de microbios) se hacían lenguas, pintando el cuadro pavoroso de la rapidez con que el mal se desarrollaba. Pero a nadie que yo sepa se le ocurrió dictar medidas que trataran de evitar hasta donde fuera posible, la propagación de la epidemia en los pueblos de esta República.

Entre las disposiciones ordenadas en el bando de la Dirección de Salubridad, figuran algunas que indudablemente darán efectivos resultados. El cierre de las escuelas públicas y privadas, la clausura de los salones de espectáculos, la apertura de clínicas populares para el servicio de los pobres de solemnidad, el blanquimiento de as casas en su parte interior y exterior. Todo esto es muy conveniente, de fácil realización y muy eficaz.

También se prohibieron las fiestas cívicas y religiosas de San Miguel; pero se olvidó el Dr. Brizzio— y es éste un olvido lamentable— de evitar la celebración de ceremonias del culto en el interior de los templos católicos, que, por especiales circunstancias de todos conocidas, son centros antihigiénicos, excelentes incubadores de microbios, a donde acuden a tarde y a mañana ancianas achacosas, que con el ahogo y la tos silbante, delatan que caminan muy cerca de los dominios de asma y de la tisis".

El ferrocarril de Tela al puerto de El Progreso

En los primeros días de este mes —dice el periódico "Centro América" de La Ceiba— la comisión nombrada por el Ejecutivo y en su representación, fue a Tela a recibir de la "Tela Railroad Company", la última sección del ferrocarril, con la cual aquella compañía deja terminada su contrata.

Integraron la comisión los señores Ingeniero don Mónico Zelaya, hijo, el administrador de aduana de La Ceiba, el comandante de armas de Tela y el inspector de telégrafos de Atlántida.

La extensión total del ferrocarril, que une a Tela con el puerto fluvial de El Progreso es de 89 kilómetros.

FIESTA DE ANGELES

Dos primorosas amiguitas nuestras, Carlota y Marina Marroquín Rubio, dos botones prístinos que sonríen a la esperanza, níveos como la pureza inmaculada de sus almitas, recibieron el domingo 8 del corriente, ante el ara del Señor, su primera comunión, y en ese acto, que revistió toda solemnidad, hubo muchas armonías y un como palpitar de alas se elevó a los Cielos......

Si esto —tan grato— sucedió en el templo, demás está decir que en casa de las encantadoras criaturas, todo fue alegría y animadísima fiesta en la que la proverbial cultura de la familia, puso todas sus notas.

Los amigos de sus cariñosos padres, —don Manuel Marroquín Anguiano y doña Carlota Rubio de Marroquín al presentar a éstos la más cordial enhorabuena, recogen complacidos la grata fecha en que sus angelicales hijas Carlota y Marina, han cumplido con el sagrado sacramento.



LUTO